



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

BX2375

V.34

1783

c.1

TONOMA

NERAL DE



EX LIBRIS

HEMERIO VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

Mano del ...

Palacio ...

[Signature]

*este libro es de
María Ana Sanabria*

[Signature]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SANTOS DESEOS

DE
UNA CHRISTIANA MUERTE,
6

PREPARACION PARA ELLA
En un Retiro de ocho dias,
ó en un Dia de cada mes.

CON UN APENDICE
que contiene una Oracion de-
votísima sobre la Pasion y
Muerte de nuestro Salvador,
y una Instruccion práctica
sobre la Confesion y
Comunion.

Desto impreso en el año 1783



EN MEXICO: Por D. Felipe de Zufi-
ga y Ontiveros, calle del Espiritu Santo,
año de 1783.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Central y Tallez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
CAYENA APOKONINA ENMBRICA
MICROFILMADO 8/2/83

SANTOS DESEOS

1744



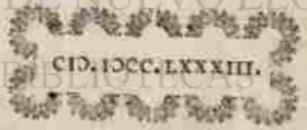
MORI LUCRUM.
 Ad Phil. 1. 21.
 La Muerte es una verdadera ganancia.

Adm. D. D. Domingo...
Simón...
Antonio...

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL TRIUNFADOR. DE LA MUERTE
 PADRE DEL FUTURO SIGLO
 UNICO. MEDIANERO
 ENTRE DIOS. Y. LOS. HOMBRRES
 VICTIMA. DE. PROPICIACION
 POR. LOS. PECADOS. DE. TODO. EL. MUNDO
 ANGEL. DEL. GRAN. CONSEJO
 PRINCIPE. DE. LA. PAZ
 REY. DE. LA. GLORIA
 MODELO. DE. TODAS. LAS. VIRTUDES.
 DIOS. VERDADERO
 HIJO. DEL. ETERNO. PADRE
 VERDADERO. HOMBRRE
 HIJO. DE. MARIA. VIRGEN
 JESU-CHRISTO. NUESTRO. SEÑOR
 CRIADOR. SALVADOR
 Y. REDENTOR. DEL. MUNDO



CID. 1000.LXXXIII.

011744



Disfamen del R. P. D. Joseph
Martinez y Adame, actual
Prepósito de la Congrega-
cion del Oratorio de N. P.
S. Felipe Neri de esta Cor-
te de México.

Exmó. Señor,

POR orden de V. E. he leído un
Quaderno intitulado: *Santos de-
ceos de una christiana muerte*, que
pretende dar á las prensas D. Manuel
Antonio Valdés: y dando toda mi
aplicacion á su lectura, nada hallé
contra las Regalias; antes bien hago
juicio que desempeña cumplidamente
su título. En él se puede aprender
no solo á desear, sino tambien á
practicar una vida digna de una muer-
te preciosa, pues trata de un modo
nuevo las verdades mas importantes
de nuestra Santa Religion: explica
el *Padre nuestro* admirablemente: se
sirve de él con industria para facilitar
la

la práctica de la Oracion mental: di
nueva luz á las virtudes que propone,
y cierta hermosura encantadora con
que aviva en ellas sus naturales atrac-
tivos. Por lo que puede V. E. si es
de su superior agrado, conceder li-
cencia para que se imprima. Oratorio
de México y Marzo 31 de 1783.

Joseph Martinez y Adame.

Licencia del Gobierno.

EL Excm^o. Señor D. Matias
de Galvez, Teniente Gene-
ral de los Reales Exércitos,
Virrey, Gobernador y Capitan
General del Reyno de Nueva
España &c. visto el antece-
dente Dictamen concedió su
Licencia para hacer esta im-
presion, como consta de su De-
creto de 6 de Mayo de 1783.

Pa-

*Parecer del R. P. Dr. D. Joseph
Pereda, Presbytero de la
Congregacion del Oratorio
de N. P. S. Felipe Neri de
esta Ciudad de México.*

Señor Provisor,

LA preciosa Obra que con título
de *Santos deseos de una cristian-
tiana muerte* intenta dar á luz Don
Manuel Antonio Valdés, y se digna
V. S. remitirme para que le exponga
mi dictamen, es una pieza juiciosa,
llena de sólidas doctrinas y bellas in-
dustrias para facilitar la práctica de
las virtudes más importantes á todo
hombre Christiano. Y siendo justo
que la antorcha, aunque encendida
en el retiro, no quede baxo lo que
pueda ocultar sus provechosos ras-
plandores; antes si se ponga en el
candelero para que gozen de ellos
principalmente los domésticos: pare-
ceme que por esto y no encontrarse
clau-

cláusula que no respire devoción y piedad, puede V. S. conceder la licencia pedida para la impresión en la forma acostumbrada. Real Casa del Oratorio de México y Abril 29 de 1783.

Joseph Pereda.

Licencia del Ordinario.

EL Señor Dr. D. Fermín Joseph Fuero, Juez de Testamentos, Capellanías y Obras pías, haciendo audiencia por ocupación del Señor Provisor y Vicario general de este Arzobispado, conformandose con el Parecer que precede, concedió su permiso para hacer esta impresión, como consta de su Decreto de 30 de Abril de 783.

PRO-

PRÓLOGO.

QUE la Muerte sea una felicidad y una ganancia, y que el hombre deba mirarla como el objeto de sus deseos, es á la verdad una doctrina que nunca jamas ha podido gustar la naturaleza, y es una paradoxa que la humana Filosofia no ha sabido hasta ahora comprehender, aunque alguna vez, por hacerse honor, ha querido dar á entender que la ha creído. Pero bien sabe el Christiano, que ésta es una verdad que nos ha revelado el Espiritu Santo por medio del Apostol San Pablo, quien hace de ella uno de los primeros principios de nuestra Religion; y que los exemplos de los Santos, ilustrados por la Fe, y anima-

mados por la Gracia de Jesu-
Christo, nos obligan á mirarla
como una maxima muy prácti-
cable. Ellos nos han hecho ver
con su vida y con su muerte,
que le es mas fácil á un ver-
dadero Christiano amar la
muerte, y hacer de ella sus de-
licias, que el amar la vida, y
encontrar en ella su alegría y
su consuelo.

Dixe á un verdadero Chris-
tiano, á una alma que vive de
la Fe; porque en quanto á los
hombres carnales, que estan
apegados á la tierra, y que vi-
ven segun sus pasiones, la Es-
critura sagrada nos enseña,
que el solo pensamiento de la
muerte es para ellos un supli-
cio. Pero un hombre que co-
noce el fin para que Dios lo
crió, y á qué lo ha destinado
por

por una nueva creacion, en
que lo ha adoptado por uno de
sus hijos, haciéndolo miembro
del Cuerpo mystico de su Hijo
Jesuchristo: un Christiano,
que executa lo que el Espiritu
Santo difundido en su corazon
por el Bautismo quiere hacer
de este corazon: que sabe que
este Pincel adorable quiere en
él formar una viva imágen del
mismo Hijo de Dios, tirando
aqui en la tierra por medio de
la Fe las primeras líneas de su
semejanza, para acabarla per-
fectamente en el cielo con la
luz de la Gloria; y que viniendo
á ser de este modo hijo de
Dios, viene á ser tambien su
heredero: quien comprehende
quanto es lo que debe á la Jus-
ticia de Dios como pecador, y
lo que debe aborrecer en sí
mis-

mismo como hijo de Adán: quien hace profesion de no ser de este mundo, que pasa su vida entre el llanto como un esclavo en Babylonia, y que tiene siempre vueltos los ojos de su corazón ácia la celestial Jerusalem como ciudadano de ella: quien está disgustado de los placeres y de las riquezas de la tierra, y que espera los contentos del cielo y los bienes eternos; por último, quien puede decir con S. Pablo: *Mihi vivere Christus est*: Jesu-Christo es mi vida: éste no tendrá trabajo de añadir con el mismo Apostol: *Et mori lucrum*: la muerte es mi ganancia, mi felicidad y mis delicias.

Feliz por tanto aquel que ha trabajado toda su vida en for-

formar en su corazón la vida de Jesu-Christo, crucificando su carne con sus concupiscencias (*). Felices las almas en

B quie-

(*) Desde ahora para adelante advertimos con el Catecismo Romano (Tom. II. pag. 173, y sig. segun la edición de Pamplona de 1777, y Traducción de D. Lorenzo Agustín Mosquera), que „ la
22 Concupiscencia es cierta concitacion
23 ó ímpetu del ánimo, de que ímpelidos
24 los hombres, apetecen las cosas de pla-
25 cer y gusto que no tienen. Y á la ma-
26 nera que los demás movimientos del
27 corazón no siempre son malos, así
28 tampoco este impulso de apetecer es
29 siempre vicioso. Porque no es malo el
30 desear la comida ó la bebida, ó el ca-
31 lentarnos quando tenemos frio, ó al
32 contrario el querer refrescarnos quan-
33 do tenemos calor, pues este recto im-
34 pulso de apetecer nos dió ímpreso en
35 la naturaleza el mismo Dios, Autor
36 de ella; mas por el pecado de nuestros
37 primeros Padres sucedió, que atropel-
38 llando esta inclinacion ó apetito los
39 ímpetus de la naturaleza, se depravó
40 en

quienes el mismo Jesu-Christo
ha impreso sus señales, y por
decirlo así, sus Llagas, exer-
citándolas por el camino de
continuas penalidades con per-

se-

en tanto grado, que muchas veces in-
cita á apetecer cosas que repugnan al
espíritu y á la razón. . . .

Y así solamente está prohibido
aquel liviano apetito que el Apostol
llama concupiscencia de la carne: esto
es, aquellos movimientos de la concu-
piscencia que exceden la moderacion
de la razón, y atropellan los límites
señalados por Dios. La concupiscen-
cia natura, entonces pasa á ser pec-
do, quando despues del impulso de los
apetitos desordenados se deleyta el
ánimo en cosas malas, y presta conse-
ntimiento, ó no resiste: como lo enseña
Santiago al declarar el origen y pro-
gresos del pecado por aquellas pala-
bras: *Cada uno es tentado de su concu-
piscencia, que le tira y atrae: despues
la concupiscencia quando prevalece,
pare el pecado, y el pecado quando
fuere consumado, engendra la muerte.*

secuciones internas ó exterior-
res, con contradicciones y
frecuentes desastres, con lar-
gas y molestas enfermedades,
ó por otros rumbos diferentes,
y á las quales hace llevar en
sus cuerpos su mortificacion y
penitencia, como él mismo la
ha llevado en el suyo. ¿Qué
cosa pueden desear mas estas
almas escogidas, que el entrar
en las disposiciones de JESUS
moribundo, despues de haber-
se exercitado en las de JESUS
penitente, y considerar los
motivos que deben hacer de
la muerte el objeto de sus mas
vivas ansias y deseos?

¶ Pero como estos deseos no
son sólidos ni verdaderos sino
quando estan acompañados de
las virtudes que forman un
verdadero Christiano, por eso

des-

despues de haber propuesto las Meditaciones que sirven para hacerles desear la Muerte, se les proponen las virtudes en que han de exercitarse, trabajando, con la divina gracia, en plantarlas ó renovarlas en su corazon, y en solidarse en ellas con toda firmeza.

La razon porque se han reducido al *Padre nuestro* las verdades que se proponen en estas Meditaciones, es porque en la Oracion Dominical se incluyen todas las obligaciones del Christiano, como que ella es un excelente Compendio del Evangelio. Si el uso de esta Oracion es santo y útil en todos los tiempos de la vida, lo es aún mas en el de la muerte, y en los dias en que el

el Christiano se quiere preparar para ella, renovando la práctica de sus obligaciones, y trabajando con los exercicios piadosos en purificarse de sus culpas pasadas. Porque ya se sabe lo que tantas veces ha dicho San Agustin de esta celestial Oracion: que ella es la penitencia cotidiana, y un excelente medio para purificarse de los defectos diarios en que caimos por la humana flaqueza.

Ella es tambien una divina semilla que contiene en sí el fruto de todas las virtudes christianas. Es la Oracion de la Caridad misma, porque es la Oracion de los hijos de Dios. Es el complemento de la Ley, de los Profetas y del Evangelio; y yo quedaria muy contento.

tento de no saber hacer otra cosa que rezar bien el *Padre nuestro*, si tuviese la felicidad de rezarlo bien.

Yo entiendo por rezarlo bien el rezarlo con un corazón lleno de una fe humilde y sencilla, de una esperanza viva, y de una ardiente caridad: con un corazón despegado de la tierra, y elevado con todos sus afectos ácia aquel Padre que tenemos en el Cielo: un corazón abrasado en el deseo de la herencia que nos está reservada; finalmente, un verdadero corazón de hijo que no conoce y no ama sino á su Padre, que no busca sino á él, que no suspira sino por él, que no corre sino tras él, que no se une sino á él, y para quien la mano, los ojos, y el seno de

su

su Padre, son todas las cosas: su mano para guiarlo, sostenerlo y defenderlo en el camino: sus ojos para velar sobre él, sobre sus pasos y sobre todas sus necesidades; y su seno para reposar sobre él después de la carrera, para recibir en él su alimento, para gozar en él de sus caricias, de sus abrazos, y de él mismo.

Esta es una pequeña parte de los afectos y sentimientos que la primer palabra de la Oracion Dominical debe despertar en nosotros, si la rezamos como conviene. Porque á la verdad, es casi imposible que un Christiano llame á Dios con el dulce nombre de *Padre* sin acordarse que es su hijo, que á él le debe el ser, la vida y todas las cosas, y que este

Pa-

Padre que está en los Cielos, no habiéndolo hecho sino para sí, no debe él vivir sino para su Padre: que ácia él debe tirar continuamente, y aspirar sin descanso á la vida del Cielo, donde este Padre adorable quiere hacer vivir en sí mismo y de sí mismo á todos aquellos sus hijos que habrán vivido por él sobre la tierra.

Al continuar esta santa Oracion encontrará asimismo el Christiano, qué cosa sea vivir en Dios y por Dios, como deben vivir sus hijos para imitar á su Padre: esto es, que deben vivir en la virtud, apartándose de todo lo que es indigno de la santidad de su nombre, que ha sido invocado sobre ellos, y deseando quedar enteramente libres de este cuerpo

mortal, para encontrar en su seno la perfecta santificación, que no pueden ellos esperar aqui en la tierra.

¿Quien no se maravillará despues de esto, de que muchos Christianos rezen esta santa Oracion sin fe, sin atencion y sin reflexa, por pura costumbre, y de una manera del todo indigna de la Magestad de aquel Dios á quien ofrecen este sacrificio de sus labios, de la Bondad del Salvador que nos la dió, y de la Santidad de aquel Divino Espíritu que ha sido enviado á sus corazones para formar en ellos la adoracion y el gemido, de que debería siempre estar animada?

El Evangelista San Juan decia del precepto de la Caridad

dad christiana, que él es el mandamiento del Señor, y que él solo basta, con tal que se cumpla. Esto mismo proporcionalmente puede decirse del *Padre nuestro*. El es la Oración del Señor, y ella sola basta, con tal que se reze bien.

Como en estas Meditaciones se considera la Muerte por aquellas partes que la hacen amable al Christiano, podría acaso la lectura de este Librito contribuir á sosegar aquellas almas que no pueden mirarla sino con un excesivo horror y miedo, y á despertar tambien á aquellas que se hallan sepultadas en un profundo olvido de este último momento, decisivo de nuestra eterna suerte. No creo por tanto que alguno me acuse, ni de

de inspirar á las almas un deseo presuntuoso de la muerte, ni de desentenderme de las que tienen necesidad de ser atemorizadas sobre este punto. A mas de que, para éstas, hay escritas excelentes Obras, que andan en las manos de todos, y de las que sacarán muchísima utilidad y provecho.

Yo supongo que los que lean este Librito vivan christianamente, y se hallen en estado de comparecer ante su Divino Esposo; por lo que ha parecido justo inspirarles las disposiciones correspondientes. No es tan escaso el número de estas almas felices; y por la misericordia de Dios las hay en nuestra Iglesia. En la Caridad (dice excelentemente el Doctor de la Ca-

„ Caridad) (a) hay muchos
„ grados. Hay personas que
„ reciben la muerte con pa-
„ ciencia; y hay otras mas
„ perfectas, que no tienen ne-
„ cesidad de la paciencia sino
„ para sufrir la vida presen-
„ te. El que ama la vida, pue-
„ de sufrir pacientemente la
„ muerte quando ha llegado
„ su hora; pero quien desea,
„ como el Apostol, dexar esta
„ vida por estar con Jesu-
„ christo, este no muere con
„ paciencia, sino que antes
„ bien, vive con paciencia, y
„ muere con gusto. „

Tal es la disposicion que
pido á Dios ponga en el cora-
zon de los que leyeren esta
Obrita, encargándoles con S.
Agus-

(a) S. Aug. Tr. 59. in Ep. I. Jo. c. 4.

Agustin, que trabajen en la
perfeccion de tal manera, con
el auxilio de la divina gracia,
que puedan desear la muerte
y el dia del Juicio.

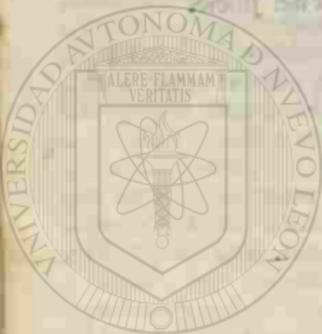


**MEDITACION
PARA EL PRIMER DIA.**

*Ha de desear la muerte el
Christiano como criatura de
Dios, que es su vida, su re-
poso, y su felicidad eterna.*

**PADRE NUESTRO QUE ESTAS
EN LOS CIELOS.**

AUNQUE Dios sea nuestro
Padre en un modo más
noble y más santo en nuestra
nueva creación en Jesuchristo;
mas no por eso dexa de serlo
por nuestro primer nacimien-
to



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

(2)

to en Adán de un modo mas verdadero y mas excelente de lo que lo son los padres que nos han dado la vida del cuerpo. Porque Dios es solo é inmediatamente el Padre de nuestra alma, por la qual somos hombres, hechos á imagen de Dios, y capaces de tener sociedad con él. De él recibimos el ser, la vida, la razón, y todo lo que llamamos dones de naturaleza.

Y no solamente da la vida á nuestra alma, sino que él mismo es la vida del alma. *La vida de vuestra carne es vuestra alma*, dice S. Agustín (a), *y la vida de vuestra alma es vuestro Dios*. La diferencia que hay entre una y otra es, que

(a) Tr. 47. 20 Jo.

(3)

que el cuerpo recibe de una vez toda su vida natural; pero la vida de nuestra alma no es aquí en la tierra sino comenzada: ella se perfecciona de día en día: puede recibir de hora en hora nuevos aumentos; y llegará por último el momento feliz en que recibirá su plenitud y su última perfeccion, acompañada de una infinita felicidad.

Pero esto no se consigue en este mundo; y si pudiésemos concebir la diferencia que hay entre el estado presente de nuestra alma, y entre aquel en que se hallará quando se vea separada de este cuerpo que la agrava, y se hallará unida perfectamente á Dios, y como abismada en él; toda nuestra vida presente no sería sino

(4)

sino un continuo deseo de la vida futura, como que en ella será Dios. 1. La plenitud y perfeccion de la vida de nuestra alma. 2. Su eterno reposo. 3. Su perfecta y completa felicidad: tres Puntos que deberán ocuparnos en este día.

I.

Nuestra alma no es otra cosa que una participacion de aquel Ser eterno, espiritual y omnipotente, que es Dios; y su razon, que es su vida, no es sino una participacion de aquella luz invisible é inaccesible, y como una centella de aquel fuego que siempre arde, y que nunca jamas se apaga. Es nuestra alma un ser espiritual, capaz de conocer y de amar.

(5)

amar al Ser soberano sumamente inteligente, é infinitamente amable, la qual no está para otra cosa en este mundo sino para santificarse con este conocimiento y con este amor, y que está destinada á ser eternamente feliz mediante la perfeccion de este conocimiento, y el complemento de este amor. Nuestra alma es como un gran vacío que Dios quiere llenar, y que él solo puede llenar. Es una capacidad de Dios: quiero decir, que así como esta vasta extension del ayre que hay entre el cielo y la tierra, no se nos representa sino como una capacidad apta para recibir la luz y el calor del Sol visible, y es como su vida el estar llena de él, y su muerte estar de él privada: así

(6)

así es nuestra alma respecto del Sol invisible. Ella está viva en quanto él la llena de sí mismo como luz y ardor eterno, y en tanto es su vida, en quanto es su plenitud; y quanto ella se llena de otras cosas fuera de Dios, tanto pierde de su vida, y tanto queda vacía. Porque, como dice muy bien San Bernardo: *Todo lo que es menos que Dios, puede, es verdad, entretener y ocupar á una alma capaz de Dios; pero nunca jamás puede llenarla.*

No sucede esto solamente por defecto de su voluntad, que es ciega, carnal é inconstante, y á quien el pecado ha hecho perder el gusto de Dios; sino tambien por las necesidades de la vida presente, que nos obligan á ocuparnos en mu-

(7)

muchas cosas indignas de la nobleza de nuestra alma, y que insensiblemente la vacian de Dios.

¿Pues como podemos amar la tierra, y encontrar dulzura en la vida presente? ¿Como por el contrario no suspiramos continuamente por la separacion de nuestra alma, para que se halle en estado de llenarse toda de Dios, con la plenitud de que ella es capaz (a), y que Dios sea su vida con toda la perfeccion á que está destinada? Consideremos freqüentemente este estado, y digamos con aquel hombre de deseos y de gemidos (b): „ Señor, quan-

do

(a) *Ut impleremini in omnem plenitudinem Dei. Eph. 3. 19.*

(b) S. Ag. Conf. l. 10. c. 28. segun la Traducción del P. Ribadeneira.

„ do yo me abrazare con Vos
 „ del todo, no tendré ni dolor
 „ ni fatiga. Entonces mi vida
 „ será verdaderamente viva,
 „ porque estará llena de Vos.
 „ Mas ahora porque Vos ha-
 „ ceis ligero al que está lleno
 „ de Vos, no lo estando yo, ne-
 „ cesariamente tengo de ser á
 „ mí mismo pesado y cargoso.

II.

Nuestra alma está hecha
 para Dios, y nunca jamas ten-
 drá reposo hasta que lo en-
 cuentre en Dios. Cada uno bus-
 ca este reposo; pero no lo bus-
 ca cada uno en Dios. Se busca
 en las criaturas, donde no pue-
 de estar. Los que lo buscan en
 Dios, lo hallarán; pero no en-
 contrarán jamas aquí en la
 tierra

tierra un perfecto reposo, y li-
 bre de toda turbacion é inquiet-
 tud. El reposo de los Santos
 de la tierra se encuentra en la
 dulzura, en la humildad, y en
 la fidelidad en llevar el yugo
 del Señor; pero éste es un re-
 poso pasajero, un reposo de
 caminante, y que no puede
 contentar perfectamente al que
 busca un reposo eterno y sin
 mudanzas; un reposo de gozo,
 de estabilidad, que lo haga fe-
 liz, metiendolo en posesion de
 su pais y de su herencia; y es-
 ta herencia no es otra que el
 mismo Dios.

Este es el reposo á que as-
 piramos, y al que no podemos
 llegar mientras somos viado-
 res. Podemos, es cierto, repo-
 sarnos sobre su Providencia, y
 sobre los paternales cuidados
 de

(10)

de su Bondad: podemos reposar baxo la sombra de sus alas en nuestras aflicciones, mientras pase la iniquidad; pero este reposo va siempre acompañado del trabajo, y no está libre ni del temor ni de latencia. Es necesario buscar continuamente al Señor, hasta tanto que nos halla escondido en el secreto de su Rostro adorable, despues de habernos sacado del bullicioso tumulto de este mundo, que tantas veces turba nuestros corazones. *Ercondeame, Señor, en el secreto de tu Rostro, de la conturbacion de los hombres (a).*

Esta es la Oracion que deberiamos hacer continuamente, si deseásemos de buena fe el reposo reservado al pueblo de

(a) Ps. 30. 21.

(11)

de Dios, si lo buscásemos con todo nuestro corazon, y con todo el fervor de nuestra alma. *En la paz, en el mismo dormiré y descansaré (a).* „ ¡O palabras que encantan (exclama del fondo de su corazon San Agustin) „ ¡O paz incompre-
„ hensible; ¡O reposo deseable, reposo en Dios mismo, „ reposo en el Ser inmutable, „ reposo que hace olvidar todos los trabajos, reposo que „ forma toda nuestra esperanza! Porque ninguna cosa es „ igual á Vos, ó Señor! y todo „ lo que no es Vos, no es digno de ser el reposo de mi alma. Dadnos pues, ó Dios „ mio! vuestra paz y vuestro „ reposo: el reposo de aquel
D „ Sa-

(a) Ps. 4. 2.

(12)

„ Sábado eterno, que será co-
„ mo un claro medio dia, siem-
„ pre permanente, y siempre
„ fixo, sin que se le siga noche
„ ni obscuridad alguna. Y ha-
„ ced, si os agrada, que traba-
„ jemos continuamente por el
„ espacio de los seis dias de
„ esta vida en cumplir vuestra
„ voluntad, para que despues
„ de haber completado nues-
„ tras obras, las quales no son
„ buenas sino porque ellas son
„ en nosotros dones de vuestra
„ gracia, reposemos en Vos
„ en aquel glorioso Sábado de
„ la vida eterna y feliz.

III.

Si el alma está vacía quan-
do no la llena Dios, y no pue-
de estar sino inquieta quando

no

(13)

no descansa en Dios, digamos
tambien, que ella es infeliz, si
Dios no la hace feliz consigo,
y de si mismo. No hay alguna
naturaleza espiritual sobre la
tierra (a), no hay Santo algu-
no en el cielo, no hay algun
Angel, aún el mas excelente,
que pueda hacer feliz á nues-
tra alma: ¿quanto menos po-
drá hacerla alguna de las criat-
uras sensibles y corporeas,
que son á ella tan inferiores, y
que no pueden sino manchar-
la y envilecerla quando se ape-
ga á ellas? Estas tales criatu-
ras pueden, es cierto, alhagar
y conmover los sentidos del
cuerpo, y por la estrecha
union y admirable comercio
que hay entre el cuerpo y el

(a) S. Aug. Tr. 23. in Jo. n. 7.

alma, puede ésta quedar conmovida de algun placer con la ocasion de alguna mutacion hecha en los sentidos corporeos; pero nada la puede hacer feliz sino la participacion de la vida siempre viva de la Substancia eterna é inmutable, que es Dios, porque no puede ella encontrar su felicidad sino en lo que es su fin; y no siéndolo ni los placeres, ni criatura alguna de las sensibles y espirituales, sino solo Dios, solo éste puede hacerla feliz.

Ved ahí, dice S. Agustin, en lo que consiste la Religion Christiana. Pero ah! ¡Quan débil es esta union con Dios en esta vida! Y tal qual ella es, ¡á quantas mudanzas no está sujeta, á quantos peligros no está expuesta, qué furiosos combates

tes no tiene que sostener, de quantos enemigos no tiene que defenderse? Tan cierto es que esta vida es un combate, una tentacion, y una continuada miseria. Solo la muerte puede libertarnos de todo esto; y quien tiene una se viva, bien lejos de mirarla como su enemiga, y de huirla como su desgracia, deberia antes salirle al encuentro con sus deseos, y recibirla quando ella se presenta, como á su libertadora, y como á una amiga que viene á descargarlo de un peso gravoso é incómodo, para hacerlo pasar de un pais enemigo al pais de seguridad, y de la region de la muerte á la habitacion amable y deliciosa de la bienaventurada vida. „ Por-
„ que ello es necesario (dice
„ un

„ un docto Autor) (a) que muer-
 „ ra de buena gana aquel que
 „ ama y desea la felicidad á
 „ que nos conduce la muerte. Y
 „ los que la huyen con el pre-
 „ texto de querer aún aprove-
 „ char en la virtud, en vez de
 „ dar muestras de un verdade-
 „ ro deseo de aprovecharse,
 „ antes bien dan á conocer
 „ quan poco han aprovechado;
 „ pues que puntualmente
 „ en el deseo de la muerte con-
 „ siste el progreso y adelanta-
 „ miento en la virtud. Deseen
 „ pues aquello que huyen, por
 „ tal de aprovecharse, y en-
 „ tonces se aprovecharán y se-
 „ rán perfectos.

No digamos pues nunca es-
 tas palabras *Padre nuestro que
 estas*

(a) S. Aug. vel alius Auct. eq. 17.
 in Matth.

*estás en los cielos, sin acordar-
 nos que aquel á quien habla-
 mos, es no solamente el Padre
 y el principio de la vida de
 nuestra alma, sino que es tam-
 bien su fin y su centro. Acordé-
 monos, que queriendo este
 adorable Padre ser él mismo
 en la eternidad nuestra vida,
 nuestro reposo, y nuestra felici-
 dad perfecta; la muerte, que
 es el pasage á esta felicidad
 inmutable, debe ser el objeto
 de nuestros deseos, y por de-
 cirlo así, de nuestra impacien-
 cia.*

VIRTUDES

En que ha de exercitarse este dia el que está en Retiro.

I. VIRTUD.

El Espíritu de Religión.

ESTA virtud, en que ha de exercitarse (supuesto siempre el auxilio de la divina gracia) el que se prepara para comparecer ante Dios, comprehende otras muchas. Ella nos enseña ante todas cosas á conocer bien lo que se debe adorar, y como se debe adorar: á no adorar sino á Dios, y á adorarlo por medio de Jesuchristo, esto es, por sus méritos y por su gracia, en su Cuerpo y por su Espíritu, que habiendosenos dado, nos inspira una íntima disposición de esti-

estimacion, de respeto, de sumision, y de dependencia por todo lo que mira á Dios, y por todo aquello que sabemos de sus perfecciones, de sus Misterios, de sus dones, en una palabra, por todo lo que es de Dios: disposicion que está radicada en una fé viva y amante de su Grandeza, de su Santidad, de su Sabiduría, de su Omnipotencia, y de su infinita Bondad.

El que tiene estas disposiciones, no piensa jamas en Dios ni en las cosas de Dios sino con el sentimiento de una veneracion profunda y respetuosa: no habla de ellas sino con Religión: no lee ni oye su santa palabra sino con temor: está con gran respeto en su presencia, principalmente en los sa-
gra-

grados templos; y quando se le ofrece ocasion de hacer exteriormente actos de culto, y de exercitar las ceremonias y prácticas exteriores de la Religion, hace ver á todos con su modestia, con su recogimiento y con su exemplo, que de la plenitud de su corazon se difunde delante de los hombres su Religion, y que él adora á Dios en espíritu y en verdad.

Quien se halla en esta disposicion, no tiene otra regla de su vida que la voluntad de Dios, y dice con el Real Profeta (a): *Mi felicidad es estar unida á Dios, y no tener confianza ni esperanza sino en él.* Y como no puede dar mayor prueba de esta su sumision á la

(a) Ps. 72.

la voluntad de Dios, que amándolo más que á su vida, está siempre pronto á ofrecerle este sacrificio aceptando la muerte, y teniéndose por muy dichoso con poder, á lo menos por este medio, honrar el supremo poder que tiene sobre la vida y sobre la muerte.

II. VIRTUD.

El agradecimiento á los beneficios.

LA Gratitude es una de las primeras obligaciones de la criatura racional; pero es una obligacion de que, por lo comun, no se hace caso. Se goza de la vida, y se usa de todos los bienes que la acompañan, sin dar gracias á Dios, que es el Autor de todos ellos.

El

El Apostol San Pablo nos enseña (a), que los Filósofos pagános no cayeron en la ceguera, en la dureza y en la obstinacion, sino porque no habian glorificado á Dios, ni dádole gracias por sus beneficios. El mismo Jesuchristo Señor nuestro comenzó las mas grandes acciones de su vida con la accion de gracias, y las terminó con la institucion de un sacrificio, que dexó á su Iglesia, entre otros fines, para que se le ofreciese á Dios en accion de gracias, de donde tomó el nombre de *Eucarístico*.

Es pues necesario que los que se preparan á morir tengan un cuidado particular de en-

(a) Ad Rom, 1. 21. y sig.

entrar en este espíritu de Jesuchristo, y reparen el olvido en que acaso han estado de los beneficios de Dios, haciendo desde ahora lo que tal vez no podrán hacer en el tiempo de la muerte. Dén pues á Dios mil gracias por los innumerables beneficios que han recibido y esperan recibir de su liberal mano en la tierra de los vivientes. Pero sobre todo, no nos cansemos jamas de darle gracias por el don que nos ha hecho de Jesuchristo y de su Espíritu, que ambos son llamados los Dones de Dios por excelencia, porque son la fuente de todos los otros dones, y á todos los contienen.

Debemos tambien mirar nuestra muerte como un sacrificio de accion de gracias y

E de

(24)

de expiacion. Ofrezcamosla pues anticipadamente en union de la de Jesuchristo, y por el Espíritu Santo, por quien se ofreció él mismo como una Hostia viva, é infinitamente santa. Bien podremos decir entonces, y podremos pronunciar desde ahora sobre nosotros, aquellas palabras de la santa Misa, que dice el Sacerdote refiriéndolas al Sacrificio de Jesuchristo: *Venid, ó Santificador, Dios Omnipotente y Eterno! y bendecid este sacrificio que está para ofrecerse á vuestro santo nombre.*

NOTA.

¶ Cada dia procure el Exer-
citante examinarse sobre las
virtudes que se proponen, ¿en
qué

(25)

qué ha faltado á ellas? &c.
Humillarse delante de Dios
por sus defectos, y hacer al-
guna penitencia proporciona-
da á su estado y á sus fuerzas,
con dictamen del Confesor,
concluyendo el dia con rezar
devotamente el Rosario de
nuestra Madre Maria Santísi-
ma, pidiéndola le alcance de
Dios aquellas virtudes, y una
santa y dichosa muerte. Todo
esto indicaremos brevemente
al fin de cada dia, diciendo:
*Exámen, Humillacion, Peni-
tencia y Rosario.*



ME-

MEDITACION
PARA EL SEGUNDO DIA.

*Ha de desear la muerte el
Christiano como hijo de Dios
por el Bautismo, para ser
perfectamente santificado en
Dios en la eternidad.*

SANTIFICADO SEA TU NOM-
BRE.

PADRE, dice Jesuchristo
(a), deseo que adonde es-
toy yo, esten tambien conmigo
aquellos que Vos me habeis da-
do, para que ellos contemplan
mi gloria, que me habeis dado.
Yo les he dado (b) la gloria que
Vos habeis dado á mí.... Yo
estoy

(a) Jo. 17. 24.

(b) Jo. 17. 22. 23.

estoy en ellos, y Vos en mí.

Ved ahí adonde nos con-
duce la muerte christiana. Ella
no es sino un pasage del seno
de la corrupcion y de la mise-
ria al Seno eterno y glorioso
de nuestro Padre celestial. Pe-
ro no tienen derecho al Seno
del Padre sino los hijos; y si el
hombre, como criatura, debe
sacrificarse con una santa
muerte al honor y á la gloria
de su Criador, no puede tener
su complemento este sacrifi-
cio sino en virtud de ser hijo
de Dios por el Bautismo. Me-
diante este Sacramento, dice
San Agustin, comienza á ser
santificado en nosotros el nom-
bre de Dios, porque nosotros
mismos somos en este Sacra-
mento santificados en su nom-
bre como sus hijos, y comen-
zamos

zamos á tener derecho de llamarlo propiamente *nuestro Padre*, como participantes de su santidad, segun nos muestra Jesuchristo, diciéndonos: *Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial* (a).

Pero como que nuestra adopcion no está sino principiada en el Bautismo, y es siempre imperfecta en esta vida, por tanto nuestra santificacion en Dios, ó la santificacion de su nombre en nosotros, no puede tampoco tener su perfeccion sino en la otra vida. Y no encontraremos la perfeccion de nuestra adopcion y de nuestra santificacion sino en el Seno de nuestro Padre.

(a) Matth. 5. 48.

I.

Suspiremos por tanto el que se llegue nuestra adopcion perfecta, y pidamos á nuestro Padre celestial que acabe de santificar en nosotros su nombre, obrando en nosotros todo aquello que él debe obrar para hacernos participantes de su santidad, segun la medida que ha destinado á los que quiere tratar como á sus hijos en la eternidad. Esto es lo que S. Agustin (a) llama *la grande y admirable santificacion de Dios, donde sus hijos descansarán despues de los trabajos de esta vida.*

Y pues que esta adopcion no puede tener su complemento

(a) *Post illa nos requieturos in tua grandi sanctificatione speramus.* Conf. c. ult.

to en este mundo, ¿como podemos amarlo, y como no podemos continuamente salir de él? Y pues que no podemos llegar á esta vida perfecta de hijos de Dios, sino muriendo á la vida presente, ¿como la muerte no es el objeto de nuestros deseos? Y pues que es necesario desnudarse de este cuerpo de pecado antes de ser vestidos de la gloria que él reserva á sus amigos, rompanse quanto antes estos lazos de carne y sangre, perezca este cuerpo, y dexé mi alma esta prision para ir á unirse con Jesuchristo. *Deseo morir y estar con Christo (a)*, porque entonces mi Padre celestial me reconocerá por su hijo en la feliz eternidad. *Pa-*

(a) Ad Philipp. 1. 23.

Padre nuestro que estás en los Cielos: Padre, cuyo nombre es Santo: Padre, que sois la Santidad misma: haced, y hacedlo quanto antes si así os agrada, que vuestro nombre sea plena y perfectamente santificado en mí, y que yo lo sea perfectamente en Vos mediante el complemento de mi sacrificio. Desfallezca mi alma por el deseo de entrar bien presto en el Santuario adorable de vuestro Seno, y de estar puesta sobre vuestro Altar, que es Jesuchristo, para que este Pontífice Sumo de los bienes futuros me sacrifique ante Vos, y me consagre á Vos. Mi alma y mi carne, lejos de temer aquel momento que debe separarlas, regocijense anticipadamente, déen saltos de alegría

gria por unirse á Vos, ó Dios Santo, Dios vivo, Dios eterno! que sereis, como lo espero de vuestra misericordia, el Santificador de mi ser, la Vida de mi alma, y el Dios de mi corazón por toda la eternidad.

(a)

II.

Roguemos tambien á Jesu-christo el Sumo Sacerdote, que debe ofrecer á Dios la vida de sus miembros, como le ofreció la suya propia, que se digne emplear el poder que tiene sobre nuestra vida para perfeccionar este sacrificio: que sepulte presto baxo la tierra esta semilla corruptible, este cuerpo mortal, para que despues

lo

(a) *Deus cordis mei, & pars meo, Deus in aeternum. Ps. 72.*

lo saque de ella, resucitándolo (a) incorruptible, glorioso y lleno de vigor, para ofrecerlo entonces á Dios como primicias de santificación y bendición; puesto que la carne y la sangre no pueden poseer el Reyno de Dios, ni nuestra alma puede ser consumida como un perfecto holocausto, si antes no es despojada de su cuerpo, destruyendose la vida mortal para que ella viva eternamente.

¡O JESUS, Pontífice Sumo, Sacerdote eterno segun el órden de Melchisedec, por quien todo debe ser sacrificado, ofrecido y consagrado á Dios! Yo dexo de buena gana en vuestras manos mi vida, esta vida, que

(a) 1. Cor. 15. 41. 50.

(34)

que es ya vuestra porque la habeis comprado con el precio de vuestra Sangre: Sacrificadla, ó JESUS! á la Magestad Divina, y sea mi muerte, mediante vuestra oblation y la union con vuestro Sacrificio, un sacrificio agradable á Dios.

III.

Invoquemos asimismo al Espíritu Santo, por quien Jesu-christo se ofreció á Dios su Padre sobre la Cruz como su Víctima, para que él santifique igualmente nuestro sacrificio, y para que mientras llega la hora de él, nos haga gemir por el deseo de que se perfeccione quanto antes, para que de este modo sea perfecta nuestra santificacion en Dios,

y

(35)

y la santificacion de su nombre en nosotros. Porque asi como ninguna cosa criada es santa, sino en quanto ella es sacrificada y consagrada á Dios; asi todo aquello que está sacrificado y consagrado á su Magestad, queda ya santo por esta consagracion. Por lo que Jesuchristo, hablando de su Sacrificio y del nuestro, lo llama santificacion, diciendo (a): *Yo me sacrificio, ó me santifico á mí mismo por ellos, para que ellos tambien sean santificados en la verdad.* Digámosle pues al Espíritu Santo.

Espíritu de adopcion, Espíritu Santificador del sacrificio christiano, sagrado Fuego,

(a) *Pro his ego sacrifico me ipsum, ut illi & ipsi sanctificentur in veritate. Jo. 17. 19.*

go, que debéis consumir la víctima de mi corazón y de mi cuerpo como un holocausto á gloria de mi Dios: venid, y bendecid este sacrificio, preparado á honor de su santo nombre. Consumid en mí todo lo que hallareis indigno de serle ofrecido. Anflamadme en el deseo de serle plenamente sacrificado. Formad en mí aquel deseo continuo, que debe hacer toda la vida de una verdadera víctima.

I. VIRTUD.

La Fe.

ES la Fe el ojo y la razón del Christiano, y por ella debe juzgar de todo. Feliz aquel en quien quando venga Jesuchristo, hallare una fe viva

va, animada y vigilante. Trabajemos pues este día, con la divina gracia, en avivar en nosotros la fe de las verdades eternas: aprendamos á exercitar bien nuestra fe, á obrar segun ella, y á vivir de ella.

Exercitamos nuestra fe, quando sujetamos á su autoridad nuestro espíritu y nuestra razón, creyendo firmísimamente todas las verdades que nos propone.

Obramos segun nuestra fe, quando seguimos su luz en el curso de nuestra vida, en nuestras acciones, en nuestros deseos, en nuestras inclinaciones, y quando no deseamos ni hacemos efectivamente sino lo que la Fe nos hace conocer que debemos y podemos hacer, querer y desear.

Vi-

Vivimos de la Fe, quando no nos alimentamos de los bienes visibles; quando no miramos la tierra como nuestra patria; quando nos consideramos como ciudadanos del cielo, que no estamos en el mundo sino de paso, y estamos siempre esperando nuestro arribo á la Patria celestial; quando nos elevamos por medio de la Fe hasta esa Patria verdadera, para buscar en ella los bienes eternos é invisibles.

Vivamos pues con la vida de la Fe: ella nos sostenga en medio de los trabajos de la vida presente: ella nos convenza que la vida es corta, que es un momento, un soplo, un vapor: que sus bienes son engañosos, caducos y percederos: que sus males son nada, y que por otra

otra parte, esta nada, es la semilla de una gloria eterna, infinita é incomprehensible.

Procurad estableceros bien en este exercicio. Quando tenéis entre manos algun negocio, quando quereis elegir estado &c. acostumbraos á ponerlos delante de la vista las reglas de la Fe y las maximas del Evangelio, y examinad atentamente lo que ellas permiten ó prohiben, y sobre todo, pedidle á Dios, que sigais siempre las luces de la Fe, y que como los Justos, vivais siempre de ella.

II. VIRTUD.

El Espiritu de Sacrificio.

POR medio de la Fe, dice S. Pablo, estuvo pronto Abraham

han á sacrificar á su hijo único. Por medio de ella debemos tambien nosotros vivir y morir en el espíritu de sacrificio: quiero decir, que estando persuadidos de no tener el ser y la vida sino por Dios, no debemos hacer uso de ellas sino por él, refiriendo á él todo lo bueno, y dedicandonos perfectamente á su servicio.

Por este mismo espíritu de sacrificio debemos estar dispuestos á recibir todo lo que Dios nos enviare, sujetandonos enteramente á su voluntad santísima. Debemos vivir continuamente como baxo la mano y baxo el cuchillo del Sacerdote que nos ha de sacrificar. Y como que este sacrificio no se hace en un momento, sino que dura toda la vida;

vida; así tambien este Sacerdote no hiere á su víctima en una sola manera, ni la sacrifica con un solo golpe. Una pérdida de bienes temporales, una calumnia, una afliccion, una enfermedad, y todo quanto sirve á mortificar la naturaleza y sacrificarla á Dios, son otros tantos golpes que Jesu-christo, Sacerdote del Altísimo, descarga sobre nosotros, con aquella espada (a) que vino á traer al mundo, y con la que hizo profetizar á su Madre Santísima que sería traspasada su alma (b).

Pero llegará por último el día en que se consumará este sacrificio, y se le dará á la víctima el último golpe. Mas así como

(a) Matth. 10. 34. (b) Luc. 2. 35.

como no toca á la víctima escoger ni la hora ni el modo de su sacrificio y de su muerte, y debe ella dexar este cuidado al Sacerdote: así tambien debe estar siempre esperando el momento que debe separarla del mundo presente, siempre pronta para recibir el golpe, siempre dispuesta para sacrificar á Dios su vida con aquel género de muerte que sea mas de su agrado, y deseando siempre el que se perfeccione este sacrificio.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.



ME-

MEDITACION
PARA EL TERCERO DIA.

Ha de desear la muerte el Cristiano como miembro de Jesuchristo, para completar su Cuerpo místico.

VENGA A NOS TU REYNO.

NO es otra cosa el hombre en la nueva creacion sino lo que él es en Jesuchristo: porque *en él ha sido criado (a), despues de haber sido en él escogido ante la creacion del mundo (b).* En él es llamado (c), es bendecido (d), es adoptado (e), es santificado (f),
es

(a) Eph. 2. 10. (b) Eph. 1. 4.
(c) Eph. 1. 11. (d) Cap. 1. 3.
(e) v. 5. (f) Eph. 2. 5.

es fecundo en obras buenas (a), y finalmente, en él será glorificado (b), ó por mejor decir, el mismo Jesuchristo será glorificado en sus santos miembros. Así puntualmente se establece el Reyno de Dios, cuya venida pedimos todos los días diciendo: *Venga á nos tu Reyno.*

Los Escogidos pues son los miembros, que unidos á Jesuchristo como á su Cabeza, sirven para formar aquel Cuerpo misterioso que él tendrá en el Cielo por toda la eternidad: Cuerpo admirable, que habiendo comenzado á formarse desde el principio del mundo, no estará perfecto y completo sino al fin de los

(a) Eph. 2. 10. (b) 2. Thes. 1. 10.

siglos con la muerte del último de los predestinados, como que ellos son su plenitud y su total complemento (a).

De aquí se conoce claramente, que con estas palabras: *Venga á nos tu Reyno*, pedimos á Dios tres cosas, que no pueden cumplirse perfectamente en esta vida, y son: 1. El Reyno de Dios. 2. La venida de Jesuchristo en su gloria. 3. El establecimiento perfecto del Reyno de Dios en nuestros corazones.

I.

¡Qué triste y lamentable espectáculo á los ojos de la Fe es ver como se sirve á Dios en este mundo! La mayor parte de

(a) *Corpus ejus, & plenitudo ejus, quæ annua in omnibus adimpletur.* Eph. 1. 13.

de él está sumergida en la idolatría y en la infidelidad, y el diablo es allí adorado en lugar de Dios. Entre los Christianos la mayor parte está empeñada en el cisma y en la heregia, y en el corto número de Católicos que quedan, ah! ¡quan lejos está de que Dios reyne en todos ellos! Lo que reyna en la mayor parte es la impiedad y la irreligión: una vida deliciosa y pagana, envidia, escándalo é injusticia; y se diría al ver las costumbres estragadas de la mayor parte, que ellos no estan en la Iglesia sino para hacer reynar el pecado en el Reyno mismo de Dios, y para renunciar con sus obras á su Rey, como lo hicieron aquellos Judios que dixeron: *No queremos que este sea*

nues-

nuestro Rey (a). Tales personas estan muy lejos de decir con el corazon estas palabras: *Venga á nos tu Reyno.*

Pero nosotros, que confesamos ser Dios el Rey de nuestros corazones: nosotros, que debemos desear el establecimiento de su Reyno, al qual vemos por todas partes asaltado y desolado por el pecado: nosotros, que deberiamos estar penetrados de dolor al ver el Reyno de la concupiscencia, ó por hablar con la Escritura Santa, el Reyno del Infierno, establecerse por toda la tierra sobre las ruinas del Reyno de Dios, que está como restringido y estrechado en un corto número de almas fieles;

G

no-

(a) Luc. 19. 14.

nosotros digo, ¿veremos todo esto con ojos enjutos, y quedaremos insensibles á tanto estrago? Avergonzémonos de la poca afliccion que nos causan tamaños desórdenes. Suspiremos por la venida del Reyno amable de Dios, aunque sea necesario que nos cueste la vida, y que perezca todo este mundo sensible para ver á Dios sujetar á sí todos los enemigos de su Reyno, y destruir tambien en nosotros todo lo que se le opone y es contrario. Porque nadie hay que no alimente en el fondo de sus entrañas un enemigo del Reyno de Dios, qual es la mala concupiscencia, que frecuentemente se revela, y hace resistencia á las órdenes de nuestro Soberano Rey.

Pero

Pero si no deseamos de corazon lo que pedimos con la boca, nuestra oracion no es sincera. Si huimos la muerte, huimos el Reyno de Dios, y tememos ser oídos en nuestra súplica. Y si tememos ser oídos, no rogamos con fe, sino que antes bien tenemos el espíritu dividido, y el corazon inconstante en sus deseos, y somos semejantes á las olas del mar, agitadas y llevadas de acá para allá por la violencia de los vientos (a).

Elevémonos pues sobre estas desconfianzas y sobre estos temores, y digamos con una viva fe: *Padre nuestro que estás en los Cielos.... Vená á nos tu Reyno, y establezcase* por

(a) Jac. 1. 6. 8.

por todas partes á costa de todo. Nosotros amamos, deseamos y pedimos con todo nuestro corazon este Reyno tan amable y tan necesario; este Reyno que pertenece á Vos, Dios mio, por tantos titulos. *Porque (a) Vos sois digno, ó Señor nuestro Dios, de reynar con gloria, honor y poder; porque Vos habeis criado todas las cosas, y por vuestra voluntad ellas subsisten y han sido criadas.* Haced pues, si os agrada, que podamos quanto antes cantar con los Santos de vuestro Reyno celestial: *Aleluia: Alabad á Dios, porque el Señor nuestro Dios, el Omnipotente ha entrado en su Reyno.* (b)

II.

(a) Apoc. 4. 11. (b) Ibid. 19. 6.

II.

Con la venida de Jesuchristo se establecerá perfectamente el Reyno de Dios, y esta venida es la que igualmente esperamos, y debemos anticipar en quanto está de nuestra parte con nuestros deseos y con nuestros gemidos. Porque ¿á qué fin somos Christianos, sino como dice San Pablo (a), *para servir á Dios vivo y verdadero, y para esperar del cielo á su Hijo Jesus, que él ha resucitado de la muerte.* Y no solamente debemos esperar esta venida, sino amarla; pues el mismo Apostol nos enseña, que en aquel gran dia se dará la corona á aquellos que habrán amado su venida (b).

¶Quan-

(a) 1. Thes. 1. 10. (b) 2. Tim. 4. 8.

¡Quanto pues deberá alegrarse el que ama verdaderamente á Jesuchristo, quando piensa en aquel día en que bajará del cielo para volver bien presto á su Padre, no ya solo, como en el día de su gloriosa Ascension, sino acompañado de todos sus Santos, y á la frente de aquel Cuerpo admirable que ha de presentar á su Padre, y ponerlo entre sus manos como su Reyno!

Entonces su Reyno y su triunfo serán completos, porque todos sus escogidos estarán unidos á él por toda la eternidad, victoriosos, mediante su gracia, de tantos enemigos como tuvieron que combatir, y quedará destruido el último de todos que es la Muerte. Quedará su Reyno perfecta

é

é inmutablemente establecido en todos sus miembros, porque estará ya en ellos extinguida la concupiscencia. Quedarán completas, como dice la Escritura, las Bodas del Cordero; y su Esposa, que ha estado preparada durante el curso de tantos siglos para aquel día nupcial, quedará unida á él en un modo de que no somos dignos de hablar, pero que llenará de alegría á la celestial Jerusalem. *Alegrémonos*, dirán los Ciudadanos de la Ciudad de Dios (a): *llenémonos de contento, y demos gloria á Dios, porque han llegado las Bodas del Cordero, y su Esposa está adornada de una manera digna de él.*

En-

(a) Apoc. 19. 7.

Entreinos tambien nosotros anticipadamente en este regocijo de la Iglesia Triunfante y de su adorable Cabeza. Estemos ansiosos por ver el triunfo de Jesuchristo y de su Iglesia. Y pues la Muerte es el último de sus enemigos que debe ser destruido, y esta destruccion comenzada en la muerte del primer Justo, se completa en la de los demas hasta el último: ofrezcamos de buena gana nuestra vida, para anticipar, en quanto está de nuestra parte, el triunfo de Jesus sobre la Muerte. Salgámosle como al encuentro con nuestros deseos; y con una santa impaciencia por verlo en el colmo de su alegría, y en el complemento de su Reyno, digámosle con todo nuestro co-
ra-

razon: *Venga á nos tu Reyno, ó Jesus! Si, venid, ó Jesus! mi Señor (a)*. Este es el gemido de la Iglesia en su viudez: esta es la oracion que el Espiritu Santo forma en ella en el discurso de todos los siglos; y esto es lo que sus hijos deben hacer en ella en el espacio de toda su vida. *El Espiritu y la Esposa (b) dicen, venid. Y el que los oye debe decir, venid. No dexemos pues de decir: Si, venid, ó Jesus! Señor, venid, venid, venid.*

III.

El que espera un Reyno eterno, el Reyno mismo de Dios y de Jesuchristo, no debe pensar en otra cosa que en ven-

(a) *Eriam. Veni, Domine Jezu. Apoc. 22.* (b) *Apoc. 22. 17.*

vencer todos los estorvos y dificultades que puedan retardar la felicidad que aguarda, y que le impiden ir á tomar posesion de tan venturoso Reyno. Esto nos da á entender Jesuchristo diciendo (a): *Al que quedare vencedor, yo lo haré sentar conmigo sobre mi Trono, á la manera que estoy yo sentado con mi Padre sobre su Trono, despues de haber conseguido la victoria.*

¿Pues como podeis, almas christianas, que habeis renunciado el pecado y el amor del mundo, ¿como podeis, digo, temer con tanto extremo la separacion de este cuerpo mortal

(a) *Qui vincerit, dabo ei sedere mecum in Throno meo, sicut & ego sedeo cum Patre meo in Throno eius. Apoc. 3. 21.*

tal y corruptible, que os impide salir al encuentro á vuestro Esposo? ¿Como temeis tanto el dexar una prision para subir sobre el Trono de Dios y de Jesuchristo? No huyamos pues la muerte, supuesto que ella nos pone en libertad, y rompe las cadenas que nos impiden ir á reynar con Jesuchristo.

Os pido encarecidamente con San Pablo, almas christianas, por la venida gloriosa de Jesuchristo (a), y por el establecimiento de su Reyno, que esteis siempre en expectacion de esta felicidad que esperais, y de esta gloriosa venida del Gran Dios Salvador nuestro, Jesuchristo, el qual (b) debe transformar nuestro cuerpo

(a) Tim. 2. 13. (b) Philip. 3. 20.

vil y despreciable como él es, para hacerlo conforme á su Cuerpo glorioso, con aquella virtud eficaz con que puede sujetar á sí todas las cosas. Decid de corazón y sinceramente: Venga á nos tu Reyno, para que podáis cantar quanto antes aquel nuevo Cántico (a): Vos sois digno, Señor, de tomar y de abrir el Libro, porque habéis sido muerto, y habiendonos rescatado para Dios con vuestra Sangre, habéis hecho de nosotros un Reyno para Dios, y reynaremos en la tierra de los vivientes.

¡Quando se verificará, ó Dios mio! que reyneis perfectamente en nosotros por Jesuchristo, y que por él mismo reyn-

(a) Apoc. 5. 9.

reynemos nosotros en Vos! Venga á nos, venga enhora buena, y venga quanto antes este Reyno tan amable y tan digno de desearse. Venga vuestro Reyno, ó Padre! que estás en los Cielos. Venga vuestro Reyno, ó Jesus! á quien esperamos del Cielo. Venga vuestro Reyno, ó Iglesia Santa, Esposa del Cordeño! Pedid para nosotros al Espíritu que ruega en Vos con gemidos inefables, la gracia de gemir continuamente en vuestro Seno todos los dias que durare nuestro destierro, para que podamos cantar con Vos en el Seno de Dios aquel Cántico de alegría (a): Finalmente el reyno de este mundo

(a) Apoc. 11. 15. 27. — 2076. 21

ha venido á ser el Reyno de nuestro Señor y de su Christo, y él reynará por todos los siglos. Amén. Os damos gracias, ó Señor Dios Omnipotente! que sois, que erais, y que siempre seréis, porque habeis entrado en posesion de vuestra gran potencia y de vuestro Reyno, (a) y ahora se ha establecido la salud y la fuerza, y el Reyno de nuestro Dios, y la potencia de su Christo.

L. VIRTUD.

La Esperanza.

COMO Dios es nuestro Rey, y el único que da liberalmente su Reyno á sus súbditos; de aqui es, que solo la Espe-

(a) Apoc. 12. 10.

peranza christiana puede inspirar á todos los verdaderos hijos de Dios, miembros de Jesuchristo, el deseo de reynar, y de reynar todos juntos sobre un mismo Troño, sin division y sin envidia. Nada debe apartar mas eficazmente á una alma christiana de los placeres de la vida, del apego á las falsas grandezas y á las riquezas del mundo, quanto la esperanza de un Reyno, de quien no merece ser ni aun sombra el Imperio mismo de todo el Universo.

Esto es lo que debe producir en nosotros la Esperanza christiana; y en vano nos lisongeamos de tenerla en el corazón, si amamos tan vivamente las cosas de la tierra como si no esperáramos el Rey-

no de Dios. Ella no obra en el corazon lo que debe, si no lo aparta del demasiado amor de la vida presente, si no lo hace desear su fin, si no nos tiene siempre prontos á dexarla luego que se nos pida; semejantes á aquellos antiguos Padres de nuestra Esperanza, como de nuestra Fe, Abraham, Isaac y Jacob, los quales vivian en aquel pais delicioso que les habia dado el mismo Dios, como en una tierra estraña, como forasteros y peregrinos, *porque esperaban aquella Ciudad fabricada sobre un fundamento sólido é inmóvil, de quien el mismo Dios es el Fundador y el Arquitecto.*

¿Pues como podemos decir francamente que esperamos como ellos aquella Ciudad Santa,

ta, aquella celestial Jerusalem, nosotros que nos establecemos sobre la tierra, como si no la huviesemos de dexar jamas? ¿Nosotros que estamos acaso tan ocupados en los cuidados del siglo, en las comodidades temporales, en los proyectos de nuestros ascensos y de los honores de esta vida, como si no esperáramos otra?

Si nos hallamos sumergidos por nuestra desgracia en tan profundo letargo, despertemos de él; avivemos nuestra esperanza (a): separémonos con el afecto de todas las cosas terrenas, y acostumbremos á mirarlas como basuras é inmundicias, á fin de ganar á *Jesuchristo*. Esforzémonos

(a) Philip. 3.

nos á llegar, cueste lo que costare, á la feliz resurreccion, á una vida inmortal y eterna. Hagamos cuenta, que todo lo que hemos de hacer en esta vida, es apartarnos, como dice San Pablo, de todo lo que está detras de nosotros, y llegarnos mas y mas á lo que está delante, corriendo sin detenernos ácia el fin de la carrera, para conseguir el premio de la felicidad del cielo.

II. VIRTUD.

La Devocion á nuestro Señor Jesuchristo.

JESUS es el Autor de nuestra Fe y el fundamento de nuestra Esperanza. No podemos hacer algun bien sino mediante su gracia. *Sin mí nada po-*

podeis hacer; no esperamos cosa alguna sino por sus méritos; nada somos delante de Dios sino lo que somos en Jesuchristo; y no tenemos derecho alguno á su Gloria sino en quanto somos miembros de su Hijo, y hacemos una parte de su Cuerpo místico.

¿Pues qual deberá ser la devocion de un Christiano para con un Mediador tan necesario, para con un Salvador tan poderoso y tan bueno, para con una Cabeza que nos comunica una vida divina y los bienes eternos? Y si quien se prepara para la muerte, se halla culpable en haberse descuidado de quanto debe á aquel que se ha hecho su rescate, y de quien depende su salvacion, ¿no deberá esforzarse con la

mi-

mayor eficacia á reparar estas faltas? ¿No deberá en lo venidero ser mas fiel y mas constante en tributarle todos sus respetos de adoracion, de reconocimiento, de invocacion, de amor, de confianza, de obediencia á su palabra y á sus exemplos? ¿En todas sus operaciones no deberá tener siempre á la vista este Soberano Modelo, para hacerlas todas de un modo correspondiente á un miembro de Jesuchristo? ¿No deberá por su respeto venerar y amar particularmente á Maria Santísima porque es su Madre; á la Iglesia porque es su Esposa, el fruto de sus trabajos y de su muerte; al que es su Cabeza visible en la tierra, el Romano Pontífice, porque es su Vicario; á los Angeles

les del Cielo, y á los de la tierra, que son los Sacerdotes, porque son sus Ministros; á los Santos como á sus amigos, sus hermanos, sus miembros; á nuestro Rey Católico como á su Imágen y Depositario de su autoridad? En una palabra, como que Jesuchristo es todo en todas las cosas, segun el dicho del Apostol, es necesario buscarlo, amarlo y honrarlo en todas las cosas, y no buscar, no estimar y no amar á nosotros mismos sino en él y por él.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.



MEDITACION

PARA EL CUARTO DIA.

*Ha de desear la muerte el
Christiano como Discipulo
de Dios, para aprender á
amarlo perfectamente y
con todo su corazón.*

HAGASE TU VOLUNTAD, ASI
EN LA TIERRA COMO EN
EL CIELO.

ES muy propio del Christiano el ser discípulo del Espíritu Santo (a), y la única ciencia que Dios intenta enseñarle es la del Amor del mismo Dios. Este es el blanco á que se dirigen todos los designios

(a) *Erant omnes docibiles Dei. Jo. 6. 45.*

nios que ha formado Dios desde la eternidad sobre el corazón de sus escogidos, el hacerse amar de ellos; pero el hacerse amar únicamente, perfectamente, eternamente, con toda la amplitud, con todas las fuerzas, y con toda la potencia del corazón: en una palabra, el hacerse amar de ellos sin límites y sin medida. Para que ellos tengan en sí mismos aquel mismo amor con que Vos me habeis amado, dice Jesu-christo á su Padre (a), y para que yo mismo esté en ellos.

Pero el alma se halla en tal manera gravada con esta masa de carne que la rodea, que mientras está unida á ella, no aprende jamas perfectamente

(a) *Ut dilectio, qua dilexisti me, in ipsis sit, & ego in ipsis. Jo. 17. 26.*

mente esta lección del amor de Dios, y no llega jamás á saberla como es necesario en esta mortal vida, de manera que la Caridad llene toda la capacidad del corazón, y que no quede en él el mas mínimo lugar para la concupiscencia.

» En el Cielo, dice San Agustín (a), como los hombres
 » no serán enseñados sino por
 » Dios, no serán tampoco iluminados é inflamados sino de
 » Dios; no amarán otra cosa
 » sino á Dios, no se alimentarán sino de él, y serán semejantes á los Angeles, segun
 » la promesa que hizo Jesu-
 » christo á sus escogidos con
 » estas palabras: *En la vida
 » resucitada.... serán ellos co-*
 » mo

(a) Serm. de Mont. L. 2, c. 6.

» *mo los Angeles en el cielo.* »

Al paso que estas señaladas ventajas deben transportarnos de júbilo y de ansia por poseerlas, tanto mas debemos gemir al vernos sujetos á unas necesidades tan del todo opuestas, como las que ahora veremos, las que permanecerán en nosotros mientras tuvieremos en esta vida este cuerpo de Adán. Y esto es lo que debe hacernos desear el separarnos de él quanto antes.

I.

La primera necesidad es la de no poder oír con una aplicación y una docilidad perfecta á nuestro divino Maestro, que nos habla al fondo del corazón. Arrastrados por las casi infinitas necesidades de

esta vida infeliz y miserable; aturdidos con el ruido de los negocios y con los gritos de las pasiones, apenas podemos resolvernos á reservar un poco de tiempo para escucharlo en el silencio y en la oracion. Y quando hemos logrado oírlo un breve rato, ah! ¿qué distraccion y qué resistencia encuentran sus voces en nuestro corazon!

¿Pues quando se verificará, ó Espíritu Santo! que Vos solo hableis á mi alma? ¿Quando no escucharé sino á Vos? ¿Quando llegará aquel tiempo en que yo aprenda perfectamente de Vos aquella gran leccion que debè hacer mi eterna felicidad? Esto no puede verificarse aquí en el mundo; es necesario ser separado del

del ruido y bullicio de la tierra, y elevado hasta Vos, ó Doctór divino! que teneis tu cátedra en el cielo (a). Es preciso que caiga á tierra este muro de separacion que hay entre Vos y mi alma, y que se destruya esta carne, para que los oídos del corazon estén unidos inmediatamente al espíritu, de quien debe ser el discípulo. Atraed pues á Vos, ó Espíritu Santo! este corazon carnal, y tan sordo que apenas os oye alguna vez. Porque es necesario que mis huesos sean humillados hasta el sepulcro, para que puedan tener parte en el júbilo de que será inundado el corazon quando Vos os hagais oír desde cerca, y quan-

(a) *Cathedram habet in Caelo, qui cæcæ docet.* S. Aug.

quando os difundais íntimamente en su substancia (a).

II.

La segunda necesidad es, de no poder en esta vida amar á Dios perfectamente como en el cielo, estando nuestro corazón dividido entre tantos diferentes objetos, que son como una liga pegajosa que lo tiene pegado á la tierra, impidiéndolo elevarse hasta Dios. Y como por medio de los sentidos comercia el alma con esta multitud de objetos, y se apega á ellos, no siendo ellos su Dios, y por consiguiente no pudiendo hacerla feliz; de aquí es que no ama á su Dios perfectamente.

(a) *Aniuit meo dabis gaudium, & letitiam, & exultabunt ossa humiliata.*
Psalm. 50.

fectamente en esta vida mortal, y se ve precisada á estar de continuo exclamando: Alma mia, no te dexes llevar del vano amor de las criaturas. ¿Hasta quando te dexarás arrastrar ácia la tierra por amar la vanidad, y alimentarte de la mentira? ¿Porqué sigues los sentidos de tu carne, que no procuran sino corromperte con el amor de las hermosuras y bellezas caducas, en vez de obligarlas á seguirte ácia aquella suprema Hermosura, que es solamente tu verdadero bien?

Pero á la verdad, por mas esfuerzos que haga el alma por separarse de las criaturas sensibles y corporeas, nunca puede perfectamente deshacerse de todas ellas mientras está unida al cuerpo, que es su prision,

sion, su esclavitud, su tentacion, y su inquietud perpetua sobre la tierra. Venid pues á libertarla, ¡ó Belleza solamente amable, ó Dios Omnipotente! Mudad mi habitacion, mostradme vuestro Rostro, y seré salvo. Poned mi alma en estado de no depender mas de sus sentidos: separadla de las cosas que pasan, y atraedla á Vos, que sois eterno é inmutable, porque ella no encontrará su reposo mientras no esté ocupada únicamente en Vos, mientras no ame únicamente á Vos, y mientras no descansa únicamente en Vos.

III.

La tercera necesidad es el molesto y continuo combate que hay entre la carne y el espíritu:

espíritu: combate que prueban aún los mismos Santos mientras viven en este mundo. Señor, tened piedad de mí, Vos que sois mi Médico y mi Libertador. Bien sé que vuestra gracia puede hacerme vencer todo lo que en mí se encuentra opuesto á Vos; pero tambien conozco, que es mucho mayor gracia, el no tener ya que combatir ninguna inclinacion que os sea contraria, y ponerme, mediante una santa muerte, en estado de unirme á Vos con toda mi voluntad, y de estar sujeto á Vos sin contradiccion, sin peligro, y sin alguna resistencia de aquella parte inferior, que es mi confusion y mi vergüenza.

Suspiremos pues porque se llegue el momento que deba sacar

car á nuestro corazon de esta penosa esclavitud. Digamosle á Dios con David: *Libradme, ó Señor! de mis necesidades.* Y pues que nuestro corazon no amará á su Dios quanto debe amarle sino quando su voluntad estará perfectamente sujeta á la de Dios, digamosle con todo fervor: *Padre nuestro que estás en los cielos, y que no eres perfectamente conocido, amado y obedecido sino en el cielo, házase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

I. VIRTUD.

El Amor de Dios.

SIN la Caridad sería la Religión un cuerpo sin alma, la Fé inútil, la Esperanza vana, la Piedad hipocresía, las virtudes falsas, y aún el mismo mar-

martirio de nada serviría (a). Por el contrario, todo es útil y provechoso mediante la Caridad. Ella es la vestidura nupcial que debemos llevar á las Bodas del Cordero, y de las que será excluido el que se presentare sin ella. Es pues necesario meditar atentamente el precepto del Amor de Dios y del proximo. Jesuchristo vino á encender este divino fuego sobre la tierra, donde estaba apagado por el pecado. La señal verdadera y nada equívoca de que tenemos este amor en nosotros, es la observancia de la Ley de Dios, segun nos dice el mismo Jesuchristo: *Si me amais, guardad*

(a) *Si tradidero corpus meum, ita ut ardeam, charitatem autem non habero, nihil mihi prodest.* 1. Cor. 13. 3.

dad mis mandamientos (a).

El primero de estos dice
(b): *Amarás al Señor vuestro
Dios con todo vuestro corazón,
con toda vuestra alma, con to-
do vuestro espíritu, y con to-
das vuestras fuerzas.* Este es
el precepto en el que está in-
cluido amar al próximo como
á nosotros mismos: esto es,
desearle y procurarle en quan-
to está de nuestra parte, los
mismos bienes que deseamos
para nosotros legítimamente,
y por el principio de un amor
arreglado. Porque el amor de
nosotros mismos, sobre el qual
se mide el de nuestro próxi-
mo, no es un amor de concu-
piscencia, sino de caridad; y
como todo aquello que para
no-

(a) Ju. 14. 15.

(b) Matth. 22. 39. Marc. 12. 30.

nosotros deseamos, debe siem-
pre tener la ley de Dios por
regla, y por su fin la verdade-
ra felicidad, que solo en él se
encuentra: así tambien todo lo
que deseáremos para nuestro
próximo, y las cosas en que
debemos servirlo, deben llevar
siempre la misma regla y el
mismo fin.

No debemos pues amar
cosa alguna sino en Dios y por
Dios. Él solo debe reynar en
nuestro corazón, porque él so-
lo es nuestro Dios. Toda la au-
toridad de nuestra alma, sus
pensamientos y sus deseos, de-
ben dirigirse á él: todas nues-
tras acciones deben consagrar-
sele. Este es un tributo y ho-
menage á nuestro único
Dios, de quien nadie puede
dispensarnos. Todo lo que da-
mos

mos á nuestra propia gloria, al interés y á los respetos humanos, se le subtrae injustamente. Leed el Cap. 5. del 3. Libro de Kempis, y veed despues si estais en estado de decir con S. Agustin (a): » Señor, » yo estoy seguro que os amo, » y no puedo dudar de ello. » Vos habeis herido mi corazón con vuestra palabra, y » yo os he amado. »

Es cierto que el perfecto cumplimiento de este precepto no es sino para la vida futura, como he nos dicho antes. Por lo mismo hemos de desear la muerte feliz, la muerte de los Justos, que nos ponga en posesion de aquella vida donde todas las potencias de nuestra

(a) Conf. L. 10. c. 6.

tra alma se reunirán para ofrecer á Dios el sacrificio de un amor sin mezcla y sin reserva. Pero en el entretanto llega tan feliz momento, debemos hacer continuos esfuerzos para amar á nuestro Dios mas que á todas las cosas, queriendo antes perderlas todas que ofenderlo: trabajemos en hacer que se aumente en nosotros este santo amor, y en que se debilite el malo; y estemos persuadidos que este trabajo debe durar hasta que nuestra alma, libre ya del peso de esta carne mortal que la rodea, se eleve á su Dios, y se úna á él con todas sus fuerzas y potencias. Procuremos exercitarnos en el Amor de Dios todo el tiempo que durare nuestro destierro, refiriendo á su Magestad todos

los pensamientos de nuestro espíritu, los movimientos de nuestro corazón, todas las acciones, todos los proyectos, y todas las circunstancias de nuestra vida. Esto es lo que S. Pablo denota con aquellas palabras (a): *O comais, ó bebais, ó hagais qualquier otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.*

II. VIRTUD.

La Fidelidad.

NUNA de las mayores señales para conocer si tenemos el Amor de Dios, es la Fidelidad. Todos somos respecto de Dios *siervos inútiles*, pero debemos serle *fieles y prudentes* (b). Estas son dos cosas que el

Hijo

(a) 1. Cor. 10. 31.

(b) Matth. 24. 45. Luc. 12. 47.

Hijo de Dios nos dice ser necesarias para prepararnos á su venida, y por consiguiente á la muerte.

La prudencia y la fidelidad de un criado consiste en hacer lo que su amo le manda. Con que la fidelidad del Christiano consiste en cumplir exáctamente con las obligaciones de tal, y con las particulares del estado en que Dios lo ha puesto. Bienaventurado aquel siervo á quien, quando venga su Señor, lo halle ocupado *de aquel modo* que le ha mandado: *Quem invenerit sic facientem. Sic, de aquel modo*, y no de otro, como sucede muchas veces á algunas personas que se entrometen en muchas obras buenas, buenas en sí mismas, pero que no son buenas para ellas,

ellas, porque Dios no las llama á ellas, y porque entretanto se descuidan de las que Dios les tiene mandadas, con el pretexto de que éstas no son tan útiles como aquéllas. No consideran estas almas, que no le toca al criado escoger su ocupacion: que Dios nos emplea, no por necesidad que tenga de nosotros, sino por la necesidad que nosotros tenemos de él: que si le somos fieles en las cosas mas triviales y pequeñas, le agradaremos mas en éstas, que los que habrán hecho cosas grandes solo por su propia voluntad. Es una tentacion muy comun envidiar el talento de los otros como mas brillante, y descuidarse entretanto del suyo propio, porque haciendo menos figura, adula tam-

tambien menos la vanidad del espíritu humano. Acordémonos que el Espíritu Santo promete la victoria á la obediencia (a), y que Jesuchristo mismo nos asegura, que *el que es fiel en las cosas pequeñas, lo será tambien en las grandes; y que el que es infiel en las cosas menores, lo será tambien en las mayores.* Lo que ha hecho decir á San Agustin estas bellisimas palabras: » Que las cosas » pequeñas son efectivamente » pequeñas en sí mismas; pero » que ello es algo de muy grande, el ser fiel en las cosas » muy pequeñas.»

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

ME-

(a) *Vir obediens loquetur victorias,*
Prov. 21. 28.

MEDITACION
PARA EL QUINTO DIA.

*Ha de desear la muerte el
Christiano como Imagen de
Dios, para alimentarse del
Pan de la Verdad eterna.*

EL PAN NUESTRO DE CADA
DIA DANOSLE HOY.

Habiendo sido hecho el hombre á imagen de Dios, ha sido criado con la capacidad de conocerlo y de amarlo, que es lo mismo que decir, con la capacidad de conocer y de amar la eterna Verdad. En esto principalmente consiste su semejanza con Dios. Esto es lo que debe hacer su perfeccion en esta vida, y su felicidad.

cidad en la otra. Pero él ha borrado en sí mismo por el pecado esta divina semejanza que la mano de su Criador habia formado en él; y habiendo sido hecho semejante á la Verdad, ha venido á ser pecando, semejante á la vanidad, como dice San Agustin.

Ha sido necesaria una nueva Creacion, para formar nuevamente en el hombre esta divina semejanza. El Espiritu Santo es quien imprime en nosotros la imagen de Dios; y todo quanto él hace en el corazon del Christiano despues que tomó posesion de él por el Bautismo, es formar en él la imagen de Dios sobre el Modelo de Jesuchristo. Ella comienza á ser restablecida en nosotros por el conocimiento de

de la Verdad, y alimentándose de la Verdad, se perfecciona; pero solo por la vista de la Verdad en su mismo origen, es por la que llegamos á aquella perfecta semejanza á que somos llamados. *Nosotros (a) somos ya hijos de Dios; pero aún no aparece lo que algún día seremos. Sabemos que cuando Cristo aparecerá en su gloria seremos semejantes á él, porque lo veremos tal qual él es.*

Sí. Veremos tal qual ella es á la Verdad eterna. En la luz veremos la luz. En la luz misma veremos aquella luz inmutable, aquella viva claridad, aquella fuente de vida, aquella verdad esencial, aquel Pan de la alma christiana, la hambre del

(a) Jo. 1. Ep. 3. 2.

del qual debería inflamar y consumir nuestro corazon. Pan sobresubstancial, que debemos buscar con todas las fuerzas de nuestra alma; que debemos pedir con gemidos de la mas ardiente caridad; que debemos recibir con un profundo respeto y reconocimiento, y gustar con el gusto de la mas viva fe. Esto es lo que debe hacer toda la vida de un buen Christiano, dice San Agustin (a). Lo que tenemos que hacer aquí en la tierra es desearla; porque no es aún tiempo de ver y poseer la Verdad descubiertamente. Porque ¿como podrán las tinieblas comprehender la luz?

(a) *Qua modo videre non potestis, officium vestrum in desiderio sit. Tota vita Christiani boni, sanctorum desiderium est.* S. Aug. in Ep. 1. Jo.

luz, el tiempo la eternidad, el error la verdad?

I.

Considerad pues primeramente, que mientras estamos sobre la tierra somos niños por lo que mira á la Verdad eterna, y que la Fe es como la infancia del Christiano. No se puede salir de ella aqui en el mundo; no se puede crecer tanto quanto es necesario para ser alimentados de la Verdad descubierta, sino es dexando de vivir en este cuerpo mortal; y no llegaremos al estado del hombre perfecto en Jesuchristo sino por medio de una santa muerte.

¿Hasta quando pues, como niños que somos, amaremos
nues-

nuestra infancia amando la vida presente? Mientras que seamos niños, hablaremos de la verdad eterna como niños, juzgarémos de ella como niños, discurrirémos acerca de ella como niños, y quedaremos incapaces de tan sólido alimento; pero quando vendremos á ser hombres perfectos en Jesuchristo, se desvanecerá todo aquello que retenemos de la infancia. No vemos ahora la Verdad eterna sino como en un espejo y por via de enigmas, y no la conocemos sino imperfectamente; pero entonces la veremos cara á cara. Entonces veremos la luz en la misma luz, la Verdad en la Verdad, Dios en Dios, y nuestra alma quedará plenamente saciada con este alimento de
la

la eternidad (a). Lo que gustamos aquí ahora con tanta alegría, es una gota de rocío con que apenas se humedecen nuestros labios; pero allá beberemos en la misma fuente, y quedará inundado nuestro corazón. Aquí no recibimos sino pequeños rayos y muy débiles; pero allí se comunicará la luz con toda su claridad. Abran pues su corazón los hijos de la luz, y prepárenlo para esta manifestación, y para esta infusión de la luz. El deseo es quien aquí forma la amplitud y capacidad del corazón. Ampliemos el nuestro con los deseos; aunque por más que lo ensanchemos, siempre será muy estrecho en esta vida, y

(a) *Societas, immortalitas, cibus, scriptus.* S. Aug. Tr. 35. in Jo.

es necesario salir de ella para darle toda su extensión.

II.

Toda la vida presente debería pues emplearse en desear salir de ella para ser reunidos á la Verdad esencial; y nuestra alma debería estar continuamente exclamando con San Agustín (a): *O eterna Verdad! O verdadera Caridad! O amada Eternidad! O Dios de mi corazón!* Por Vos solo debo suspirar de día y de noche. Encended en mí el deseo de veros. Ah! Rómpace este velo de mi carne: disípese esta densa nube que me roba la vista de vuestra luz; perezca este cuerpo de tierra, que

(a) *Com. I. 7. c. 10.*

forma un caos infinito entre Vos y mi alma, y que la impide correr ácia Vos, unirse á Vos, perderse en Vos, ó Verdad sumamente amable! Perezca quanto antes este mi cuerpo por medio de una muerte christiana, y sáqueme ella de esta region de obscuridad y de tinieblas, para hacerme pasar á aquella Ciudad Santa, la qual no es otra cosa que Verdad, Eternidad, Caridad, y cuya vida consiste en ver sin velo y al descubierto, en amar sin division y sin disgusto, y en poseer sin mutacion y sin fin la Verdad misma. Vea yo aquel dia único é inmutable de la Eternidad feliz, donde los Escogidos, sentados á la Mesa de Dios, comerán aquel Pan, que no es otro

otro que el mismo Dios. O Pan vivo, eterno é inalterable! Bienaventurado el que suspira continuamente por Vos! O Pan sobresubstancial! O Verdad eterna, que alimentais el espíritu sin consumiros, y que no os mudais en el que se alimenta de Vos, sino que lo mudais en Vos misma (a)! Verdad que sois el Verbo de Dios, Dios como él, y único Hijo suyo! Tenga yo hambre de Vos: suspire únicamente por Vos, y diga con todas las veras de mi corazon: *Padre nuestro que estás en las cielos.... El Pan nuestro de cada dia dánosle hoy.*

III.

(a) *Veritas incommunicabilis est. Veritas panis est, mentes reficit, nec deficit: multos veritatem, non ipsa in veritatem mutatur.* S. Aug. Tr. 41. in Jo.

III.

O sea pues que asistamos al Santo Sacrificio de la Misa, ó que comulguemos, ó que rezemos el *Padre nuestro*, acordémonos, que aquel Pan eterno que ofrecemos en aquel Sacrificio, que recibimos en este Sacramento, que pedimos en esta Oracion, es Dios mismo, es la Verdad misma, que se ha mudado como en leche para ser el alimento de los hijos de la Fe, y para hacernos crecer y fortificarnos, de modo que podamos alimentarnos de él en el cielo, como se alimentan allí los fuertes.

Pensemos en este celestial Pan siempre que decimos: *El Pan nuestro de cada día danoslo hoy*. Preparadnos, Señor, para

para recibirlo en aquel día eterno del Sábado y del reposo, que reservais, segun vuestro Apostol, al Pueblo escogido. Pensemos sobre todo en este divino Pan quando recibimos el verdadero Cuerpo y Sangre de nuestro Salvador en el Divinisimo Sacramento del Altar, el qual es una misteriosa prenda que se nos ha dado, para comenzar á hacernos vivir desde este mundo con la vida de Dios, esperando » que » háyamos llegado á la abundancia inagotable de aquella bienaventurada region, » en que la Verdad es la carne » incorruptible con que Dios » alimenta eternamente á sus Santos y Escogidos (a). »
No

(a) S. Ag. Conf. L. 9. c. 10.

No dexemos de pedirlo como hijos hambrientos, hasta que seamos alimentados con él, hasta que quedemos plenamente satisfechos, y como inundados del gozo de la Verdad, que forma la bienaventurada vida (a).

I. VIRTUD.

El Deseo de ver á Dios.

LA vida de los Angeles, dice San Agustin (b), es el ver á Dios: la vida de un Christiano es aspirar á la vista de Dios, y es un comenzar desde esta tierra la vida de los Angeles, el desear fervorosamente

(a) *Beato quippe vita est gaudium de veritate.* S. Aug. Conf. l. 10. c. 23.

(b) *Inchoasti ipso desiderio vitam Angelorum.* S. Aug. Tr. 38. in Jo.

te la vision beatifica. Ninguna cosa pues da mas á conocer la corrupcion del corazon humano que este disgusto, ó por lo menos, este poco deseo, este desgano que tenemos de la vida del cielo, y la indiferencia en que estamos por una felicidad, por cuyo goce deberiamos suspirar de dia y de noche.

Tiene el Christiano en el fondo de su corazon un deseo de ser feliz. La razon y la experiencia le enseñan y lo convencen, que todos los placeres y bienes de este mundo no pueden darle esta felicidad que tanto apetece. La Fe le hace conocer, que no puede conseguirla sino viendo á Dios y gozándolo. Todos los dias hace profesion en el Símbolo, de creer y de esperar la vida eter-

eterna, *la vida perdurable*. Esta vida se contiene en la venida del Reyno, que tambien pide todos los dias, diciendo: *Venga á nos tu Reyno*. El sabe que no hay cosa alguna que igualar pueda esta felicidad, y que el Espiritu de Dios, para expresar la gloria de los Santos, se vale de las expresiones mas enérgicas y magníficas, diciendo: que ella es el poseer una herencia incorruptible é inalterable; el reynar con Dios, y estar como sentado sobre su Trono; el estar lleno y penetrado de su Magestad; el gozar de su reposo; el estar en su Seno, estar como anegado en el torrente de su alegría; el ser heredero de todos sus bienes, y coheredero de su Hijo: que ella es una participacion de

de la gloria de este Hijo, el qual es glorificado en sus miembros; que es un contemplar la gloria de Dios; que es un ver á Dios tal qual él es: todas las quales son expresiones de los Apóstoles y del mismo Jesuchristo, á las que añade San Pablo, que *ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni corazon humano puede comprehender lo que Dios tiene preparado en la Gloria á los que lo aman*.

Y despues de todo esto, ¿estan rara la sed y el hambre de los bienes celestiales! ¿Y no deseamos ver á Dios! ¿Y no se abren con ansia las bocas de nuestros corazones ácia la fuente de las aguas celestiales, ácia aquella fuente de vida que está en Vos, Dios mio, y que no es otra sino Vos mismo!

mo! O mi Dios! Haced que yo corra con ímpetu y continuamente á vuestro Seno, por que sin Vos y fuera de Vos yo soy infeliz, y todos los bienes que no son mi Dios, no son mas que pobreza y miseria. Deseo ver á Dios. Deseo ver á Dios. *Deseo morir y estar con Jesucristo.*

II. VIRTUD.

La Pureza de corazon.

LA impureza de nuestro corazon no solamente nos impide el ver á Dios, segun aquellas palabras: *Bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios*, sino que nos impide tambien el desearlo y el buscarlo, segun aquellas otras del Sabio: *Buscadlo*

cadlo en la simplicidad de vuestro corazon. Esta pureza y esta simplicidad ó sencillez, no consiste solamente en desterrar de nuestro corazon los deseos impuros; sino tambien en tener un corazon apartado de todas las criaturas, y unido solamente á Dios. Porque, como dice S. Agustin, nosotros somos lo que amamos; y si nuestro corazon ama los bienes carnales y las cosas terrenas, él queda carnal y terreno.

Pero lo que sobre todo hace al ojo del corazon puro y capaz de ver á Dios, es la pureza de intencion, por la qual buscamos pura y unicamente á Dios en todas nuestras acciones y deseos, y no nuestra propia satisfaccion, ni la gloria de los hombres, ni una vanísima

reputacion y fama. Si agrada-
se á los hombres (decia S. Pa-
blo), no serla siervo de Jesu-
christo. Y si no se puede ser
siervo de Jesuchristo quando
se quiere agradar á los hom-
bres, ¿se podrá acaso tenerlo
por Esposo quando no hay in-
clinacion ni complacencia sino
por el mundo? Una alma que
quiere agradar á otros, fuera
de su Esposo, ¿podrá lison-
gearse que le es fiel, y que es
una de aquellas Esposas puras
y castas, que no amado sino
á su Esposo, no pueden vivir
sin él, y no desean otra cosa
que á él, porque solo á él quie-
ren y piensan agradar?

Esta pureza de intencion
por lo que mira al fin, trae
tambien consigo la pureza de
la eleccion de los medios para
con-

conseguirlo. Estos medios son
el camino del Evangelio, y el
exácto cumplimiento de las le-
yes de Dios, y de su Iglesia.
No hay mas que un camino
para ir á Dios, y este es el que
Jesuchristo nos ha señalado
con su Sangre. Todos los de-
mas caminos que quieran los
hombres substituir á éste, son
tanto mas sospechosos y me-
nos amables á los que buscan
á Dios pura y sencillamente,
quanto menos tienen en si el
carácter de la cruz y de la
mortificacion de Jesuchristo,
y quanto mas lisongean la de-
licadeza y la relaxacion de
nuestra viciada y corrompida
naturalaleza.

La pureza de corazon, que
como hemos dicho, consiste
en la unidad del fin y de los

M inc-

medios, es un soberano medio para encender y hacer crecer en nosotros el deseo de ver á Dios. Un corazon que lo busca de esta manera, puede decir confiadamente con el Profeta: (a) *¿Qué desearé yo en el cielo sino á Vos, y qué cosa he deseado sobre la tierra sino solo á Vos? Mi cuerpo y mi alma desfallecen por este deseo, ó Dios! que sois el Dios de mi corazon, y mi porcion para siempre. Perecerán los que encaminan á otra parte sus deseos y sus afectos, y perderéis aquellas almas adúlteras que se separan de Vos. Pero por lo que á mi toca, mi único bien, consiste en unirme solo á Vos, ó Dios mio! en no esperar sino en*

(a) Psalm. 72.

en Vos, y en no desear sino á Vos.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

MEDITACION PARA EL SEXTO DIA.

Ha de desear la muerte el Cristiano como pecador, para satisfacer plenamente á la Justicia de Dios, y recibir la perfecta remision de sus pecados.

PERDÓNANOS NUESTRAS
DEUDAS ASI COMO NOSOTROS
PERDONAMOS A NUESTROS
DEUDORES.

LA paradoxa del deseo de la muerte, parece aún más increíble en esta circunstancia

cia que en las otras. Porque ¿qué cosa hay mas temible para un reo que el suplicio? ¿Y como el de la muerte no lo será aún mucho mas para aquel á quien la Fe enseña la incertidumbre del estado que debe seguir á la muerte? Pero dadme un corazon verdaderamente arrepenido, un corazon inflamado del zelo de la Justicia de Dios: dadme, digo, un tal corazon, y él comprehenderá, que la muerte, por mas terrible que ella sea, es para él una verdadera ganancia: *Mori lucrum*. Porque si él, considerándose á sí mismo y á sus pecados, de todo teme, tambien lo espera todo, mirando la Misericordia de Dios, y los merecimientos de Jesuchristo: y como su esperanza es sólida,
bien

bien lexos de apagar en su corazon el espiritu de penitencia, antes lo enciende mas, y le hace por consiguiente desear sufrir, y sufrir la muerte.

El sabe muy bien, que aunque la muerte de ningun hombre no puede por sí misma satisfacer plenamente á la Justicia de Dios; pero tampoco ignora que ella es, á lo menos, la satisfaccion mas conveniente que él puede ofrecerle; la mas indispensable de todas, como escogida por Dios y mandada por su Justicia; la mas necesaria; y la que mas lo asegura de no volver á caer en el pecado. A mas de esto: la muerte de un Christiano, unida á la de Jesuchristo y á sus infinitos meritos, es una penitencia preciosa, y de mucha

honra á los ojos de Dios, por mas vergonzosa é infame que pueda serlo á los del mundo. Por esto un pecador, animado contra sí mismo por el amor que tiene á Dios, y aborrecimiento al pecado, lexos de pretender la Misericordia del Señor sin hacer penitencia de sus culpas, desea por el contrario, que Dios vengue sobre su cuerpo y sobre su vida la injuria que le ha hecho el pecado, y que tome de él la mas completa satisfacción que puede tomar en esta vida, executando quanto antes sobre él la sentencia pronunciada contra todos los hijos de Adan.

I.

Jesuchristo no ha muerto por necesidad, sino por bondad;

dad; y solicitando con su Padre nuestro perdón y nuestra gracia, le ha ofrecido su vida, para que ella sea el precio, y ha vivido en un santo deseo de dar el último complemento al sacrificio de su muerte por nosotros.

Apliquémonos á adorarlo en estos ardientes deseos con que deseaba la muerte por satisfacer por nuestros delitos, y por el zelo de la Justicia de Dios, á que se reconocia sujeto como Víctima de Dios por todos los pecados del mundo. El que hubiese podido penetrar en el Santuario adorable de su Divino Corazon, para ver allí lo que pasaba á la vista de su Padre, quando deseando lavar con su Sangre nuestros pecados sobre la Cruz, exclamaba

maba (a): *Po debo ser bautizado con un bautismo, y oh! quanta ansia tengo hasta que lo vea perfeccionado.* El que, digo, hubiese visto su corazon en aquel momento, habria en él visto lo que cada uno de nosotros debería sentir en el suyo, y lo que, por lo comun, no sentimos. Porque ¿quien no tiembla solo al oír nombrar, y mucho más, al acercarse la muerte? Ello es cierto, que el Alma misma del Salvador quedó turbada; pero San Agustín nos enseña, que nos guardemos bien de imaginarnos que el Alma Santísima del Hijo de Dios sintiese pena por salir de este mundo, ó que estuviere apegada á la vida presente, ó que

(b) Luc. 12. 50.

que la faltase fuerza y vigor para completar su Sacrificio.

¿Pues como, ó Señor! le mandais á mi alma que os siga, si está conturbada la vuestra? Si la misma Fortaleza parece que desmaya, ¿como me sostendré yo, que soy la misma debilidad, la misma flaqueza? Pero ya me parece que me respondeis al fondo de mi corazon, que por esto puntualmente podré seguiros, porque Vos tomais sobre Vos mismo mi flaqueza para vestirme de vuestra Fortaleza. No os abatis hasta mis enfermedades, sino para levantarme á vuestra fuerza. Quando me animabais á aborrecer mi vida en este mundo para conservarla en la eternidad, era la voz de vuestra fuerza la que entonces me ha-

hablaba: y quando decís que vuestra alma está triste hasta la muerte, es la voz de mi enfermedad y de mi flaqueza la que habla en Vos. Vos os cargáis de mi tristeza, de mi timidez, y esta timidez cargada por la misma Fortaleza, elevada, santificada, y por decirlo así, divinizada en vuestra Persona, viene á ser para mí una fuente de fuerza, de valor y de confianza.

¡O Sumo Mediador entre Dios y los hombres, Dios sobre nosotros, Hombre por nuestro amor! Yo veo que siendo la misma Omnipotencia, entráis en esta turbación por un movimiento voluntario de vuestra caridad, para consolar y para impedir que perezca por el abatimiento y por la

la desesperacion tan gran número de miembros de vuestro Cuerpo, que quedan conturbados á la vista de la muerte, por una necesaria consecuencia de su enfermedad y miseria. Esta turbacion y este temor son los preparativos del gran Sacrificio, mediante el qual les obteneis la remision de sus pecados, y sin el qual no habria aliento para decir: *Perdonanos nuestras deudas.*

II.

No debemos pues decir jamas estas palabras, sin poner los ojos de nuestra fe y de nuestro agradecimiento sobre Jesuchristo, que muere por nuestros delitos, y que es en este estado el único fundamento

to de nuestra confianza. El es verdaderamente el Cordero de Dios: esto es, la Víctima que ante él se ha cargado de nuestros pecados para quitarlos. Por eso la Iglesia nos lo pone frecuentemente á la vista bajo este aspecto, para hacernos acordar que ha muerto por nosotros, y que solo en virtud de su muerte podemos pedir á Dios misericordia.

El verdaderamente ha tomado sobre sí nuestras enfermedades, y se ha cargado de nuestras miserias y de nuestros males. El ha sido herido por la mano de Dios, y humillado por nosotros. Por nuestras iniquidades ha sido cubierto de llagas, y por nuestras culpas ha sido azotado. Nosotros hemos quedado sanos mediante

sus

sus heridas, porque el Señor lo ha cargado de las iniquidades de todos nosotros. El ha sido ofrecido y sacrificado, porque así lo ha querido; y no ha abierto la boca para quejarse, habiéndose dexado llevar á la muerte como una oveja, sin hablar palabra, no de otra suerte que un Cordero, el qual está mudo delante del que lo trasquila. *Manso en su vida, dice San Agustín, mudo en su muerte.*

En esta pintura que nos hace Isaias de Jesuchristo, que muere por nuestro remedio, nada resalta mas que la sumisión con que muere. Se ve en él la disposición de una santa Víctima, que se dexa maltratar, herir, destrozár y sacrificar á gusto de aquel que tiene

N de-

derecho para disponer de su vida. Esta es la disposición principal y continua que aparece en el Sacrificio del Cordero de Dios, y el origen de todas las demas. A la verdad, San Pablo parece haberlas incluido todas en la obediencia: obediencia tan larga como su Sacrificio, que comenzó por aquellas palabras: *To vengo, ó mi Dios! para hacer vuestra voluntad*, y terminó con estas otras: *No se haga mi voluntad, sino la vuestra*, de lo que San Pablo tomó ocasion para decir, que fue *obediente hasta la muerte*, habiendose dexado quitar la vida, del modo que un Cordero se dexa trasquilar la lana. Jamas fue oido que- xarse en medio de los mas acerbos dolores: jamas fue vis-
to

to justificarse, aun siendo la misma inocencia. Nada hizo para evitar la muerte, aunque pudiese hacerlo todo, solo con quererlo.

Ved ahí el objeto adorable con que debemos familiarizarnos en toda nuestra vida, y el Modelo sobre que debemos estudiar con el espíritu de la fe en la oracion y á la vista de la muerte, para que podamos imitarlo quando llegue la hora de nuestro sacrificio. Solo entonces conoceremos bien si nuestros deseos han sido verdaderos, ó si no ha sido una ilusion la que nos hacia juzgar que no estábamos apegados á la vida, y que deseabamos salir de ella. Si hemos deseado sinceramente ser bautizados con este segundo bautismo, lo recibiremos

mos con una perfecta sumision al orden de Dios, y á la sentencia de su Justicia. Haremos del suplicio de nuestros pecados un sacrificio voluntario, que unido al de Jesuchristo, de quien recibe toda su virtud, pueda honrar á Dios, expiar nuestras culpas, y hacernos recibir el perdon que todos los dias pedimos diciendo: *Perdonanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

De este modo imitarémos la dulzura, la paciencia, la humildad, la obediencia y la caridad del Cordero que ha muerto por nuestros pecados sobre la Cruz. Lejos de quejarnos de nuestros trabajos: lejos de cumplir flojamente con las obligaciones de nuestro estado ó instituti-

tituto: lejos de desear la vida contra el orden de Dios, y de mirar la muerte con tristeza, con poca paciencia, con dolor y pena; antes la veremos como la executora de la voluntad y de la justicia de nuestro Dios, y nos consideraremos como una víctima entre las manos de Jesuchristo, para serle sacrificada, y conseguir por este medio el perdon de nuestros delitos.

III.

Comenzamos en nuestra vida este sacrificio por la mortificacion de nuestra pasion dominante, de nuestros sentidos, y por la de nuestra voluntad, que deben dar principio á la inmolacion de nuestra víctima, y continuarla hasta que la muer-

muerte venga á darla el último golpe. Lioremos continuamente sobre nosotros mismos, como Jesuchristo exórtaba á hacerlo á aquellas mugeres de Jerusalem, quando iba á derramar su Sangre por nosotros sobre la Cruz, puesto que á nosotros nos hablaba tambien en persona de ellas. Los pecados no se perdonan, dice S. Pablo, sin efusion de sangre, esto es, sin la muerte de la víctima. Ya murió Jesuchristo por nosotros: *Vamos pues y muramos con él*, como decia el Apostol Santo Tomas. Salgamos fuera del campo, y sigámoslo llevando la ignominia de su cruz, esto es, muriendo en espíritu de humillacion, como una res que está sacrificada á la Justicia de Dios, y que se alegra de

de satisfacer lo mas perfectamente que puede. Si entendiésemos bien lo que es estar cargados delante de Dios con el peso de nuestras culpas y delitos, y ser por toda nuestra vida deudores á su Justicia, pediríamos á Dios que nos sacase de un estado tan miserable y tan terrible á los ojos de la fe: desearíamos que se llegase la hora en que seremos perfectamente reconciliados con nuestro Dios y nuestro Juez, recibiendo para siempre y por siempre esta plena, inmutable y eterna remision de nuestros delitos; suspiraríamos porque llegase la hora de nuestra muerte, y repetiríamos con mas fervor aquellas palabras de deseo y de gemido que Jesuchristo ha querido tuviesemos

mos todos los dias en la boca:
*Padre nuestro que estás en los
cielos.....Perdónanos nuestras
deudas.*

I. VIRTUD.

El Espíritu de Penitencia.

UNA alma que se ve ya en puntos de comparecer ante Dios, (¿y quien puede decir que no está cerca este momento?) debe pensar seriamente en purificarse con la penitencia, por mas pura que le parezca haber sido su vida. Porque ¿ay de la vida mas inocente de los hijos de Adán, si Dios la juzga sin misericordia! La vida de un Christiano debe ser tan santa, y las qualidades que tiene de hijo de Dios y de miembro de Jesuchristo, lo obli-

obligan á virtudes tan eminentes y tan divinas, que es preciso llenarse de espanto al comparar la vida que se pasa frecuentemente con la que debia pasarse. Lo que hemos prometido en nuestro Bautismo es tan perfecto, que aún los Sacerdotes del Altísimo se reconocen culpables, y se acusan al pie de los altares de muchos pecados, faltas y negligencias (a). ¿Y qué? La omision misma de la penitencia ¿no es ella sola un motivo bastante para hacer penitencia en un Christiano cuya vida ha debido ser toda, como dice el sagrado Concilio de Trento, una penitencia continua?

Pero

(a) *Confiteor Deo... quia peccavi nimis cogitatione, verbo, & opere mea culpa &c.*

Pero lo que yo aqui pido no son solamente las obras exteriores de penitencia, las quales cada uno de nosotros debe hacer midiéndolas sobre su estado, sobre sus fuerzas, sobre su edad, sexo, y sobre sus pecados, acerca de lo qual no puede darse otra regla general sino la de no hacer nada considerable sin el dictamen y consejo de un sabio y prudente Confesor; lo que yo pido aqui principalmente, ó por mejor decir, lo que el Evangelio y la Justicia de Dios pide general é indispensablemente á cada uno de nosotros, es *el espíritu de penitencia*, esto es, un corazon contrito, humillado, y penetrado de dolor por haber ofendido á su Dios: un corazon que sienta el peso de sus

sus iniquidades, y que diga como el Profeta: *Se han cargado sobre mí como un peso muy gravoso*: un corazon que gima siempre delante de Dios por sus pecados, y que esté vivamente persuadido á que no tiene ya derecho á ninguna otra cosa que á la penitencia; y que la gracia misma de la penitencia no le es en algun modo debida, sino que es un don gratuito de la pura Misericordia de Dios, la que no puede obtener sino por la Sangre y por los méritos de Jesuchristo. Un corazon tal, no dexa jamas de pedirla humildemente á Dios por nuestro Señor Jesuchristo: arregla su vida de tal modo, que no halla en ella cosa alguna que ofenda á Dios, y que lo haga indigno de esta gracia: la

la llena de buenas obras: se grangea amigos para con Dios con limosnas proporcionadas á su caudal y á sus demas obligaciones: se separa quanto puede y permite su estado del comercio del mundo y de sus vanas alegrías: fomenta los buenos deseos que Dios le da del Pan cotidiano de su divina palabra: la palabra la fomenta con la oracion, ésta con el ayuno, ó á lo menos con una sobriedad uniforme, y con una privacion no afectada de todo aquello que no sirve sino para lisongear la naturaleza, y para dar gusto á los sentidos. Está dispuesto á recibir con una perfecta sumision las penitencias que Dios mismo exigirá de él con las enfermedades, aflicciones, desgracias, pérdida

da de bienes temporales, y con todo aquello que Dios juzgará á propósito emplear para purificarlo y ponerlo en estado de satisfacer á su Justicia. Acordandose por último que ha cometido las cosas ilícitas, se priva por espíritu de penitencia aún de las diversiones lícitas que pueden tomar las almas inocentes que no han manchado con la culpa mortal la preciosa vestidura de su Bautismo.

II. VIRTUD.

La Humildad.

ES imposible que la verdadera humildad no desarme la Justicia de Dios, que está pronta á descargarse sobre el pecador. Si Un Dios ofendido

O cede

cede á la prueba de una verdadera humildad. El resiste al soberbio lleno de obras buenas; pero se muestra favorable al humilde, aunque lleno de iniquidades. Sin la humildad, las obras buenas de los Justos, las austeridades de los penitentes, no son agradables al Señor en manera alguna. Solo la humildad suple todo, y obtiene todo de la Bondad divina. ¿No has visto tu á Acab humillado delante de mí, dice Dios al Profeta Elías? Pues porque él se ha humillado delante de mí, no castigaré su casa mientras él viva (a). Y con todo, Acab era el enemigo del culto de Dios, un idólatra, el opresor de los pobres, el perseguidor

(a) 3. Reg. 21. 29.

dor de los Profetas, hasta haberles dado la muerte, y un hombre vendido al pecado.

Pongámonos pues frecuentemente á los Pies de Jesu-christo á imitacion de la pobre Cananea, como pequeños pernillos, indignos de que Dios nos mire, y antes bien muy dignos de ser desechados, y de no tener parte alguna en sus misericordias; pero llenos sin embargo de una firme esperanza, fundada sobre los méritos de nuestro Salvador.

Entremos en la disposicion de aquel pobre Publicano, rico de humildad, el qual se está lejos del Santuario, no se atreve á levantar los ojos al cielo, se hiere el pecho con un vivo dolor de sus pecados, y ocupado solo en sus miserias, no pien-

piensa en otra cosa que en atraer sobre sí con sus gemidos la misericordia de Dios.

Derramemos sobre los Pies de Jesuchristo el agua de nuestras lágrimas, y sobre los pobres, representados en aquellos santos Pies, abundantes limosnas. No tengamos dificultad en ponernos alguna vez en lugar del Buen Ladrón, que ya no tiene sino un momento de vida, y que se aprovecha de él, recurriendo á su Salvador, y dexandose con viva y humildad fe en los brazos de su misericordia. Muchas veces en la sagrada Escritura se le dá á la penitencia el nombre de humildad, porque ésta es la parte principal, y como el alma, la virtud y el fondo de la penitencia, que no es otra cosa,
como

como la ha definido Tertuliano, que el arte de humillar al hombre, y de ponerlo por este medio en estado de atraer sobre sí la misericordia de Dios (a).

A esto pues debe aplicarse el alma antes que llegue la muerte; y por tanto no hay cosa que debamos pedir á Dios con mas fervor, que la gracia de conocer bien nuestra nada y nuestra indignidad, como criaturas y como pecadores, y la de tener siempre á la vista, como nuestro modelo, las incomprendibles humillaciones de nuestro Salvador. Su humildad es el remedio de nuestra soberbia, y debe ser tam-

(a) *Humificandi disciplina, conuersationem injungens misericordiz Dei illisem. Tertuli.*

tambien el exemplar de la nuestra. Aprendamos pues de él á ser mansos y humildes de corazon, á despreciar á nosotros mismos, á no despreciar á nadie, á despreciar la honra y la gloria del mundo, y á despreciar el mismo desprecio: esto es, á no irritarnos por el desprecio que se hace de nosotros, por las murmuraciones, por las calumnias, por los falsos juicios, por los malos tratamientos &c. Consideremos que esto y mucho mas merece un pecador que ha tenido la insolencia de despreciar á Dios: que todo esto es un remedio contra nuestra soberbia y presuncion, y un medio que Dios pone en nuestras manos para expiar nuestras culpas, y prepararnos á una santa muerte.

Exá-

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

MEDITACION

PARA EL SEPTIMO DIA.

Ha de desear la muerte el Cristiano como hijo de Adan para no ofender ya mas á Dios.

Y NO NOS DEXES CAER EN TENTACION.

AUNQUE seamos hijos de Dios, miembros de Jesu-christo, templos del Espiritu Santo, y justificados por su gracia, no dexamos por eso de ser hijos de Adan. Traemos siempre con nosotros la imagen de este hombre terrestre, sentimos sus inclinaciones en el fondo de nuestro corazon, y

si

si el hombre interior está en parte renovado y hecho participante de la adopción divina; el hombre exterior está siempre viciado, y en la vejez de su primer origen. Es un enemigo que alimentamos en medio de nosotros mismos, y que está siempre pronto á darnos el golpe de la muerte. Es un cuerpo de pecado, de donde mil pensamientos malos, mil deseos deshonestos, ya deliberados, ya indeliberados, mil movimientos desreglados y mil tentaciones vergonzosas, continuamente se forman y se levantan contra el espíritu, y le dan fuertes batallas, de las que no escapará sin un auxilio sobrenatural, que no le es en manera alguna debido.

Aun quando el Espíritu Santo

Santo no nos hubiera obligado á creer que esta vida es una tentación y una continua batalla, ¿podríamos acaso dudar de esto? ¿Hay por ventura alguno que no conozca por su propia experiencia, que no hay que esperar paz en esta vida, ni con el mundo, ni con el demonio, ni con nosotros mismos, que somos nuestro mas peligroso enemigo? ¿Puede uno acordarse sin temblar, de la funesta experiencia que tiene de la flaqueza humana, y de las heridas que ha recibido en esta cruel guerra de la carne contra el espíritu? ¿Puede acaso dexar de desearse el quedar libre quanto antes de este angel de Satanás, de esta corrupción y de esta miseria? Es preciso ser insensibles para no

sus-

suspirar porque llegue el último efecto de la divina adopción, á fin de que nuestra alma quede perfectamente libre de esta continua guerra.

Y pues, según S. Agustín, el principio de la felicidad es conocer bien quan miserables somos; pidámosle á Dios la gracia de sentir mas y mas la miseria del estado presente; de conocer el peligro en que estamos á cada momento de esta vida, de perder para siempre la de la feliz eternidad.

El Espíritu Santo ha comprendido todas las tentaciones en la *concupiscencia de la carne*, en la *concupiscencia de los ojos*, y en la *soberbia de la vida*, que es lo mismo que decir, en los placeres de los sentidos, en la curiosidad del espíritu,

espíritu, y en la soberbia del corazón.

I.

Si reflexamos un poco sobre las tentaciones que nos vienen por ocasion de nuestro cuerpo y por parte de nuestros sentidos, ah! ¡qué de peligros! ¡Qué violencia no sufren las personas buenas! ¡Quantos combates y batallas tenemos que sostener contra nuestros mismos ojos! No hablo ahora de aquellas personas entregadas al vicio, *cuyos ojos estan llenos de adulterio y de un pecado que jamas cesa*, como dice mi gran Padre S. Pedro (n). Hablo solamente de aquellos que, según dice el mismo Santo Apostol del

del justo Lot, tienen defendidos sus ojos y sus oídos quanto mas pueden de todo aquello que es contrario á la justicia y á la piedad (a). ¡Qué persecucion no sufren éstos, como aquel Justo, de las abominaciones de que está lleno el mundo! Pero ¿y qué? ¿No estamos obligados tambien nosotros á velar continuamente sobre nuestros ojos, como sobre unos ladrones domésticos y traidores que abren la puerta de nuestra alma á sus enemigos, y la dan en presa á la concupiscencia? (b) ¿No nos es preciso combatir diariamente en nosotros mismos el placer necesario é inseparable del comer

(a) *Aspectus, & auditus justus erat.*

(b) *Oculus meus deprivatus est animam meam. Thren. 3. 51.*

mer y beber, para que no nos transporte mas allá de los justos límites, y para que la necesidad no pase á delicias voluntarias y á un criminal exceso?

Paso en silencio los pecados del olfato, cuya tentacion es acaso la mas debil y la menos peligrosa. Pero ¿quien hay que se defienda de la tentacion de la lengua, aquella parte del cuerpo tan pequeña, y que causa desórdenes tan grandes, que el Apostol Santiago llega á decir, que ella es como aquellas chispas de fuego que causan el incendio de bosques enteros: que es un mundo de iniquidad: un mar inquieto é intratable: que está llena de un mortal veneno que infesta todo el cuerpo: que estando encendida con el fuego del infierno,

P arde

arde y abrasa todo el curso de nuestra vida; y que siendo el hombre capaz de domar las bestias mas feroces, no puede domar su propia lengua (a)? ¿Quien no tiembla á la vista de un peligro tan inminente, ó será tan presuntuoso que se persuada ser él aquel hombre perfecto que no peque en el hablar (b)?

Però quando se piensa en aquella otra especie de tentacion que hace decir á S. Pablo (aquel grande Apostol y Vaso escogido por Dios para llevar su Nombre á las Gentes), que él es carnal y como vendido al pecado: que sieute en sus miembros una ley que hace guerra á la ley de su espíritu: quan-

(a) Ep. Cath. c. 3.

(b) Ibid.

quando se piensa en las funestas caídas de tan gran número de personas que, pareciendo invencibles á esta suerte de tentacion, han caído en ella miserablemente, ¿como se podrá estar en quietud en el tiempo de esta vida, en que jamas hay seguridad por esta parte?

Un estado tan miserable y el sentimiento de esta vergonzosa prueba, obligaban al Apostol á castigar su cuerpo, tratándolo como un esclavo, y esto es lo que lo hacia exclamar llorando: *¡Infeliz que soy! ¿Quien me librará de este cuerpo de muerte?* La gracia de Dios, por nuestro Señor Jesu-christo, nos librará, es cierto, de sus asaltos; pero mientras dura la vida no nos libra de este mismo cuerpo de pecado,

y solo con la muerte nos librará de él enteramente. Si no le pedimos pues como el Apostol, el que nos libre, será acaso porque nos familiarizamos demasiado con este mismo cuerpo de muerte, y porque no vemos ni consideramos atentamente el peligro en que estamos y estaremos mientras dura la vida.

¿Quando, ó Dios mio! quando llegará aquel día en que se cierren mis ojos á la luz corporal, y á todos los objetos sensibles que derraman sobre mi vida una miserable dulzura, y la lisonjean con tan peligrosos atractivos? ¿Quando no tendré ya ojos sino para Vos? ¿ó Luz verdadera y eterna? ¿Quando no tendré ya oídos sino para oír vuestra voz, ni len-

lengua sino para alabaros, ni gusto sino por vuestra eterna verdad? ¿Quando no percibiré otro olor que el de vuestros perfumes? ¿Quando acabaré de verme libre de la guerra de las pasiones que combatea en mi carne? Libradme, ó Señor! librad mi alma de las redes de la concupiscencia, y acabad esta guerra con absorber mi mortalidad en vuestra inmortalidad, para que mis sentidos, asi internos como exteriores, queden en una plena paz con Vos.

II.

A la tentacion de que acabamos de hablar, se sigue otra, que es en todos modos mas peligrosa, segun dice S. Agustín (a).

(a). Porque á mas de la concupiscencia de la carne, que se encuentra en los placeres de los sentidos, y á mas de los deleytes porque tanto se apasionan los hombres, hay en nuestra alma una passion voluble, indiscreta y curiosa, que vistiéndose con el nombre de ciencia y de conocimiento, la lleva á servirse de los sentidos, no ya para deleytarse en la carne, sino para hacer experiencias y adquirir conocimientos por medio de ella. No hablo aqui solamente de aquellas negras ciencias y de aquellas sacrílegas curiosidades de las artes mágicas y de las abominables supersticiones. Nada digo tampoco del deseo desregla-

(a) Conf. L. 10, c. 35.

glado de escudriñar la Magestad y los divinos secretos, de que nace una plena libertad que se da al propio espíritu para discurrir sin mas luz que la de la flaca y débil razon humana acerca de los Misterios infinitamente elevados sobre la misma razon, queriendo sujetarlos al juicio de una peligrosa Filosofia. De lo qual, ¡oxalá y no tuviésemos tan funestos exemplares en la impia turba de Materialistas, Idealistas, Deistas, Tolerantistas y otros, que con sus perversos escritos, han declarado en nuestros días una sangrienta guerra á la Religion santa y á las buenas costumbres!

Pero aun sin hablar de esto, ¡quantos Christianos hay cuya vida está llena de esta pa-

pasion de curiosidad, aplicandose unos continuamente á estudiar cosas inútiles y de ningún provecho; fomentando otros un vano deseo de inquirir la vida de sus proximos, sin tener obligacion para ello por razon de su oficio; empleandose otros en un vano comercio de novedades, en que gastan los dias enteros; y otros finalmente, en leer libros peligrosos y nocivos, en el juego, en el teatro, en los bayles, y en otras cosas semejantes? Examinémonos un poco, y veremos quaa facilmente damos entrada en nuestro corazon á mil fruslerias impertinentes y ridículas, á mil curiosidades inútiles, y como se llena nuestro espíritu de mil vanos fantasmas, quedando con ellos en-

enteramente disipado y distraido.

En este estado nos hallamos y nos hallaremos siempre mientras nos dure la vida. Es preciso que nuestra fe sea muy débil, si amamos este estado; y no deseamos salir de él. Si queremos satisfacer nuestra curiosidad, encaminémosla á alguna cosa verdaderamente útil, y que sea digna de llenar nuestra alma. Aspiremos á saciar, no los ojos de nuestra carne con la vista de la vanidad, sino los de nuestro corazon con la contemplacion de la verdad. No se llena el oido con los suaves y armoniosos sonidos, ni los ojos con la vista de magníficos espectáculos; porque lo único que puede llenarlos plenamente, es aquel

aquel espectáculo que nos está reservado en el Cielo, el qual saciará perfectamente nuestro espíritu. Ver al Cordero que ha vencido con su Sangre aquel rugiente Leon, que nos buscaba para devorarnos; contemplar á Dios mismo en su magestad y en su gloria; adorarle y bendecirlo eternamente; estos son los espectáculos de los Christianos. Ved ahí lo que es digno de su curiosidad, y lo que debe causarles náusea por la tierra y por la vida presente, haciendolos desear aquella que los libertará de toda la concupiscencia de la carne y de los ojos.

III.

Pero el origen y manantial de todas las tentaciones: la

se-

semilla de todas aquellas guerras intestinas del hombre: el veneno mas sutil que trae oculto en sus entrañas por todo el tiempo de la vida, es la soberbia. Ella es una enfermedad tan radicada en el corazón de los hijos de Adán, que no hay quien pueda curarla sino es el Médico celestial. Es la soberbia una tentacion tan violenta y tan mortífera, que Jesuchristo, el qual vino al mundo para sanarnos de esta llaga, no ha dexado atormentar á S. Pablo con aquellas otras vergonzosas tentaciones de que tan frecuentemente se queixa, sino para que no cayese en la de la vanidad y soberbia (a). Es una

ten-

(a) *Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis mee.*

tentacion tan oculta, que muchas veces, quanto está uno mas enfermo de ella, tanto menos la conoce, porque frecuentemente es castigada con una funesta ignorancia. Testigos aquellos soberbios de que habla San Pablo, (a) cuyo corazon insensato fue lleno de tinieblas, y entregado á un sentido réprobo.

Si hay algunos medios para discernir quanto está uno sujeto á las otras dos especies de tentaciones de que hablamos antes, casi ninguno hay para examinarse puntualissimamente acerca de esta passion. Ella es la mas difícil de curarse, porque es la mas opuesta á Dios, y mas indigna de

(a) Rom. 11.

de su gracia. Es la mas funesta y dañosa, porque arruina y hace inútiles todas las virtudes y todas las obras buenas, sin exceptuar ni aún el martirio. Es la mas sutil y la mas ingeniosa, porque el origen de las demas pasiones, por lo comun, es vergonzoso; pero la soberbia puede nacer de la virtud misma, y de la victoria de todos los vicios. Quanto mas merece un hombre la alabanza, tanto mayor motivo tiene para temer la soberbia; y quedará herido de ella y vencido, al punto que deliberadamente la reciba y la escuche con la complacencia y gusto del amor propio. Que si él rechazándola con un generoso desprecio, parece quedar vencedor de ella y triunfante;

su triunfo mismo, si no está muy atento, hace revivir este enemigo, y lo hace después triunfar de él (a).

O Dios! qué estado es este del hombre en esta vida! ¿Es acaso vivir, el estar cada momento en un inminente riesgo de perder para siempre la mejor vida? En ningún lugar podemos estar libres de esta tentación. No estamos seguros de sus asaltos ni en un Claustro, ni en el fondo de un desierto entre las mayores austeridades, ni en medio de toda suerte de obras buenas, de todas las virtudes más heroicas; porque la soberbia, que se oculta como una astuta serpiente baxo estas flores de tan buen

(a) *Eccce vivo, quid triumphat? Et ideo vivo quia triumphat. S. Aug.*

buen olor, y aun baxo la humildad misma, puede desde allí asaltarnos, darnos una herida mortal, y hacernos perder el fruto de nuestros trabajos y de nuestras virtudes. Es pues un ciego y un insensato aquel que rehusa seguir la voz de Dios quando lo llama para ponerlo en seguro y á cubierto de todos estos temores, libertándolo para siempre con una santa muerte de todas las tentaciones de la soberbia y demás que asaltan por todas partes á nuestra alma por todo el tiempo que dura la vida.

Concluyamos diciendo, que no hay cosa más apetecible que la muerte para aquel que vive de la fe; y que es una cosa incomprehensible, el que pueda juntarse el conocimien-

to cierto que ella nos da, y que la experiencia confirma, de la miseria de esta vida, y del peligro en que estamos por la continua guerra de la carne contra el espíritu: juntarse, digo, con este amor prodigioso de la vida, y con este excesivo temor de la muerte; como si temiésemos llegar demasiado breve al Puerto, y vernos quanto antes en una perfecta seguridad.

Padre nuestro, que estás en los cielos, y que veis nuestros combates y nuestros peligros sobre la tierra: no nos dexes caer en tentacion. Llevadnos á Vos, y ponednos á cubierto baxo la sombra de vuestras alas. Escondednos en aquel Seno adorable que tenéis abierto para vuestros hijos, y
en

en que los escondereis por toda la eternidad.

I. VIRTUD.

El odio al pecado.

NO hay verdadera penitencia sin aborrecimiento al pecado, y este odio debe ser sumo: porque como Dios es sumamente amable, así es sumamente aborrecible el pecado, que es su enemigo. Dios lo aborrece sumamente, y esto debe bastar á una alma que ama á Dios, para inspirarle una mortal aversion al pecado mortal, á quien Dios ha castigado y castiga severísimamente.

Un solo pecado de pensamiento en los Angeles, lo castigó en tan terrible modo, que
la

la mas noble entre las criaturas, vino á convertirse por la culpa en un monstruo mas horrible y deforme que lo que se puede imaginar; y seis mil años de infierno por este solo pecado, no son sino el principio de sus tormentos, que comenzarán siempre, y que nunca jamas tendran fin.

El solo pecado de Adan, por quien hizo novécientos años de penitencia sobre la tierra, ¿qué trastorno no ha causado en la naturaleza? Bien lo experimentamos en nosotros mismos.

¿Pero qué le costó á Dios el destruirlo? En vano se cansaría el entendimiento para comprehender el odio y el horror que tiene Dios al pecado. Para concebirlo, sería necesario poder comprehender

lo que es anonadarse un Dios haciendose hombre, derramar su Sangre este Hombre-Dios, y morir sobre una Cruz para destruir los pecados de los hombres. Pues ¡quan grave mal será el pecado, que costó la vida, la mas preciosa de todas las vidas, á nuestro amante Redentor! Si no aborrecemos este horrendo monstruo con el mayor odio que podamos, si no huimos de él con quanta velocidad podemos, si no lo detestamos como á nuestro sumo y único mal, somos insensibles á la gloria de Dios, á nuestros propios intereses, y nos hacemos culpables de la mas negra perfidia, alevosia é ingratitud para con nuestro buen Padre y amable Dios,
por

por cuyo amor debemos aborrecer de corazón todo lo que es ofensa suya, procurando con su gracia evitar aún las culpas veniales, que tanto desagradan á su Magestad, y que tanto impiden nuestro provecho.

II. VIRTUD.

La Vigilancia.

ES preciso no olvidarnos de la virtud que tanto nos sirve para defendernos de las tentaciones y del pecado, y que el Hijo de Dios nos ha propuesto como la mas necesaria para prepararnos á la Muerte y al Juicio. *Velad, (a)* dice,

(a) Matth. 24. 42. Ibid. 25. 13. Marc. 13. 37. Ibid. 24. 44.

dice, *porque no sabeis á qué hora vendrá vuestro Señor: no sabeis el día ni la hora. El vendrá en la hora que menos penséis. 2.º lo que á vosotros os digo, lo digo á todos, velad. Bienaventurados aquellos siervos á quienes quando venga su Señor los hallare vigilantes.*

Esta virtud de la Vigilancia incluye otras muchas. La comparacion que hace nuestro Señor entre el momento de la muerte y el diluvio que sorprendió á los hombres, ocupados enteramente en los cuidados y negocios de esta vida, nos hace ver que no debemos entregarnos tan del todo á los negocios y ocupaciones temporales, que no nos reservemos el tiempo necesario para pensar en la vida eterna, en la muer-

muerte, en los medios que Dios nos ha dispuesto para prepararnos á una y otra, y en los estorvos é impedimentos que es preciso quitar y evitar para no ser sorprendidos.

Es tambien preciso el no caer en el olvido de la muerte, figurada por el sueño de aquel hombre que duerme al tiempo que los ladrones entran en su casa. Y si un hombre que supiese la hora en que los ladrones habian de asaltar su casa, velaria ciertamente para no ser robado, ¿como no deberemos velar nosotros, que no sabemos el día ni la hora en que vendrá el Señor, y que antes bien sabemos que no hay momento alguno en que no pueda venir?

La Oracion es inseparable de

de la Vigilancia. Porque si el Señor no vela él mismo sobre nosotros, y no nos guarda con su mano omnipotente, es inútil el que velemos para guardarnos nosotros mismos. Pues esto es puntualmente lo que hacemos con la oracion: empeñamos á Dios para que vele sobre nosotros. Jesuchristo y sus Apóstoles han juntado siempre estas dos cosas. *Velad y orad*, dixo á sus discipulos, *para que no caigais en la tentacion*. En San Lucas dice: *Velad pues, orando siempre, para que seais hechos dignos de evitar todos estos males, que sucederan, y para comparecer con confianza ante el Hijo del hombre*. San Pedro, Principe de los Apóstoles, habla como su Maestro. *Sed pues sabios*, dice,

dice, y vela en la oracion. Sed continuos en la oracion, dice San Pablo, y acompañaala con la vigilancia, y con la accion de gracias... Invocando á Dios en espíritu, dice en otro lugar, en todo tiempo y en todos modos, y velando para esto con perseverancia en la oracion (a). Sea pues incansable nuestra vigilancia, y sea fervorosa nuestra oracion, para que por estos medios evitemos todo lo malo, y estemos prontos á recibir á nuestro Señor quando le agrade el sacarnos de esta mortal vida.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

ME-

(a) Luc. 21... 1. Pet. 4. 7... Colos. 4. 2. Eph. 6. 18.

MEDITACION PARA EL OCTAVO Y ULTIMO DIA.

Ha de desear la muerte el Christiano por amor de la Patria celestial, como forastero sobre la tierra y ciudadano del cielo.

MAS LIBRANOS DE MAL.
AMEN.

UN Christiano, un miembro de Jesuchristo, no es en manera alguna de este mundo, como no lo es su adorable Cabeza. Está en él como forastero, como desterrado, como peregrino, segun dicen los dos grandes Apóstoles (a). Es un

R en-

(a) 1. Pet. 2. 11. Hebr. 12. 33.

dice, y vela en la oracion. Sed continuos en la oracion, dice San Pablo, y acompañaala con la vigilancia, y con la accion de gracias... Invocando á Dios en espíritu, dice en otro lugar, en todo tiempo y en todos modos, y velando para esto con perseverancia en la oracion (a). Sea pues incansable nuestra vigilancia, y sea fervorosa nuestra oracion, para que por estos medios evitemos todo lo malo, y estemos prontos á recibir á nuestro Señor quando le agrade el sacarnos de esta mortal vida.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

ME-

(a) Luc. 21... 1. Pet. 4. 7... Colos. 4. 2. Eph. 6. 18.

MEDITACION PARA EL OCTAVO Y ULTIMO DIA.

Ha de desear la muerte el Christiano por amor de la Patria celestial, como forastero sobre la tierra y ciudadano del cielo.

MAS LIBRANOS DE MAL.
AMEN.

UN Christiano, un miembro de Jesuchristo, no es en manera alguna de este mundo, como no lo es su adorable Cabeza. Está en él como forastero, como desterrado, como peregrino, segun dicen los dos grandes Apóstoles (a). Es un

R en-

(a) 1. Pet. 2. 11. Hebr. 12. 33.

encarcelado, un prisionero, que tiene por carcel este mundo, y que diariamente pide lo saquen y lo libren de la prision. Es un pasagero, que no piensa sino en apresurar su caminata, para llegar al término, que es su Patria. Es un hombre, que se ha empeñado en la carrera, y que olvidándose de todo lo que dexa atras, (a) se encamina ácia lo que está delante, corriendo sin parar ácia el término de la carrera, para conseguir el premio de la celestial felicidad, á que Dios nos ha llamado por Jesuchristo. Es por último, un hombre que vive con el espíritu en el cielo, como si fuera ya ciudadano de él, y tiene una continua

opo-

(a) Phil. 3. 13.

oposicion con el siglo presente.

Pero no es solo un pais extranjero esta tierra por donde vamos caminando. Es tambien un pais enemigo, donde debemos temer de todo, porque su príncipe es el diablo, que es nuestro enemigo irreconciliable, y que tan fuertemente nos combate. ¿Qué hacemos pues aqui en la tierra, en esta region de la sombra de la muerte, que no puede ser sino un miserable destierro para los hijos de la luz? ¿No es acaso una gran felicidad para nosotros el salir de ella, para ir á habitar con Dios en la celestial morada, que es nuestra Ciudad, nuestra Patria y nuestro Mundo? ¿Pues porqué no suspira ácia ella este nuestro corazon? Ah! Si sintiésemos nues-

nuestro destierro, y si conociésemos bien nuestra Patria, gemiríamos ciertamente, como lo hacia San Agustin, diciendo (a): » ¡O Jerusalem, Casa de Dios eterna! Despues del amor de Christo mi bien, tu me seas mi alegría y mi consuelo, y la dulce memoria de tu bienaventurado nombre sea alivio de mi tristeza y refrigerio de mis penas, porque me cansa mucho, Señor, esta vida, y esta prolija y triste peregrinacion. ¡O tu, vida felicissima! ¡O Reyno verdaderamente bienaventurado, que careces de

(a) Suspiros del abrasado Serafin y Gran Doctor de la Iglesia S. Agustin, traducidos por el Illmo. Sr. D. Sancho de Avila, Obispo de Sigüenza, pag. 30 y sig.

de muerte y no tienes fin!...
 » O! si perdonados mis peccados, dexando luego al punto esta molesta carga de mi carne, entrara en tus gozos á tener descanso verdadero en las excelentes y hermosas murallas de tu Ciudad!...
 » ¡Dichosa el alma, que libre de este cuerpo de tierra, camina al cielo, y segura y quieta, no teme al enemigo ni á la muerte, porque siempre tiene presente y contempla sin cesar á aquel hermosísimo Señor á quien sirvió, á quien amó, y á quien finalmente alegre y gloriosa llega... Madre Jerusalem, Ciudad Santa de Dios, Esposa castissima de Christo, mi corazon te ama, y mi alma en gran manera desca tu hermo-

» mosura. Toda eres hermosa,
 » y en ti no hay mancha nin-
 » guna. Gózate y alégrate,
 » hermosa hija del Principe,
 » porque el Rey mas hermoso
 » sobre los hijos de los hom-
 » bres ha deseado tu rostro y
 » amado tu hermosura.... Di-
 » chosa siempre mi ánima y
 » por todos los siglos bien-
 » aventurada, si mereciere ver
 » tu gloria, tu bienaventuran-
 » za, tus puertas, tus muros,
 » tus plazas, tus muchas ca-
 » sas, tus nobilísimos ciudada-
 » nos y tu fortísimo Rey Se-
 » ñor nuestro en su Gloria y
 » Magestad: porque tus muros
 » son de piedras preciosas, tus
 » puertas de finísimas marga-
 » ritas, tus plazas de oro purí-
 » simo, en las cuales sin cesar
 » se canta una agradable Ale-
 luia:

» luia: tus casas fundadas con
 » muchas piedras quadradas,
 » fabricadas de zafiros, y cu-
 » biertas con azulejos de oro,
 » en las quales no entra ningun
 » no que no esté limpio, nin-
 » gun manchado las habita....
 » Hermosa eres y suave en tus
 » deleytes, Madre Jerusalem;
 » no hay en tí cosa alguna de
 » las que aquí padecemos y
 » vemos en esta miserable vi-
 » da. No hay en tí noche ni
 » tinieblas, ni mudanza alguna
 » de tiempo: no luce en tí la
 » luz del Sol, ni el resplandor
 » de la Luna, ó la claridad de
 » las estrellas; sino Dios de
 » Dios, luz de la luz, Sol de
 » Justicia es el que te alumbra.
 » El Cordero blanco y sin
 » mancha es tu resplandecien-
 » te y hermosísima luz: tu Sol,
 » tu

» tu claridad y todo tu bien es
 » una contemplacion continua
 » de este bellissimo Rey de los
 » Reyes, que está en medio de
 » tí, rodeado de sus criados:
 » allí estan los músicos coros
 » cantores de angélicos hym-
 » nos: allí la compañía de los
 » soberanos ciudadanos: allí
 » está el dulce regocijo y so-
 » lemnidad de todos los que de
 » esta peregrinacion van á tus
 » gozos: allí está el prevenido
 » coro de los Profetas, allí el
 » número de los Apóstoles, y
 » el victorioso ejército de in-
 » numerables Mártires: allí la
 » sagrada Congregacion de los
 » Santos Confesores, y los ver-
 » daderos y perfectos Religio-
 » sos: allí las santas Mugeres
 » que vencieron los deleytes
 » de este mundo y su flaqueza

» na-

» natural: allí los Niños y Ni-
 » ñas, que con sus santas cos-
 » tumbres excedieron los lími-
 » tes de sus años: allí estan las
 » Ovejas y Corderos, que ya
 » se escaparon de los lazos del
 » deleyte. Todos saltan de pla-
 » cer en sus propias majadas.
 » Desigual es la gloria de ca-
 » da uno; mas comun es de to-
 » dos la alegría: allí reyna una
 » caridad cumplida y perfecta,
 » porque está allí Dios todo en
 » todos, al qual sea honra y
 » gloria en los siglos de los si-
 » glos. Amén. »

Tales han de ser nuestros
 suspiros, si queremos lograr la
 dicha de ver algun dia aquello
 que ni el ojo ha visto, ni el oi-
 do ha oido, ni el corazon hu-
 mano ha podido comprehen-
 der jamas. Meditemos bien es-
 tas

tas verdades, imprimámoslas bien en nuestro espíritu, y pidámosle á Dios por Jesuchristo, el odio al mundo de Adan, que es para nosotros un país extranjero; la gracia de ser despojados de este cuerpo terrestre en que vivimos como forasteros; y la de que nos libre del demonio, nuestro perverso y terrible enemigo.

I.

El mundo de Adan no es sino para los hijos de Adan, y el mundo futuro es la Patria de los hijos del siglo venidero, que dicen de corazón y con verdad: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Los que quieren decirlo así, deben acordarse, que no pueden ver al mundo presente sino baxo de dos

aspectos, ó como un Egipto, donde ellos obedecen á Pharaon, ó como un desierto por donde pasan para adquirir la Tierra prometida, baxo la guía de una Columna de fuego, esto es, de la Fé, que obra por la Caridad. Si amamos el siglo presente, es para nosotros un Egipto, donde somos esclavos, llevando el insufrible yugo de la tiranía del verdadero Pharaon, esto es, del diablo, que es el príncipe de este mundo, como lo llama el mismo Jesuchristo (a). Si no lo amamos, es para nosotros un desierto que vamos pasando, y donde no se hace otra cosa que combatir en cada momento, donde

no

(a) *Nunc princeps tujus mundi esticetur foras. Jo. 12. 31.*

no hay reposo alguno, donde no tenemos habitacion permanente, donde se padece la sed, y sed de la Patria celestial. Quando habremos llegado á ella, no seremos refrescados solamente como caminantes con el agua de la piedra, que nos sigue en este desierto, esto es, con los Sacramentos y la gracia de Jesuchristo; sino que seremos allí saciados con la fuente de vida, que está en la tierra de los vivientes. Estemos pues prontos á salir de este desierto; y tanto mas, que él está lleno de enemigos implacables, á quienes es preciso hacer una continua guerra; que el ayre está infestado de ellos; y que en cada momento corremos peligro de ser contagiados por su veneno.

Pa-

Padre nuestro, que estás en los cielos, y que nos habeis hecho ciudadanos de tan venturosa Patria por medio de vuestro Hijo nuestro Señor Jesuchristo, que se ha dado á sí mismo para sacarnos de este siglo corrompido y perverso: cumplid en nosotros vuestros designios. Libranos de mal. Libranos de este mundo de iniquidad, de este centro de todo mal, de este desierto, donde no se hace otra cosa que irritaros con la rebelion, con la inquietud y con la desobediencia, y donde el amor mismo de este mundo nos hace casi idolatrar en él. Haced con vuestra gracia, que nuestra Patria, aquella Tierra prometida á vuestros escogidos, sea el único objeto de nuestros de-

S

seos,

deseos, porque ella debe ser el término de nuestra carrera, y el bienaventurado fin de este viage tan largo y tan penoso.

II.

No solamente somos forasteros en el mundo, aún estando entre nuestros parientes y amigos, en nuestra propia casa, y en el lugar mismo de nuestro nacimiento; sino que somos también forasteros en nuestro propio cuerpo, que no es el cuerpo de un ciudadano del cielo, sino el de un pecador é hijo de Adán. No sentimos pues tanto el dexar un cuerpo que es podredumbre é inmundicia, pues que sabemos, que si llega á deshacerse esta casa de tierra en que habitamos,

Dios

Dios nos dará en el cielo otra casa, que no será hecha por mano de hombre, la qual durará eternamente. Por esta casa hemos de suspirar: á ella se han de dirigir nuestros pensamientos y nuestros deseos. Mientras estamos en este cuerpo, gimamos oprimidos de su peso, deseando ser despojados de él, porque Dios nos ha formado para la inmortalidad, y esta carne nos sirve de estorvo para llegar á aquella vida feliz.

Poco sería el dexar con gusto este siglo perverso, este cuerpo de pecado, esta vida caduca, fragil y deleznable: es necesario también dirigir á Dios nuestras súplicas, nuestras oraciones y gemidos, para que nos llame de este destier-

tierra y nos lleve á su Gloria. Que amen, si así lo quieren, este siglo miserable, aquellos á quienes Dios nuestro Señor, el Padre de la Gloria (a), no ha dado el espíritu de sabiduría y de luz para conocerlo, y á los que no ha ilustrado los ojos del corazón para hacerles saber qual sea la esperanza á que nos ha llamado, y quales sean las riquezas y la gloria de la herencia que él prepara á los Santos. Pero nosotros, con quienes ha usado esta misericordia, digamos con David (b): *Ay de mí! ¿Quan largo es mi destierro! Yo vivo aquí como un forastero con los habitantes de Cedar: mi alma está ya disgustada de habitar tanto tiem-*

(a) Ephes. 1. 17. &c. (b) Psal. 119.

po con los enemigos de la paz. Y levantando las manos, los ojos y el corazón ácia nuestro Padre, que está en el cielo, donde por consiguiente está también nuestra patria y nuestra herencia, exclamemos con todas las veras de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad, y digámosle: *Padre nuestro, que estás en los cielos... Libranos de mal.* Libranos de este siglo perverso, á cuya vanidad estamos sujetos, y de este cuerpo de muerte, en que reside el origen de todo mal y de todo pecado. Haznos pasar de este cuerpo terreno á aquel Cuerpo admirable y celestial del mismo Jesuchristo, de quien nosotros también debemos ser con los Santos, como esperamos, la ple-

plenitud y el complemento en el cielo.

III.

Hay tambien otra esclavitud, de que pedimos á Dios nos libre diciendo: *mas libranos de mal*. El maligno por antonomasia es el diablo. Así lo llama ordinariamente S. Juan en sus Epístolas: *Habéis venido, dice, al maligno (a)*. Pues ahora: Aunque el que ha nacido de Dios y se conserva sin pecado, no esté baxo la potestad del demonio; pero está sin embargo en su imperio mientras vive en este mundo, pues que este mundo está baxo el imperio del diablo (b). S. Pablo dice, que él es su dios: *El dios de*

(a) 1. Ep. 2. 13. & 5. 18. (b) *Totus mundus in maligno positus est.* Ib. 5. 19.

de este siglo cegó los entendimientos de los infieles (a). El mismo Jesuchristo, como ya se dixo antes, lo llama el principe del mundo, porque reyna en todos aquellos que son sus esclavos. Y en quanto á los que han sacudido su yugo y su tiranía, aunque es verdad que no exercita su imperio sobre sus corazones; pero no dexa sin embargo en todo el tiempo de esta vida de asaltarlos, de hacerles guerra, y de tenderles lazos, de que no pueden defenderse sin una singular proteccion de Dios.

¿Y quien podrá bastante-mente comprehender quanto peligro corremos diariamente por la malicia y artificios de este

(a) 2. Cor. 4. 4.

este enemigo? El se sirve de las criaturas para seducirnos y hacernos caer. Emplea el Mundo, de quien es príncipe, y donde tiene sus ministros y emisarios esparcidos por todas partes para corrompernos y viciarnos. Atiza quanto puede nuestra concupiscencia, lo que hace decir al Apostol, que *debemos estar vestidos siempre de todas las armas de Dios. (a)* para podernos defender de las asechanzas y de los artificios del diablo, teniendo que combatir no contra hombres de carne y sangre; sino contra los principados, contra las potencias, contra los príncipes del mundo, esto es, de este siglo tenebroso, y contra los espíritus

(a) Eph. 6. 21.

tus de malicia esparcidos en el ayre.

Este estado es muy terrible, y es preciso tener una gran presuncion para no horrorizarse al verse uno obligado á sostener hasta el último aliento de la vida una guerra tan cruel y de suyo tan peligrosa. Es preciso tener una fe muy debil, para no desear el verse acabar quanto antes esta continua guerra, aunque no pueda ella terminarse sino con nuestra vida. Muramos para que cesen tan porfiados combates. Padre nuestro, que estás en los cielos: mirad á vuestros hijos que combaten sobre la tierra. Defiendenos Tu mismo, porque igual es nuestra fuerza para poder sustentar una guerra tan cruel y contra un enemigo tan astuto? Y

Y Vos, Salvador del mundo, que habeis desarmado á los principados y á las potestades, conduciendolas gloriosamente como en triunfo á vista de todo el Universo, despues de haberlas vencido por vuestra Cruz: completad en mí vuestra victoria, y libradme de este injusto perseguidor, que quiere arrebatarme, y destrozár un miembro que habeis comprado con vuestra Sangre. Libradme de él, llamandome á Vos, Vos que habeis prometido que el príncipe de este mundo sería echado fuera, y que quando seriais levantado de la tierra, atraeriais á Ti todas las cosas. Atraedme pues á Vos, sacandome de esta tierra de miserias, y unidme á Vos, porque en Vos solo puedo estar

tar seguro de la tentacion (a).

I. VIRTUD.

La oposicion al mundo presente.

Jesuchristo es el nuevo Adan y Padre de un nuevo mundo en todo opuesto al mundo de Adan. Compónese éste de los hombres como hijos de Adan, corrompidos y viciados en su espíritu y en su corazon, esclavos de la concupiscencia, enemigos del orden, y capaces para todo mal. El nuevo mundo está compuesto de los hombres como reengendrados en Jesuchristo, renovados en su espíritu y en su corazon, animados por el Espíritu de Dios, poseídos de su gracia, radica-^{dos}

(a) *Quoniam in te eripiar à tentatione.*

dos en la caridad, y enemigos del pecado.

Jesuchristo ha tenido en todo el tiempo de su vida una oposicion infinita á este mundo, á quien vino á reparar, destruyendo en él el pecado. En atencion á sus vicios é incredulidad, decia con dolor á los Judios: *¡O raza incrédula y depravada! ¿Hasta quando estaré yo con vosotros, y hasta quando os sufriré?* Es pues necesario que sus discipulos, á exemplo de su Maestro, tengan un gran fondo de oposicion al siglo presente; que abominen sus usos y sus máximas, teman sus favores y su amistad, acordándose de aquellas palabras de Santiago: *que el amor de este mundo es una enemistad contra Dios, y que qualquiera*

quiera que quiera ser amigo del siglo presente, se hará enemigo de Dios (a). Es necesario que se defiendan de la inquietud de sus cuidados y de la ilusion de sus riquezas, que sufocan la palabra de Dios (b). Es necesario que no se conformen con este siglo (c), no sea que borren en sí mismos la imagen de Dios y de Jesuchristo.

Deben tambien contemplarlo como lleno de lazos, de emboscadas, de asechanzas y escándalos (d). El Apostol Santiago hace consistir la pureza de la Religion y la verdadera piedad, en conservarse uno puro de la corrupcion del siglo. *¿Como podrán pues los discipulos*

T pulos

(a) Jac. 4. 4. (b) Matth. 3. 22.
(c) Rom. 12. 2. (d) Rom. 12. 22,
Matth. 18. 17.

pulos de Jesuchristo tomar parte en sus vanas alegrías, quando éstas han sido condenadas por el mismo Señor (a), enseñandonos con esto, que el verdadero caracter de un hijo de Dios es el no ser de este mundo, y que lo somos nosotros luego que lo amamos y él nos ama, luego que obramos con su espíritu y seguimos sus máximas?

Nosotros somos del mundo, quando nos adaptamos á sus usos y tomamos parte en sus concupiscencias; quando estimamos su alabanza, y como dice Jesuchristo, quando se busca la gloria que los hombres se dan unos á otros, y no se solicita la gloria que viene de

(a) Jo. 16. 26.

de Dios; quando por miedo de desagradar á los del mundo, ó de arruinar uno su propia fortuna, se les esconde la verdad, ó se rehusa hablar á favor de la inocencia oprimida. Es uno del mundo, quando ama sus espectáculos y sus vanos entretenimientos, quando une la frecuencia de los Sacramentos con una vida ociosa é inutil, con la costumbre de vestirse en un ayre profano, solo por ser de última moda, con un juego que ocupa la mayor parte del dia, y con una vida de regalo, de luxo, y con el deseo de elevarse sobre su propia condicton.

Pero es necesario observar aqui dos cosas: La primera, que alguno tal vez se lisonjeará no ser del mundo, porque no está

está enteramente sumergido en sus concupiscencias; como si no hubiera muchos grados de concupiscencias, y como si no hubiese muchas habitaciones en la casa de nuestro enemigo, como las hay tambien en la de nuestro Padre celestial.

La segunda cosa que conviene advertir es, que mucho menos se requiere en una persona que hace profesion de servir á Dios, y es de una mediana condicion, para merecer el ser tratada como mundana en el divino Tribunal, que en una persona de distincion por su nacimiento, empleo, oficio &c, y que ha nacido en el gran mundo. Mira Dios con mucho horror á una persona instruida en las maximas del Evangelio, edu-

educada en la piedad, y á quien ha hecho la gracia de separarla del mundo y de sus pompas, quando ella alimenta en el fondo de su alma una inclinacion y estimacion secreta á las cosas del mundo, ó se quiere tambien distinguir en un estado de piedad, como el Eclesiástico y Religioso, con ciertos adornos y modas, que no llevan otro fin que el atraer sobre sí la vista de las gentes.

Por tanto, cada uno considérese á sí mismo segun su estado, y exámine delante de Dios sincera y fielmente, en qué participa del espíritu del mundo, en qué cosa es del mundo, y como resiste á las tentaciones de este enemigo, el qual nos tienta trayendonos los dichos y usos de los mundanos.

RECAPITULACION
DE TODA ESTA OBRITA.

CON ninguna cosa mejor podrá terminarse esta Obrita, que con exponer una obligacion comun á todos los Christianos de qualquier estado y profesion que sean. Tal es el gemido del corazon, muy propio de los hijos de Dios, y cuyos motivos formarán el Epílogo de esta Obrita.

Jesuchristo nos ha declarado bastantemente la necesidad de este gemido, quando por una parte ha puesto las lágrimas en el número de las Bienaventuranzas: *Bienaventurados los que lloran*, y por otra

otra ha maldecido á los que tienen su consuelo en este mundo y á los que rien, esto es, á los que no piensan sino en divertirse y estar alegremente, sin cuidar de la virtud. Basta poner un poco de atencion en las maximas que nos ha dexado este Divino Salvador en su Evangelio, para no poder dudar, que la vida de un verdadero Christiano, ni es ni debe ser una vida de alegría y de placeres, sino de tribulacion y amargura. Aquella puerta tan pequeña, y aquel camino tan estrecho, en que no se puede entrar sin grandísimos esfuerzos: aquella continua violencia que es necesario hacerse para conseguir el Reyno de los cielos: aquella cruz que conviene cargar todos los dias: aquella ab-

abnegación que él exige de la propia voluntad: aquel odio santo que es preciso tener á todo lo que puede apartarnos de Dios: aquel deber estar pronto á perderlo todo antes que perder á Jesuchristo: aquella penitencia, sin la qual pereceremos todos: aquella obligación de morir al pecado, al mundo y á nosotros mismos, de crucificar nuestra carne, de mortificar sus deseos, de hacer guerra á sus inclinaciones depravadas, de resistir á la ley del pecado, que reside en nuestro cuerpo, y de hacer morir en nosotros al hombre viejo con todos sus apetitos: todos estos preceptos nos obligan á una vida tan dura, tan penosa, tan desagradable, que si solo á ella se limita la esperanza que tene-

tenemos en Jesuchristo, seremos, como dice San Pablo, los mas miserables entre todos los hombres (a). A la verdad, todas las sobredichas cosas no pueden hacerse sin padecer mucho y sin hacerse grandísima violencia; ni pueden estar juntas con una vida cómoda, deleytosa y animalesca. Y así vemos que Jesuchristo, distinguiendo á los hijos del siglo de sus discipulos, asigna la alegría á los primeros, y las lágrimas á los segundos. *En verdad, dice (b), en verdad os digo, que vosotros lloraréis, y por el contrario el mundo, mientras vosotros estuviereis en tristeza,*
se

(a) *Si in hac vita tantum in Christo speraverit unus, miserabiliores unius erunt hominibus.* 1. Cor. 15. 19.

(b) Jo. 16. 20.

se alegrará. Tienen pues todos los Christianos una obligacion indispensable de gemir y de reputarse miserables sobre esta tierra. Y esto es lo que ha hecho decir á S. Agustin (a), que el que está bien en la tierra, el que está contento de estar en ella, el que en ella encuentra su alegría y su reposo, no entrará jamas en el cielo. Nosotros suspiramos, dice el Santo, ácia la celestial Jerusalem, considerandonos aqui como extrangeros y como esclavos, baxo el peso y la servidumbre de un cuerpo mortal, y reservando nuestra alegría para quando estemos en la Patria. Pero el que no gime como extrange-

» IO

(a) In Psalm. 148.

ro y peregrino sobre la tierra, no tendrá parte en los gozos del cielo, porque no desea la Bienaventuranza; no tendrá parte en la felicidad de la otra vida, porque no se tiene por infeliz en ésta; antes se tiene por feliz, engañado por los placeres sensuales que en ella goza, por los bienes temporales que posee, y por la felicidad carnal de que está rodeado y en que está sumergido. Este es un cuervo, y no una paloma. El cuervo salido del Arca, no bolvió á ella, por cebarse en los cuerpos muertos que halló sobre la tierra; pero la paloma no encontró ni vió cosa en que poner el pie, y no halló su reposo sino en el Arca. La paloma es una ave que

» que gime, y enseña á los hi-
 » jos de Dios, que no deben fi-
 » xarse en la tierra, sino volar
 » ácia el cielo. »

Y si me preguntais ¿por-
 qué condena Dios á los Chris-
 tianos que no gimen? Os res-
 pondeará S. Agustín, » que los
 » condena, porque no lo aman,
 » y la prueba de que no lo
 » aman es, que no suspiran. No
 » suspirar como extrangero, y
 » no amar á Dios, son dos co-
 » sas inseparables. El que no
 » ama á Dios, no suspira por
 » la vida eterna, y el que no
 » suspira por la vida eterna,
 » no ama á Dios; y tanto basta
 » para condenarse. » De aqui
 concluye el Santo, que la vida
 presente es para los buenos
 Christianos una continua afflic-
 cion. » Si os considerais (dice)

» en

» en esta vida como forastero,
 » ó no amais como se debe
 » vuestra Patria, ó es preciso
 » que esteis affligido; porque
 » ¿quien no se affigiria de no
 » estar con el que desea? ¿Pues
 » de qué proviene que no sin-
 » tais esta affliccion? Proviene
 » de que no teneis amor. Amad
 » la otra vida, y encontraréis
 » amarga la presente, por mas
 » que os lisonjee con las pros-
 » peridades, por mas que os
 » convide con todas sus deli-
 » cias. Entrad pues dentro de
 » vos mismo: preguntad á vues-
 » tro corazon, y escuchad lo
 » que os responde. Si Dios os
 » prometiese una larga vida
 » sobre la tierra, y os dixese:
 » Tu poseerás en ella todo lo
 » que puede hacerla feliz: ri-
 » quezas, honras, placeres, sa-

V

lud,

„ lud, prosperidad: aqui goza-
 „ rás toda suerte de bienes; pe-
 „ ro con la condicion de que
 „ nunca jamas verás mi Ros-
 „ tro, ni tendras parte alguna
 „ en los bienes de mi casa. Pre-
 „ gunto: ¿Os alegraríais de que
 „ os hubiese tocado esta suer-
 „ te? ¿Estaríais contento con
 „ poseer esta vida larga y feliz
 „ á los ojos de la carne? Si asi
 „ es, sería una señal de que no
 „ habíais aún comenzado á
 „ amar á Dios. Conviene por
 „ tanto, que el Jísto gima y se
 „ tenga por miserable sobre la
 „ tierra: conviene que llore, y
 „ que pueda decir con David (a):
 „ *Al fuerza de gemir y de suspi-
 „ rar estan mis buesos pegados á
 „ la piel. Yo cómo la ceniza en*

vez

(a) Psalm. 101.

*vez de pan, y mezclo mi bebida
 con las lágrimas. Estoy lleno
 de afliccion y humillado hasta
 el exceso. El gemido de mi co-
 razon me hace rugir (a). Mis
 lágrimas son mi pan de dia y
 de noche, mientras mis enemi-
 gos me insultan, diciendome
 cada hora: ¿donde está tu Dios?
 ¿T basta quando, dice en otro
 lugar (b), nos harás comer pan
 de lágrimas, y nos harás beber
 el agua de nuestros llantos?
 Bienaventurado aquel (c) que
 espera de Ti todo el auxilio;
 que no tiene otro mayor deseo
 que el de venir á Ti; que cami-
 nando en este valle de lágrí-
 mas, entra en su corazon para
 suspirar ácia Ti, y que pasa de
 esta manera tristes sus dias*

en

(a) Psalm. 41. (b) Psalm. 79.

(c) Psalm. 83. 6.

en este lugar de destierro en que Tu lo has puesto.

No hay que maravillarse de que así trate Dios á sus siervos, quando no ha tratado mejor á su propio Hijo. Este divino Salvador es llamado *Varón de dolores* (a), y no hombre de placeres y deleytes. Se dice de él, que *sabía padecer*; pero no que *sabía divertirse*. El Evangelio hace mencion de sus lágrimas; pero no de su risa. En suma: El ha pasado una vida triste y penitente, para confirmar con las obras su doctrina, y para convidar á sus discipulos con su imitacion. ¿Qué mas? Aun las criaturas irracionales, como dice San Pablo (b), suspiran, porque estan sujetas á la

(a) *Izal.* 53. 3. (b) *Rom.* 8. 22. &c.

vanidad. Y como si alguno le hubiese preguntado al Apostol ¿porqué suspiraba él? añade: *Porque no somos salvos sino en esperanza; y de aqui viene el que no poseamos la salvacion. Porque si la poseyéramos, nuestra esperanza dexaria de ser esperanza, puesto que ninguno espera lo que ve y tiene ya entre sus manos. Con que si nosotros esperamos lo que aún no vemos: luego lo esperamos, y para esperarlo tan largo tiempo, tenemos necesidad de mucha paciencia. Ved ahí lo que nos hace gemir; y porque no sabriamos gemir como conviene (a), el Espíritu Santo gime él mismo en nosotros con gemidos inefables. Y Aquel que pe-*

(a) *Ibid.* 26. &c.

netra nuestros corazones, entiendo bien qual sea este deseo del Espíritu, y sabe que estos gemidos y estas oraciones que el Espíritu forma en nosotros, son conformes á los designios de Dios, el qual nos dexa sobre la tierra, para que tengamos campo de gemir y de exclamar, oprimidos de la tristeza y del disgusto (a): *¡Miserable de mí! ¿quien me libertará de este cuerpo de muerte?*

Muchos son los motivos que tenemos para gemir, como ya lo hemos visto en el discurso de esta Obrita; pero será bueno reunirlos como en un punto de vista para que nos hagan mas impresion, y acabemos de convencernos de la obligación de B

(a) Rom. 7. 24.

obligacion que tiene todo Christiano de suspirar en este destierro por su verdadera Patria y por su Dios.

El Autor del Psalmo 136, en que los Judios pintan con los mas negros coloridos las desventuras de su esclavitud en la ciudad de Babilonia, nos ha delineado una viva imagen del estado en que se hallan los verdaderos hijos de Dios sobre la tierra. El primer verso de este Psalmo contiene dos motivos principales de sus lágrimas y de sus gemidos.

Estando sentados (dice) sobre las márgenes de los rios de Babilonia, y acordandonos de tí, ó Sion, nos pusimos á llorar, ni pudimos contener nuestras lágrimas. Lloraban los Judios en primer lugar por estar esclavos

clavos en Babilonia, y en segundo por estar distantes de Jerusalem, que no se podia borrar de su imaginacion, y en la que continuamente pensaban. Estas mismas razones son las que hacen llorar á los Justos en esta vida. Lloran, porque se ven desterrados sobre la tierra, de quien Babilonia era la figura: lloran siempre que se acuerdan de la Ciudad celestial, de la que era imagen la ciudad de Jerusalem, ó la santa Sion. Lloran, porque son esclavos en el mundo, y porque estan obligados á vivir en compañía de hombres llenos del espíritu del mundo, pues que en esta vida estan mezclados los malos con los buenos. Lloran, porque ven ser mayor el número de los malos que el de los

los buenos; y porque éstos se hallan obligados á mirar una infinidad de cosas que les desagradan. Lloran finalmente, porque en vez de ganar ellos para Jesuchristo á los habitantes de Babilonia, y hacerlos pasar del amor de los bienes caducos al de los inmortales; antes bien necesitan ellos mismos hacer muchos esfuerzos para caminar por el camino estrecho del Evangelio.

Luego que los Judios llegaron á Babilonia, se pusieron á llorar sentandose á las márgenes de sus rios, porque vieron allí una multitud de abominaciones: ídolos por todas partes, supersticiones, sacrificios impios, adorado el demonio, desconocido y blasfemado el verdadero Dios, impurezas
mons-

monstruosas, acciones crueles, un pueblo bárbaro, insolente, malvado. Los que entre los Judios tenían mayor temor de Dios, sentían partirseles el corazón de dolor, viendo que hombres hechos á imagen de Dios, tenían menos entendimiento que las bestias, y se dexaban transportar mas brutalmente que ellas á sus infames deseos.

Los Justos que viven en este mundo, sufren la misma aflicción, y no pueden contener su llanto al verse á las orillas de los rios de Babilonia. Estos rios son las perniciosas maximas introducidas por el mundo para destruir las maximas del Evangelio, y la *moda*, llamada por San Agustin, un rio y un torrente que arrastra la

la mayor parte de los hombres á mil cosas, que no pasan ya por pecado, quando ella las autoriza: son los malos exemplos y malas conversaciones de los mundanos, que no dexan de tentar á los hijos de Dios, y de convidarlos á venir con ellos á estos malditos rios de Babilonia: son los apetitos de los hombres carnales, que los conducen á mil excesos y abominaciones vergonzosas; y son por último, todos aquellos desórdenes que llora el Sabio en el *Eclesiastés*, como vanidades, que pierden la mayor parte de los hombres. Algunos se embarcan en los rios de Babilonia sobre la nave de la ambición, otros en la de la avaricia, otros en la de la curiosidad, y otros en la del deleyte.

To-

Todos los objetos de estas pasiones son, como dice S. Agustín, otros tantos rios, que corren rápidamente, que buyen con velocidad, que ningun reparo puede detenerlos, que todo lo arrebatan, y que van á perderse en los abismos de una infeliz eternidad.

¿Pues como podrá una alma fiel mirar tantos naufragios, y la perdicion de tantas almas criadas por Dios para hacerlas eternamente felices, y redimidas por Jesuchristo con el precio infinito de su Sangre; mirar, digo, todo esto, sin derramar copiosas lágrimas? Sería preciso ser de acero ó de bronce para mirar con ojos enjutos todas las iniquidades que se cometen sobre la tierra. *Quando yo considero*, dice el

Sa-

Sabio (a), *las calumnias que se hacen baxo del Sol, las lágrimas de los inocentes oprimidos, que no encuentran alguno que los consuele, los miserables privados de todo auxilio, que no pueden resistir á la violencia de los opresores; entonces digo: Mas felices que los vivos son los muertos, y mas felices que unos y otros los que no han nacido.* ¿Como se dexará de llorar, pensando en lo que decia David de sus tiempos, y que se verifica ¡ó quanto! en los nuestros (b). *Hay dia apenas encontrarás sobre la tierra uno que tenga entendimiento y busque á Dios. Todos se han desviado del camino recto; todos se han hecho inútiles; no hay*

(a) Eecl. 4. 1. Sc. (b) Psalm. 13.

quien haga lo bueno. La garganta de estos es un sepulcro abierto: se sirven de su lengua para engañar: tienen baxo sus labios un veneno de áspides. Su boca está llena de maldicion y de amargura: sus pies son veloces para derramar la sangre. Destruccion y miseria es la que hay en sus caminos: no conocen el camino de la paz, no tienen delante de sus ojos el temor de Dios. No hay ya sobre la tierra, dice el Profeta Oseas (a), verdad, misericordia y ciencia de Dios. El hermano tiende lazos á su hermano, y no hay amigo que no use simulacion y artificio. Por qualquier parte que se vea el mundo, no se hallan en él sino males

(a) Cap. 4.

les y objetos de tristeza. Esto es lo que affige al hombre bueno, y lo que como á Elias le hace desear la muerte. El pidió morir, dice la Escritura (a), y dixo á Dios: Ya ha mucho tiempo que padezco, ó Dios mio! quitame la vida, pues que no soy mejor que mis padres. El zelo que tengo por el Señor, por el Dios de los Exércitos, me consume. No puedo ya ver la arrogancia con que los hijos de Israel renuncian á tu alianza, quebrantan tu ley, hacen morir á tus Profetas, y me buscan á mí, que he quedado solo para defender tu causa.

Peró hay tambien otra pena que affige á los buenos, y los hiere mas intimamente, y esta

(a) 3. Reg. 19. 4.

está es el hallarse ellos sobre estos rios de Babilonia, y por consiguiente en un continuo peligro; porque estos rios pueden salir de madre, y arrebatarse los y tragarse los como á los demas. Es muy facil imitar á los hijos del siglo y cometer el mal, quando la moda y la multitud de quien lo comete, le quita en gran parte su deformidad. Una tentacion extraordinaria, una ocasion no prevista, las conversaciones de las personas que se tratan y frecuentan, la condescendencia, y otras mil cosas, son muy capaces de precipitarnos en estos rios. A mas de que *¿quien sabe si sea digno de odio, ó de amor? ¿Quien sabe si camina por el camino estrecho de Jesuchristo, ó por el ancho de la* per-

perdicion y del amor proprio? Todo nos lleva al deleyte, á la pompa, á las riquezas. La inclinacion de nuestra alma tira siempre á los bienes caducos: la figura de este mundo se adorna, se compone para parecer mas hermosa á nuestros ojos: se nos presenta con todos sus alhagos, á quienes junta las esperanzas, las promesas, y todo lo que tiene visos de lisonja y de alhago. Nuestro corazon, en vez de estar sobre las armas para la defensa, está de acuerdo con nuestros enemigos; él mismo urde la traycion y la pone por obra, rindiendose al deleyte, á la ambicion &c. y hace quanto puede para perderse y viciarse. Seducido, envenenado por los falsos bienes de Babilonia, ya

ya no tiene sino hastío por la vida christiana, huye de la penitencia, y busca los contentamientos del siglo, aborrece la humillacion, y solicita las grandezas y los honores del mundo, Se coliga con él la carne para acabar de vencerlo, y con esto, resiste al espíritu, se rebela contra la razon, va en traza de los placeres, da oído á las leyes del pecado, se opone á la Ley de Dios, nos aparta de practicar el bien que conocemos, y nos arrastra al mal que detestamos. *La ley es espiritual, dice S. Pablo (a), y yo soy carnal.* La ley pide una alma libre de la sujecion á las pasiones, y yo estoy como vencido por estar sujeto al pecado. La ley

(a) Rom. 7. 14 &c.

ley pide un corazon bueno, y yo sé que nada de bueno tengo en mí, porque en mí habita el pecado, y Dios quiera que en nosotros no reyne tambien. Si reflexo en las oraciones que hago, las hallo tan tibias é imperfectas, que con mucha mas razon temo el que Dios se ofenda, que no el que por ellas se aplaque: mi mente está llena de distracciones, mi corazon seco: aquella está sujeta á los pensamientos mas extravagantes, y éste está agitado con movimientos que me causan horror; y todo esto hace que yo pruebe dentro de mí una guerra continua entre la carne y el espíritu, entre la parte superior y la inferior. El estar uno obligado á vivir con esta multitud de enemigos, y el venir cada

cada rato con ellos á las manos, sin poderlos exterminar del todo, es una de las grandes miserias que obliga á los Justos á suspirar continuamente, á gemir y á desear el quedar de una vez libres de este cuerpo de pecado.

Este estado infeliz en que se hallan los Justos en la vida presente, lo describe admirablemente S. Agustin en el Libro 22. de la *Ciudad de Dios* con las siguientes palabras;

» Tienen los Justos en esta vida sus trabajos, que nacen de hallarse siempre en medio de los peligros y de las tentaciones que trae consigo la guerra continua que deben sostener contra los vicios. Porque jamas cesa la carne, ya con mayor, ya con me-

» menor violencia, de tener deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu de tener deseos contrarios á los de la carne; de manera, que no hacemos todo lo que queremos. Porque, á la verdad, querriamos extinguir en nosotros la concupiscencia con todos sus desreglados deseos; pero no habiendosenos concedido alcanzar tanto, nos queda solamente, el que confortados con el auxilio divino, la tengamos, en quanto es posible, sujeta, no rindiendonos jamas á sus alhagos. Y ¡ó qué atencion y qué vigilancia es necesario usar, para no caer en los lazos que un tal enemigo nos tiende por todas partes! Conviene

» guar-

» guardarse bien de no abra-
 » zar ó seguir por verdadera
 » alguna tal opinion que no
 » tiene sino la apariencia de
 » verdad, de no dexarnos en-
 » gañar por algun tal artificio-
 » so discurso, de no quedar
 » embueltos en las tinieblas de
 » algun error, por el que des-
 » pues llamemos al bien mal,
 » y al mal bien. Debemos ser
 » muy cautos, para que por
 » una parte el temor no nos
 » detenga de hacer lo que de-
 » bemos, y por la otra no nos
 » impela la passion á hacer lo
 » que no debemos: que no tra-
 » monte el Sol sobre nuestra
 » cólera, y las enemistades no
 » nos provoquen á volver mal
 » por mal. Es necesario poner
 » todo cuidado en que una de-
 » ma-

» masiada tristeza no ocupe
 » nuestro corazon, y la ingra-
 » titud no nos haga floxos en
 » repartir beneficios, y no nos
 » cansemos de obrar bien por
 » las maledicencias que con-
 » tra nosotros se esparcen.
 » Corremos peligro de ser en-
 » gañados por las temerarias
 » sospechas que formamos de
 » los demas, y de abatirnos y
 » caer de ánimo por los falsos
 » juicios que los demas se for-
 » man de nosotros. Debe ser
 » sumo nuestro cuidado para
 » impedir que no reyne en no-
 » sotros el pecado, de manera
 » que obedezcamos á sus de-
 » seos, y nuestros miembros
 » sirvan de armas de iniquidad
 » á la culpa. Conviene velar
 » cuidadosamente para que
 » nuestros ojos no fomenten la
 » con-

» concupiscencia, y nuestra
 » vista y nuestros pensamien-
 » tos no se fixen en objetos de
 » alguna mala complacencia,
 » y nuestros oídos no escuchen
 » de buena gana palabras ma-
 » las é indecentes. Debemos
 » resistir á todo deseo de ven-
 » ganza, y no debemos dexar-
 » nos llevar á ninguna cosa
 » ilícita, aunque nos agrade.
 » Debemos por último estar
 » atentos á no prometernos la
 » victoria por nuestras propias
 » fuerzas, y despues de haber-
 » la obtenido, á no atribuir la á
 » nosotros mismos, en vez de
 » atribuir la á la gracia de
 » Aquel de quien dice el Apos-
 » tol: *Dense gracias á Dios,*
 » *el qual nos ha dado victoria*
 » *por Nro. Señor Jhesucristo.*
 ¡Tal es la guerra llena de

pe-

peligros y trabajos á que está
 expuesto el Justo mientras vi-
 ve en este mundo! Y al cúmulo
 de tantas miserias, se añade
 tambien ésta (sigue hablando
 San Agustia) » que por gran-
 » de que sea el valor con que
 » combatiendo resistimos á los
 » vicios, y aunque los venza-
 » mos y subyuguemos, no por
 » eso nos faltará motivo mien-
 » tras estamos en esta vida, de
 » decir al Señor: *Perdonanos*
 » *nuestras deudas,* porque dia-
 » riamente se cae en algun de-
 » fecto, ó por ignorancia, ó
 » por sorpresa, ó por fragili-
 » dad.»

Y antes de San Agustín, el
 glorioso Martir y Obispo San
 Cypriano, en pocas pero enér-
 gicas palabras, describió en el
 excelente Libro de la mortali-

Y

lidad,

lidad, el estado miserable de la
 vida presente, diciendo: » ¿Qué
 » otra cosa se hace en este
 » mundo sino pelear continua-
 » mente con el demonio, y es-
 » tar siempre sobre las armas
 » para defendernos de sus dar-
 » dos y saetas? Somos asalta-
 » dos por la avaricia, por la
 » impureza, por la ira, por la
 » ambicion; ni jamas cesa la
 » molesta lucha que tenemos
 » que sostener contra los vi-
 » cios de la carne y los alha-
 » gos del siglo. Sitiada el alma
 » por todas partes, y rodeada
 » de los infernales enemigos,
 » apenas puede hacer frente y
 » resistir á cada uno de ellos.
 » Si queda aterrada la avari-
 » cia, se levanta la liviandad:
 » si es reprimida la liviandad,
 » saca la cara la ambicion: si
 » la

» la ambicion es despreciada,
 » nos exaspera la ira, nos hin-
 » cna la soberbia, la gula nos
 » lisonjea, la envidia rompe la
 » concordia, los zelos disuel-
 » ven la amistad. Ya nos senti-
 » mos incitados á hablar mal
 » de nuestro próximo, contra
 » la prohibicion de la ley de
 » Dios: ya nos precipitamos á
 » hacer juramentos que nos es-
 » tan prohibidos. Tales y tan-
 » tas son las persecuciones,
 » tantos los peligros á que es-
 » tamos expuestos en esta vi-
 » da mortal.»

Otra de las aflicciones de
 los Justos es el verse lejos de
 Sion, separados de su Dios y
 de la celestial Jerusalem. Aun
 quando ellos tuviesen todos los
 bienes de la tierra, se tendrian
 por miserables, porque su te-
 soro

soro está en el cielo, porque lo miran como á su patria, y la tierra como el lugar de su desierto. Son como otros tantos hijos distantes de su Padre, como otras tantas esposas privadas de la presencia de su esposo, como otros tantos Príncipes echados de su Reyno: su amor los inflama, los estimula, y los hace desfallecer. Un ciervo perseguido largo tiempo por los cazadores, no desea con mayor ansia un rio para refrescarse en sus aguas, que lo que ellos anhelan por poseer á su Dios. Oigamos á David (a): *Como el sediento ciervo busca las fuentes de las aguas, así suspira á Ti, ó mi Dios! el alma mía. Mi alma se abrasa*

(a) Psal. 42.
6102

en una ardiente sed de gozar á Dios vivo. ¿Quando vendré y compareceré ante el Rostro de mi Dios? Ah! que no caso de llorar mientras mis enemigos me insultan, diciendome todos los dias: ¿Donde, di, está tu Dios (a)? Este es el único objeto de mis deseos: no estaré contento ni saciado, basta que se manifieste, se comunique, y se le dé á mi corazon tu gloria (b). Solo una cosa he pedido al Señor, y por ella sola renovaré siempre mis mas fervorosas instancias, y es, el habitar por todos los dias de mi vida en la casa del Señor (c). Ved aqui lo que esperan los hijos de los hombres baxo las sombra de tus alas. Esperan aquel venturoso

(a) Psalm. 16. 17. (b) Psalm. 26. 7.
(c) Psalm. 35. 8. 9.

roso día, en que seran inundados con la abundancia de los bienes de tu casa, y en que les harás beber del torrente de tus delicias; porque en Ti está la fuente de la vida, y todo lo que acá poseemos no es sino una gota muy pequeña que Dios dexa caer sobre nosotros para sostenernos en nuestra peregrinacion. Pero ¿quan larga (a) es esta molesta peregrinacion! ¿Quanto tiempo ha que estamos con los habitantes de Cedar, y á las márgenes de los rios de Babilonia? Nosotros sabemos, dice San Pablo (b), que si esta casa de tierra en que habitamos como baxo una tienda de campaña, vendrá á destruirse, Dios nos dará en el cielo

(a) Psalm. 129. 5. (b) 2. Cor. 5. 1. &c.

cielo otra Casa, que no será hecha por mano de hombres, y que durará eternamente. Porque, á la verdad, no tenemos aqui ciudad permanente, sino que buscamos aquella en que debemos un dia habitar. Esperamos aquella Ciudad fabricada sobre un estable fundamento, de la qual Dios mismo es el Fundador y el Arquitecto. Vivimos, como los Santos del Antiguo Testamento, en la Fe: no habiendo recibido aún los bienes que Dios nos ha prometido, los vemos, los saludamos desde lejos, confesando que somos forasteros y caminantes sobre la tierra, que buscamos nuestra patria; y esto es lo que nos hace suspirar, deseando ser revestidos de la gloria de

está

esta Casa celestial (a). Porque mientras estamos en este cuerpo (b)..... suspiramos baxo su peso, pues mientras que habitamos en él, estamos lejos del Señor, y fuera de nuestra Patria. Caminamos ácia él por medio de la Fe; pero no gozamos aún de su vista: deseamos esta venturosa felicidad, y estamos prontos á salir de la casa de este cuerpo, por tal de ir á ver al Señor (c). Esta á lo menos es la disposicion en que yo estoy (decia el Apostol); Jesuchristo es mi vida, y la muerte es para mí una verdadera ganancia. Deseo con ansia ser desatado de las ligaduras de este cuerpo, y el estar con Jesuchristo, lo que sin comparación

(a) Hebr. 11. 13. (b) 2. Cor. 5. 6cc.
(c) Phillip. 1.

racion es mejor para mí.

Estos sentimientos son comunes á todos los hijos de Dios, los cuales tienen fixo en el corazon el deseo de la eternidad, y de cuya memoria no se aparta la dichosa Sion. En qualquier cosa que esten ocupados, piensan en la celestial Jerusalem, y temiendo olvidarse de ella, dicen con el Real Profeta (a): Si yo me olvidare de tí, O Jerusalem! mi mano derecha se olvide de sí misma: quede pegada mi lengua al paladar, si yo no me acordare siempre de tí, si yo no me propusiere á Jerusalem como el principal objeto de mi alegría.

Exercitémonos tambien nosotros en estos fervorosos senti-

ti-

(a) Psalm. 136.

timientos, usemos de las mis-
 mas expresiones, y ellas nos
 servirán mucho para orar de
 continuo y sin intermision, co-
 mo nos dice Jesuchristo; ad-
 virtiendo con S. Agustin (a),
 que » cuando la Escritura nos
 » manda que oremos incesan-
 » temente, no nos obliga á es-
 » tar siempre de rodillas, ni á
 » cantar Psalmos de dia y de
 » noche; sino á tener siempre
 » en el fondo de nuestro cora-
 » zon el deseo de dexar la
 » tierra, y de entrar en el Rey-
 » no del cielo. Orar incesante-
 » mente, es desear incesante-
 » mente el poseer á Dios. Este
 » es un deseo que nunca ja-
 » mas debe apartarse de nues-
 » tro corazon. Debemos siem-
 » pre

(a) Epist. 130. al. 121. ad Probam. .

» pre gemir, suspirar siempre,
 » decir siempre: Yo soy es-
 » clavo, soy forastero; este
 » mundo no es mi patria; yo
 » no estoy con mi Dios. No
 » por esto quiero decir que el
 » Justo no ria alguna vez, y
 » no se divierta algun poco, y
 » que no se ocupe en muchas
 » cosas, las cuales parecen
 » muy diferentes del Reyno de
 » Dios. Ah! Esta es una de las
 » cargas de su esclavitud. Es
 » necesario que él trabaje para
 » los de Egipto, y que fatigue
 » en obras de barro y de tier-
 » ra, mientras que es esclavo
 » de Pharaon y habita en la
 » tierra de Egipto. Pero en
 » medio de la esclavitud, no se
 » olvida él de la Tierra pro-
 » metida; piensa en Sion, sus-
 » pira por su patria, y así no
 » cesa

» cesa de orar. Dexaria de
 » orar, si dexase de desear;
 » pero siendo continuo su de-
 » seo, es tambien continua su
 » oracion. Orar es pedir con
 » gemidos inefables el último
 » efecto de la divina adopcion,
 » que como dice S. Pablo, es
 » la libertad y redencion de
 » nuestros cuerpos. Es estar
 » con una santa hambre y sed
 » de los bienes de la Casa del
 » Señor; es considerarse en el
 » desierto de este mundo como
 » fuera de su país; es suspirar
 » con una ardiente sed por
 » aquella fuente de nuestra
 » eterna felicidad. Orar es
 » amar; y se dexa de orar
 » quando se dexa de amar; es
 » pedir al Señor aquel único
 » bien que basta á los hijos de
 » Dios; es decir con verdad y
 » de

» de cotazon: Todo lo que no
 » es Dios, no es capaz de lle-
 » nar la desmedida extension
 » de mis deseos, y consiento
 » de buena gana que me lo
 » quite todo, con tal que me dé
 » á sí mismo. Con él quedo ple-
 » namente contento; sin él no
 » encuentro en mí ni fuera de
 » mí sino una horrible indigen-
 » cia, y una inexplicable mise-
 » ria. Tal es la oracion con-
 » tinua, este es el gemido del co-
 » razon á que estamos obligados,
 » y cuyos motivos seguimos pro-
 » poniendo para acabar de for-
 » mar el Epilogo de esta Obrita.

Si somos hechos para Dios,
 si es cierto, como lo es, que no
 podemos esperar reposo ni
 verdadera felicidad sino en él,
 como en nuestro centro, en
 nuestro último fin, y en nuestro
 Z todo,

todo, ¿quien no gemirá al verse apartado de él, y rodeado de tantos peligros y de tantos enemigos por dentro y fuera, que hacen todos sus esfuerzos para impedirnos el ir á él y unirnos á él?

Si somos hijos de Dios, y nuestra adopción no es todavía sino imperfecta, y está, por decirlo así, solamente bosquejada: *Initium aliquod creaturae ejus*: ¿podemos dexar de gemir y de desear la perfección de esta adopción divina? ¿Y no es esto puntualmente lo que debe hacer en nosotros aquel espíritu, de que hemos recibido las primicias, para desear la plenitud de la divina adopción, segun aquello de S. Pablo (a)

(a) Rom. 8. 23.

en persona de todos los Christianos: *Nosotros mismos que poseemos las primicias del espíritu, gemimos y suspiramos en el fondo de nuestro corazon, esperando la adopción perfecta de los hijos, la redención de nuestros cuerpos?*

Si esperamos el Reyno del cielo como herederos de Dios en calidad de hijos, y como coherederos de Jesuchristo en calidad de sus miembros, somos ciertamente indignos de él, si no lo deseamos; y no deseamos tan gran bien, si viendonos en esclavitud, no gemimos ni suspiramos por la corona que nos espera, y por el trono en que debemos reynar con el mismo Dios.

Si aquella Verdad eterna, sumamente hermosa, infinitamente

mente amable, que debe ser el alimento de nuestra alma en la eternidad, no atrae nuestro corazón, y no lo hace suspirar de día y de noche por el deseo de ser saciados de ella, en vano nos lisonjeamos de conocerla mediante la Fé, y de esperarla mediante la Esperanza.

Finalmente, es preciso que estemos muy poco conmovidos á la vista de nuestros pecados y desórdenes, muy poco atemorizados por el continuo peligro de perecer con tan diversas tentaciones que en cada momento nos combaten, y muy poco sensibles á nuestro destierro tan largo y tan miserable, si no suspiramos continuamente ácia Aquel que solo puede libertarnos perfectamente de todos nuestros pecados y de-

delitos por graves y enormes que sean. Lejos de hacer resistencia quando Dios nos llame de este destierro y de este mundo en que estamos como peregrinos, donde pasamos una vida tan tibia, y tan indigna de nuestro celestial origen; salgámosle, por decirlo así, al encuentro, y recibamos con sumision, con amor y agradecimiento esta última visita del Señor.

No solo debemos gemir por el sentimiento de nuestra miseria y de nuestros males, sino tambien por invocar á nuestro único Médico, y por obtener de él los remedios que no podemos conseguir por nosotros mismos, y las virtudes que deben prepararnos para el cielo, y hacernos dignos de Dios.

Solo

Solo nuestro Señor Jesu-
 christo, esto es, la gracia de
 Dios que nuestro Señor Jesu-
 christo nos ha merecido con
 su Sangre, puede mudar nues-
 tro corazon de profano, de in-
 grato y de irreligioso como él
 es, en un corazon lleno del es-
 piritu de piedad, de agradeci-
 miento, de religion, y de amor
 á Dios y á todas las cosas de
 Dios. El solo es el autor de la
 Fe, la fuente de nuestra Espe-
 ranza, el que nos infunde la
 Caridad; y en vano buscare-
 mos estas divinas virtudes en
 nosotros, ó fuera de nosotros.
 Acia él es necesario encaminar
 los deseos de nuestro corazon,
 dirigiendonos á él con un ge-
 mido secreto y continuo.

El deseo de ver á Dios,
 la pureza que para esto prepa-
 ra

ra el corazon, la penitencia
 que atrae su misericordia, la
 humildad que desarma su Jus-
 ticia, el odio al pecado, la vi-
 gilancia christiana, la oposi-
 cion al mundo presente, el de-
 seo del siglo futuro, la oracion
 misma y el gemido del cora-
 zon, todas son gracias y dones
 de Dios. Son frutos del gemi-
 do secreto de la oracion, por-
 que es necesario orar para
 aprender á orar, y gemir para
 pedir el espiritu de gemido.
 Gimamos pues por nuestra Pa-
 tria celestial, y gimamos para
 obtener la gracia de desearla
 sincéramente, de conocer bien
 el camino que á ella conduce,
 de entrar en él con ánimo y
 valor, de caminar por él con
 perseverancia, de estar en ve-
 la esperando el momento feliz
 que

que nos pondrá en posesión de tan bienaventurada Patria. El gemido es lo que nos toca acá en la tierra, así como la alabanza es la que nos tocará en el cielo; porque es propio de los miserables llorar continuamente. Si no gemimos, es porque no sentimos nuestras miserias; y si no las sentimos, ó aun no las conocemos, es señal manifiesta de que no pensamos en dar aún el primer paso para el cielo.

¿Pero quien formará en nosotros este gemido de paloma sino es la Paloma misma, quiero decir, el Espíritu Santo, que en tal figura baxó sobre Jesu-christo, para enseñarnos, que una de las principales funciones del Espíritu de Dios, es formar en el corazon de los hom-

hombres este gemido, para orar en nosotros, para pedir en nosotros con gemidos inefables, y para enseñarnos á decir de veras aquella Oracion del *Padre nuestro*, que Jesu-christo mismo nos ha puesto en la boca. Porque á la verdad, ¿qué otra cosa es la Oracion del Señor sino el gemido de un corazon, que separandose de la tierra como del lugar de su destierro, se eleva ácia su Padre y ácia su celestial Patria, que es el lugar de su santificacion consumada, y de su entera consagracion á Dios mediante la adopcion perfecta, de su establecimiento eterno mediante el de su Reyno, de su perfecta sumision á la voluntad de Dios mediante la plenitud de la Caridad; el lugar de la

la bienaventurada vida, donde su corazon debe vivir de Dios mismo, alimentándose con el Pan eterno de su Verdad y de Jesuchristo, sin velo y descubiertamente; de su entera libertad, mediante el estar ya libre de todo pecado, de toda tentacion, de todo enemigo, y de toda miseria.

Sobre todo, la última petición por la qual deseamos ser libres de todo mal, nos advierte, dice San Agustín, que todavía no gozamos aquel bien, que no será mezclado de mal alguno. Y esta petición se extiende á tanto, que el Christiano, en qualquier estado que se halle, no gime sino por esto, no derrama sino por esto las lágrimas de su corazon, por esto debe comenzar, con esto debe con-

continuar, y con esto debe terminar sus oraciones.

Por aqui pues debemos tambien comenzar la preparacion á la muerte; con esto la debemos continuar, hasta que lleguemos á aquella Fuente de vida, cuyo deseo ha de encender en nosotros una sed ardiente, mientras que en esta vida vivimos en la esperanza, y mientras que lo que esperamos no se nos muestra sino baxo el velo de la Fe. Pongámonos interin llega esta dicha, baxo las alas de Aquel á quien estan presentes todos nuestros deseos, y consolémonos con la esperanza de ser un dia inundados y saciados con la abundancia de su Casa, y en el torrente de su alegría y de sus delicias. Porque en Vos solo ¡ó Dios

Dios mio! está la fuente de la vida, y en vuestra luz se nos manifestará la verdadera luz.

Volviendome yo entretanto á su Magestad Divina, le ruego encarecidamente se digne bendecir esta Obrita, para que sea provechosa á alguno de sus hijos. Le pido, que abra el corazon de los que la leyeren, para que reciban las instrucciones y doctrinas que contiene, no como palabras de hombre (a), sino como sacadas de la Palabra de Dios y de la doctrina de los Santos Padres, principalmente del Gran Doctor de la Iglesia San Agustin: le suplico, que conceda á todos la gracia de practicarlas, para llegar á la posesion del Rey.

(a) 1. Thess. 2. 13.

Reyno de los Cielos, de aquel Reyno felicisimo, cuyo Supremo Rey nos ha enseñado á pedirlo diariamente, diciendo:

Venga á nos tu Reyno.

Asi sea.

Exámen, Humillacion, Penitencia y Rosario.

*Non nobis, Domine, non nobis,
sed Nomini tuo da gloriam.*

Psalm. 113.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.



INDICE
DE LAS MEDITACIONES
y Virtudes que se proponen
en esta Obrita.

- Meditacion para el primer dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como criatura de
Dios, que es su vida, su re-
poso, y su felicidad eter-
na.* Pag. 1.
- I. Virtud. *El Espiritu de Re-
ligion.* Pag. 17.
- II. Virtud. *El agradecimiento
á los beneficios.* Pag. 20.
- Meditacion para el segundo
dia. *Ha de desear la muerte
el Christiano, como hijo de
Dios por el Bautismo, para
ser perfectamente santifica-
do en Dios en la eterni-
dad.* Pag. 26.
- I. Vir-

- I. Virtud. *La Fé.* Pag. 36.
- II. Virtud. *El Espiritu de sa-
crificio.* Pag. 39.
- Meditacion para el tercer dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como miembro de
Jesus christo, para completar
su Cuerpo místico.* Pag. 43.
- I. Virtud. *La Esperanza.* P. 60.
- II. Virtud. *La Devocion á N.
Señor Jesus christo.* Pag. 64.
- Meditacion para el quarto dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como discipulo
de Dios, para aprender á
amarlo perfectamente y con
todo su corazon.* Pag. 68.
- I. Virtud. *El Amor de Dios.* 78.
- II. Virtud. *La Fidelidad.* 84.
- Meditacion para el quinto dia.
*Ha de desear la muerte el
Christiano como imagen de
Dios, para alimentarse del
Pan*

Pan de la Verdad eterna. 88.

I. Virtud. *El Deseo de ver á Dios.* Pag. 100.

II. Virtud. *La Pureza de corazón.* Pag. 104.

Meditacion para el sexto dia.

Ha de desear la muerte el Christiano como pecador, para satisfacer plenamente á la Justicia de Dios, y recibir la perfecta remision de sus pecados. Pag. 109.

I. Virtud. *El Espfritu de penitencia.* Pag. 126.

II. Virtud. *La Humildad.* 131.

Meditacion para el séptimo dia.

Ha de desear la muerte el Christiano como hijo de Adan, para no ofender ya mas á Dios. Pag. 137.

I. Virtud. *El odio al pecado.* Pag. 159.

II. Virtud. *La Vigilancia.* 162.
Me-

Meditacion para el octavo y último dia. *Ha de desear la muerte el Christiano por amor de la Patria celestial, como forastero sobre la tierra, y ciudadano del cielo.* 167.

I. Virtud. *La oposicion al mundo presente.* Pag. 189.

II. Virtud. *El Gemido del corazón.* Recapitulacion de toda esta Obrita. Pag. 196.

REGI. SAECULORUM
IMMORTALI. ET. INVISIBILI
SOLI. DEO. HONOR. ET. GLORIA
IN. SAECULA. SAECULORUM
AMEN.

APEN-

APENDICE,
QUE CONTIENE
UNA ORACION
DEVOTISIMA
SOBRE LA PASION
DE
N. S. JESUCHRISTO,
Y UNA INSTRUCCION

PRACTICA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SOBRE LA CONFESION[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Y SAGRADA COMUNION.



PROLOGO.

TODA la felicidad del Cristiano en este mundo consiste en gozar del fruto de la Redencion de Jesuchristo, y en adquirir mediante la aplicacion de sus méritos su gracia, y aquella interior santidad y justicia que es necesaria para conseguir la vida eterna. Los méritos de Jesuchristo se nos aplican, entre otras cosas, en un modo particular, con la meditacion de su sagrada Pasion y Muerte, por medio de los santos Sacramentos, y especialmente por el de la Penitencia y Eucaristia. Se ha juzgado por tanto hacer una cosa agradable y provechosa á los fieles, subministrándoles en este Apéndice, 1. Una devotísima

ma Oración sobre la Pasion de nuestro Señor Jesuchristo, la qual puede servirles de Puntos de Meditacion para exercitarse en varias y utilísimas Consideraciones: 2. Una Instrucción práctica para la Confesion, en que se explica claramente quanto conduce al santo Sacramento de la Penitencia: 3. Otra para la sagrada Comunión: medios eficacísimos para vivir bien, morir santamente, y conseguir la Bienaventuranza, que es el objeto á que se dirigen todos los augustos misterios y exercicios de la Religion Christiana, y al que deben mirar los que quieren prepararse para una buena muerte,

ORA-

(1)

ORACION

Sobre la Pasion de nuestro Señor Jesuchristo, que puede servir de Puntos para la Meditacion.

I YO os adoro y doy gracias, dulcísimo JESUS; por la oracion que postrado en tierra hicisteis á vuestro Eterno Padre, sujetandoos en todo y por todo á su voluntad; y por el sudor de sangre que en ella derramasteis por mi salud. Haced, Señor, que siguiendo vuestro exemplo, en todas mis tribulaciones y adversidades recurra á vuestra piedad con la oracion, y venza la repugnancia de la naturaleza al padecer, con resignarme plenamente en vuestra santísima voluntad.

2.

(2)

2. Yo os adoro y doy gracias, ¡ó mi JESUS! porque por amor mio permitisteis ser entregado por el traydor Judas, preso y atado como un malhechor por gente armada; y os entregasteis en manos de vuestros enemigos como un manso Cordero. Haced, Señor, que á vuestro exemplo y por vuestro amor, soporte yo con mansedumbre todos los ultrajes y trayciones, sin quejarme ni murmurar de la malicia de los hombres, los quales no pueden hacerme mal alguno sin orden y permission vuestra.

3. Yo os adoro y doy gracias, ¡ó mi buen JESUS, Rey del cielo y de la tierra! porque estando ante Anás y ante el soberbio Cayfás, fuisteis, como un hombre vil y despreciable,

mo-

(3)

mosado, abofeteado, escarnecido y condenado, y no abristeis vuestra divina boca para defenderos; sino que por el contrario con silencio y admirable paciencia lo sufristeis todo por amor mio. Mortificad, Señor, en mí, como os lo ruego, el ímpetu de la ira y de la cólera, y quitad de mi corazón todo rencor y deseo de venganza, para que siendo yo injuriado y maltratado, todo lo soporte con paciencia por amor vuestro, y haga bien á los que me hacen mal, como me habeis mandado que lo haga.

4. Yo os adoro y doy gracias, Dulcísimo JESUS, porque siendo presentado á Pilatos, oísteis con rostro sereno las acusaciones, las calumnias

B*

y

(4)

y los oprobrios de que os cargaron los Escribas y Fariseos. Concededme, Señor, que no me altere yo por las murmuraciones, calumnias é infamias que contra mí opongán mis desafectos y mal querientes; sino que á imitacion vuestra, las sufra con paz y con mérito. Confortad con vuestra gracia mi flaqueza, y dadme una verdadera humildad, para que no solamente no desee yo el ser alabado; pero que ni aun tema ser reprendido, y procure solamente agradar á Vos, que sois mi único bien y mi Salvador.

5. Yo os adoro y doy gracias, Piadoso JESUS mio, por que siendo preguntado sobre muchas cosas por Herodes, y acusado por los Sacerdotes y
Fa-

(5)

Fariseos, no quisisteis sin embargo responder jamas cosa alguna, sino que guardasteis un profundo silencio, no desdenandoos de ser tratado como un mentecato. Refrenad, Señor, como os ruego, mi lengua, para que jamas se deslize á hablar cosas vanas, y mucho menos indecentes y deshonestas; y haced que yo aborrezca el vicio de la murmuracion, y que antes bien me guste el oír y hablar bien de todos.

6. Yo os adoro y doy gracias, ¡ó mi JESUS! porque habiendo sido puesto al cotejo con el infame y sedicioso ladrón Barrabás, permitisteis ser juzgado peor que él, y mas indigno de vivir, y que quedase libre el homicida, y Vos autor
de

(6)

de la vida, y Dios de la Magestad condenado á muerte. Imprimid, Señor, como os ruego, en mi corazon, el desprecio de los vanos juicios del mundo, y hacedme superior á todos los respetos humanos: libradme de las sospechas y juicios temerarios, y haced que no anteponga yo jamas cosa alguna á Vos, Rey de la Gloria, y que lo repunte todo como lodo y basura en comparacion de Vos, y de vuestra gracia.

7. Yo os adoro y doy gracias, JESUS Dulcísimo, porque consentisteis ser despojado de vuestras vestiduras, y azotado cruelmente, como un vil esclavo, y que vuestras carnes inocentes y virginales fuesen rasgadas á la fuerza de los

(7)

los azotes, para satisfacer por mis sensualidades é incontinencias. Haced, Señor, que mortifique yo mi carne rebelde con ayunos y penitencias, y que con sumision reciba de vuestra mano los azotes de los trabajos y enfermedades que me embiareis para provecho de mi alma.

8. Yo os adoro y doy gracias, amorosísimo JESUS, por el vituperio y deshonor que quisiste sufrir por amor mio en la dolorosa Coronacion de espinas, por las bofetadas y salivas que recibisteis de la mas vil canalla en vuestro bellissimo Rostro, en quien desean los Angeles mirarse. Quitad, ¡ó Señor! de mi cabeza todos los pensamientos de soberbia, de liviandad, de envidia, y de qual-

(8)

qualquier otro vicio; y con una de aquellas agudas espinas que traspasaron vuestra sacratísima Cabeza traspasad la mía, de manera, que mis pensamientos sean castos, esten siempre llenos de caridad, y de todas las virtudes que os agradan.

9. Yo os adoro y doy gracias, JESUS Salvador mio, porque aceptasteis con sumision y caridad infinita la sentencia ignominiosa de Cruz debida á mis pecados, y os sujetasteis de buena gana por mi amor á llevar sobre vuestros ombros el pesado leño de la Cruz. Conceded me, Señor, que por amor vuestro y con devoto corazón abraze y lleve yo la cruz de mi estado; y que negandome á mi mismo y á mis pasiones, siga fiel-

(9)

fielmente hasta el fin vuestros pasos y exemplos, para llegar á la eterna gloria, que habeis merecido y prometido á los amantes de vuestra Cruz.

10. Yo os adoro y doy gracias, Dulcísimo JESUS, porque llegado al monte Calvario, cansado y sediento, no recibisteis otro confortativo que el de una bebida mezclada con amarguísima hiel. Apagad, Señor, en mí con esta hiel la voracidad de la gula, y todo deseo de placer mundano; concededme la virtud de la Templanza y el don de la mortificacion en la comida y bebida, como en todas las demas cosas, para que no consienta yo jamas en alguna delicia y delicadeza que ofendan á vuestra Magestad.

(10)

11. Yo os adoro y doy gracias, ¡oh bendito JESUS! porque os dexasteis despojar de viles sayones, y sufristeis por mi amor la ignominia de comparecer desnudo en vuestra sagrada y virginal carne en presencia de una gran multitud de pueblo. Despojadme tambien, os suplico, del hombre viejo con todas sus malas obras, y vestidme del hombre nuevo, criado á vuestra imagen en justicia y en la santidad, y concededme la gracia de vencer todo rubor y vergüenza que pueda impedirme y apartarme de vuestro divino servicio.

12. Yo os adoro y doy gracias, Pacientísimo JESUS mio, porque por mi amor, y por mis pecados quisisteis ser
cla-

(11)

clavado en un infame madero, y con admirable obediencia estendisteis vuestras sagradas Manos y vuestros sagrados Pies para que fuesen traspasados con durisimos clavos. Clavado, Señor, en ese mismo leño todos mis miembros, todos mis sentimientos y afectos, y hacedme en todo obediente á vuestros santos mandamientos, por mas duros y dificiles que parezcan á mi amor propio, y no permitais que en lo venidero sea yo ingrato á tanto amor y á tantos beneficios.

13. Yo os adoro y doy gracias, JESUS Dulcísimo, porque por amor mio y por mis pecados estuvisteis por el espacio de tres horas pendiente en la Cruz en medio de dos ladrones, derramando copiosa
San-

Sangre, y sufriendo cruellísimos dolores en todos los miembros de vuestro sacratísimo Cuerpo, y amarguísimas agonias en lo interior de vuestra Alma Santísima. Dignaos, Señor, de lavar mis inmundicias con la Sangre preciosa que por mi remedio corre en tanta abundancia por vuestras Llagas. Una sola gota de ella basta, y sobreabundante, para limpiar mi alma de qualquier mancha, y para borrar todos mis pecados y los de todo el Mundo. Yo ofrezco, Señor, toda esa preciosísima Sangre, y esos tormentos á vuestro divino Padre en satisfacción plenísima de mis iniquidades; y espero por su virtud ser purificado, santificado y salvo por toda la eternidad.

14. Yo os adoro y doy gracias, ¡ó Amable JESUS! porque sobre la Cruz implorasteis de vuestro divino Padre perdón y misericordia para los iníquos verdugos que os crucificaron, en el acto mismo que os insultaban y ultrajaban con bur-las y blasfemias. Haced, Señor, que reyne en mi corazón la caridad para con todos, y que de buena gana obedezca á vuestro precepto de amar aún á aquellos que me aborrecen, y de retornar bien por mal. Vuestro exemplo me anime, y vuestra gracia me conforte para perdonar de corazón á todos mis enemigos y malhechores, y para rogar por ellos; para que con ellos useis de aquella piedad y misericordia, que para mí mismo desco.

15. Yo os adoro y doy gracias, JESUS mio Dulcísimo, Soberano Amante del género humano, porque sobre el altar de la Cruz consumasteis el gran Sacrificio de vuestra vida divina, inclinando la Cabeza, y entregando el Espíritu en manos de vuestro Eterno Padre, y completasteis perfectamente la grande obra de la Redención, por la qual quedó aplacada la ira divina, y reconciliado el hombre con Dios. Hacedme, Señor, participante del fruto de tan copiosa redención, y lavad mi alma con aquella Sangre y Agua que salieron de vuestro Costado abierto con la lanza. Llenad mi corazón de vuestro santo amor, de modo que ni la prosperidad, ni la adversidad, ni la

la vida, ni la muerte, ni criatura alguna me separe jamas de Vos, sumo y único Bien mio. Haced que yo muera al pecado y á todas las vanidades del mundo, y que viva solamente para Vos, y persevere hasta el fin en vuestro servicio, en la obediencia de vuestros mandamientos, y en la fiel imitacion de vuestros exemplos; y que de este modo consiga la gracia de una buena y santa muerte, la qual con tanta piedad concedisteis al penitente Ladron diciendole: *Hoy serás conmigo en el Paraíso.* Ah! amable Salvador mio! Hacedle oír tambien á mi alma una voz semejante en aquel último tremendo paso de la muerte, de manera, que pueda yo, como espero en

C* vues-

vuestra misericordia y en vuestros infinitos merecimientos, subir al Cielo, para amar, alabar y bendecir eternamente á Vos, que sois mi Redentor, mi Bien, mi Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reynas por los siglos de los siglos. Amén.

INSTRUCCION PRACTICA para la Confesion.

EL Sacramento de la Penitencia ha sido instituido por Jesuchristo para borrar con su preciosa Sangre los pecados cometidos despues del Bautismo. Si los pecados son mortales, este Sacramento es necesario para recobrar la gracia de Dios. Si los pecados son veniales, aunque no sea ne-
cesaria-

cesario, pudiendose obtener el perdón de ellos con la contrición, y con el exercicio de las obras buenas, con las limosnas, con los ayunos, con la Oracion del Padre nuestro rezada devotamente &c; es sin embargo muy util y provechoso á los que lo freqüentan; y esta es la práctica comun de los fieles. El efecto de este Sacramento de perdonar los pecados, es infalible, porque se apoya en las promesas infalibles de Dios, y en los méritos infinitos de Jesuchristo; pero esto se entiendo, quando se reciba con las debidas disposiciones, las quales son: la Contrición del corazon, la Confesion de la boca, y la Satisfaccion.

Estas disposiciones, para mayor claridad, suelen dividirse

se en cinco partes, y son: Exámen de la conciencia, Dolor de haber ofendido á Dios, Propósito de nunca jamas ofenderlo, Confesion de los pecados al Sacerdote, y Satisfaccion. Pero no hemos de imaginarnos, que nosotros podemos por nosotros mismos y con nuestras fuerzas tener estas disposiciones; es de fé, que no podemos por nosotros mismos concebir un buen pensamiento, ni arrepentirnos como se debe de nuestros pecados, ni satisfacer á la Justicia de Dios; sino que todo lo debemos esperar de la gracia de Dios, y pedirlo con humildad y confianza á la divina Misericordia por los méritos de Jesuchristo nuestro Salvador.

De aqui se conoce quan gran-

grande es el engaño de aquellos que pecan desenfrenadamente fiados en decir: *ai despues me confesaré*; como si de ellos dependiese, y no de la gratuita misericordia del Señor, el que se confiesen en la manera que se debe, para obtener el perdon. Por tanto, ante todas cosas es necesario recurrir á Dios, y pedirle confervor, que se digne concedernos las necesarias disposiciones para acercarnos dignamente á este Sacramento; y para este fin puede rezarse la Oracion que se pondrá despues de esta Instruccion; pero advirtiendo, que asi ésta, como qualquier otra, se ha de rezar devotamente, mas con los afectos del corazón, que con el sonido de la lengua y sin atender á lo que se reza. DEL

(20)
*DEL EXAMEN DE LA
Conciencia.*

EL Exámen de la conciencia consiste en inquirir con diligencia, pero sin escrúpulo y demasiada fatiga, los pecados cometidos en pensamientos, palabras, obras y omisiones contra los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, y contra las obligaciones del propio estado; acerca de las quales es necesario poner particular atención, é informarse bien de ellas, porque no raras veces se suele faltar á esto. Será tambien muy útil exáminarse sobre la pasión ó pasiones que nos predominan, y sobre los pecados capitales, que son la Soberbia, Avaricia, Luxuria, Envidia &c. Y porq̄ de tan envenenado origen

(21)
origen suelen derivarse los pecados que se cometen, conviene mucho inquirir, solicitar y pedir al Confesor los remedios y los medios oportunos para secar estas fuentes fatales y funestas, si es que tenemos un deseo verdadero de sanar de nuestras espirituales enfermedades. Acerca de los pecados mortales, es necesario examinar la especie y el número, en quanto sea posible, porque hay obligacion de confesar esto, como tambien las circunstancias que agravan notablemente la deformidad y malicia del pecado. De los pecados veniales, como que no hay obligacion de confesarlos, bastará el exáminarse especialmente de aquellos que hacen mas peso en la conciencia, que son

son mas advertidos y deliberados, y que mayormente impiden el aprovechamiento espiritual. El que se confiesa con frecuencia, y hace todos los días el Exámen de su conciencia, poco tiempo deberá emplar en el Exámen, y mayor á proporcion el que se confiesa raras veces, y tiene poco cuidado de su alma.

DEL DOLOR.

EL dolor de haber ofendido á Dios, es la parte mas esencial de la Penitencia, y la mas importante, de tal manera, que por su falta sucede muchas veces el ser inútiles las confesiones, malas y sacrilegas. Para concebir un verdadero dolor y una contrición verda-

verdadera de los pecados cometidos, es necesario considerar atentamente, quan gran mal sea la ofensa de Dios, en comparacion de la qual son nada todos los otros males.

El que peca comete la mas injusta accion, y la mas negra ingratitud que pueda imaginarse: qual es, el que una miserable criatura, y un vil gusano de la tierra desobedece los mandamientos de un Dios Omnipotente.

Ofende á Dios, que es un Bien sumo é infinito, que merece un infinito amor, respeto y obediencia.

Ofende á una Soberana Magestad, al Señor del Cielo y de la Tierra, que está siempre presente á nuestras acciones, que ve, y penetra los mas secre-

secretos escondrijos de nuestro corazon.

Ofende á su Criador, de quien ha recibido el ser, á su Conservador y Benefactor, que cada momento lo conserva y lo llena de innumerables beneficios.

Ofende á su Redentor y Salvador, el qual por amor nuestro y por nuestra salud ha dado la Sangre y la vida sobre un infame patibulo.

Ofende por último á su Padre celestial; y por un bien raro, por un miserable desahogo de alguna pasion, y por una vil criatura, no teme desagrado y darle disgusto.

A mas de eso, el pecado, si es mortal, despoja al Christiano de la gracia y amistad de Dios, que es el único Bien digno

de desearse, y que vale mas que todo el mundo: lo priva del derecho á la herencia inestimable del Cielo; lo hace esclavo del demonio, y reo de las eternas é incomprehensibles penas del infierno.

Y si el pecado es venial, aunque no acarree tantos daños y desventuras á quien lo comete; pero es el mayor mal que pueda sucederle á la criatura, despues del pecado mortal; porque resfria el fervor de la Caridad; expone al Christiano á peligro de caer en culpas mortales, y lo sujeta á graves castigos temporales, ó en esta vida, ó en las penas del Purgatorio.

Estos motivos, si bien se consideran, son bastantes, con el auxilio divino, á excitar en
noso-

nosotros un verdadero interno dolor, y una contrición de corazón de los pecados cometidos. Digo, *interna y de corazón*, porque no consiste la contrición en fórmulas y expresiones de palabras, ni menos en pensamientos de la mente, sino en la voluntad verdaderamente penetrada por el disgusto de la ofensa hecha á Dios. El Santo Rey David, con decir solamente: *He pecado contra el Señor*; el Publicano, con herirse el pecho diciendo: *Tened, ó Dios, piedad de mí pecador*; la Pecadora del Evangelio, sin hablar palabra, con solas las lágrimas acompañadas de los gemidos del corazón, tuvieron una contrición perfecta, y obtuvieron de Dios el perdón de sus pecados.

DEL

DEL PROPOSITO.

SI el dolor de los pecados es real y sincero, trae consigo por consiguiente el propósito de no ofender mas á Dios. Este tal propósito debe ser firme, estable y eficaz. *Firme y estable*, de manera que esté uno resuelto á mas bien perderlo todo, y la vida misma, y á sufrir qualquier mal, antes que consentir jamas en un solo pecado mortal. *Eficaz*, para poner por obra los medios necesarios para no caer en ellos: y estos medios son, huir con todo cuidado las ocasiones peligrosas, y especialmente aquellas que han sido incentivo al pecado; mortificar las propias pasiones, y principalmente aquella que

D*

pre-

predomina, con hacer actos virtuosos contrarios á ella; atender á los ejercicios espirituales, de la Oracion, de la palabra de Dios leida en los libros espirituales, ó oida en los mismos libros, ó Sermones; de la frecuencia de Sacramentos &c.; pasar una vida seria y recogida, en quanto sea compatible con las obligaciones del propio estado; en suma, hacer una vida verdaderamente christiana, y digna de un hijo adoptivo de Dios, de un discípulo del Crucificado, y de un heredero del Paraíso.

Este propósito, por lo que mira á los pecados mortales, debe ser universal, esto es, debe estenderse á toda suerte de pecados graves; pero en quan-

quanto á los pecados veniales, no es necesario que los comprehenda á todos. Porque no siendo dable evitar todos los pecados veniales, y teniendo todos los dias necesidad de decir en la Oracion Dominical: *Perdónanos nuestras deudas*, porque, como ya diximos en la Obrita con S. Agustín, todos los dias cometemos alguno; basta que el propósito caiga sobre alguno de dichos pecados veniales, y especialmente sobre los que son mas advertidos y deliberados, con una firme resolucion de enmendarnos, en quanto es posible á nuestra flaqueza, y de mortificar aquella passion que suele ser la principal causa de ellos.

(30)
DE LA CONFESION.

LA confesion de los pecados que se hace con el Confesor, debe ser entera, humilde y sincera. *Entera*, no dexando sin confesar pecado alguno mortal ó por negligencia, ó por vergüenza; porque de lo contrario, en vez de recibir un Sacramento, se cometeria un nuevo pecado de sacrilegio. *Humilde*, acusandose de los propios pecados, no como quien cuenta una historia, sino con sentimiento de humillacion y de dolor al Ministro aprobado por la Iglesia, que hace las veces de Dios; y estando prontos á executar quanto por nuestro bien nos sugiera, y á sufrir con sumision y sin resentimiento la dilacion

(31)
lacion de la absolucion, en caso que el Confesor la juzgase oportuna. Y finalmente *sincera*, manifestando con sencillez y sin excusas ó doblezes los propios yerros al Sacerdote, advirtiendo no añadir ni disminuir; y sin echar la culpa á otros, ni mezclar cuentos impertinentes, inútiles y superfluos.

DE LA SATISFACCION.

EL pecado, dice San Agustin, no puede quedar sin castigo; y el orden de la Justicia de Dios exige, ó que el pecador por si mismo lo castigue en esta vida, ó que sufra en la otra los terribles castigos de la divina Justicia. Por tanto, es necesario que la persona esté

esté dispuesta y resuelta á satisfacer á Dios con obras penales, proporcionadas á la gravedad de sus pecados: y el Sacrosanto Concilio de Trento reprehende severamente á aquellos Confesores indulgentes, que por gravísimos pecados imponen ligerísimas penitencias. Por tanto, conviene aceptar con sumisión la penitencia que el Confesor impone. A mas de que, como esta por lo comun suele ser muy inferior á la que merecen nuestros pecados, y á la que otras veces por muchos siglos la Iglesia prescribia á los penitentes: asi tambien será cosa muy util y provechosa añadirle por si cada uno, con dictamen del Confesor, otras obras penitenciales voluntarias, las
 quales

quales servirán no solamente para satisfacer por los pecados cometidos, sino tambien de medicina á nuestras almas para establecerlas mas y mas en los santos propósitos de vivir bien, y en el santo temor de Dios.

Las obras penitenciales se reducen cómodamente á tres clases, esto es, *al ayuno*, el qual comprehende todas las austeridades corporales, y las mortificaciones de los sentidos y de la carne, que son muy útiles, especialmente á aquellos que han cometido pecados sensuales: á *la limosna*, la qual abraza todas las obras de misericordia, asi espiritual como corporal, que son muy provechosas, especialmente para quien está dominado del interés

rés y de la avaricia; y finalmente á la oracion, en la que se contiene la meditacion, la leccion espiritual, el oír la palabra de Dios, asistir al santo Sacrificio de la Misa, y los otros ejercicios de piedad christiana, que son de gran provecho á todos, y especialmente á aquellos que estan dominados de la soberbia.

S. Gregorio Magno enseña (y ya queda notado en la Obrita), que los que han gustado de placeres ilícitos y prohibidos por la ley de Dios, se abstengan con espíritu de penitencia de los placeres aún ilícitos y permitidos. A más de esto, las enfermedades, las tribulaciones, las calumnias, las incomodidades, y todos los otros siniestros accidentes de la

la vida, soportados con paciencia y con resignacion, aprovechan maravillosamente para satisfacer á la Justicia de Dios por las culpas cometidas.

Finalmente, despues de la Confesion conviene dar humildes gracias al Señor por el gran beneficio que se ha recibido de su Misericordia con admitirnos á este Sacramento, que es un baño saludable de la Sangre preciosa de Jesuchristo para lavar y purificar nuestras almas de las manchas del pecado.

SEÑALES

de una buena Confesion.

CONFESARSE bien, si se trata de pecados mortales, no quiere decir otra cosa, sino

con-

convertirse de verdadero corazón á Dios, y mudar de vida. *La tristeza, que es segun Dios, dice el Apóstol, obra una estable penitencia.* La estabilidad pues en los buenos propósitos, y la constancia en la gracia de Dios, son el carácter y señal de una buena confesión, y de una verdadera penitencia; como por el contrario, la inestabilidad, la inconstancia, y las frecuentes recaídas en los pecados mortales, suelen ser indicio de falsa penitencia.

El amor de Dios, añade S. Agustín, y el odio al pecado, hacen cierta la penitencia, con aquella moral certidumbre que se puede tener en esta vida. Y hé aquí el otro carácter ó señal de una buena confesión, esto es, el amar á Dios como

como sumo Bien, prefiriéndolo á todas las cosas; y el aborrecer toda suerte de pecado grave como sumo mal, huyendo las ocasiones y peligros de caer en él.

Por último, el que ha hecho una buena Confesión con las debidas disposiciones, recobrando la gracia justificante, y la caridad habitual, que habia perdido pecando mortalmente, viene á quedar hijo de Dios, miembro vivo de Jesuchristo, templo del Espíritu Santo, y heredero del Paraíso, como enseña en muchos lugares el Apóstol S. Pablo. Examine pues cada uno su conciencia, y vea si habita en su corazón la Caridad, esto es, el amor de Dios, y del próximo; y si sus sentimientos, y sus

sus costumbres despues de la Confesion sean dignos de un hijo de Dios, de un miembro, y discípulo de Jesuchristo, y de uno que es templo vivo del Espiritu Santo, y heredero de la Gloria celestial: y entonces su misma conciencia, como añade el mismo Apostol, le dará testimonio de poseer la gracia y amistad de Dios, y por consiguiente de haber hecho una buena y santa Confesion.

Pero si se trata de aquellas personas devotas que se confiesan freciientemente de pecados ligeros, y veniales, por el fruto que sacan de sus confesiones, se podrá facilmente deducir si estén bien hechas, y si se llegan al Sacramento de la Penitencia con las debidas dis-

disposiciones. El fruto de las freciuentes Confesiones, es enmendarse poco á poco de sus defectos; atender seriamente á la mortificacion de las propias pasiones, y en especial de la dominante; cumplir fielmente con las obligaciones de su estado, y crecer mas y mas en el conocimiento de sí mismo, en la humildad, y en las otras virtudes christianas: de lo contrario, habria razon para temer que sus Confesiones fuesen, no digo ya sacrilegas (quando sean hechas con buena fè, y con sencillez christiana); pero de poco ó ningun provecho para sus almas, como hechas tal vez sin el conveniente dolor y propósito. Para evitar este peligro, es buen consejo acusarse de al-

E*

guno

guno de los pecados mas graves de la vida pasada ya otra vez confesados, procurando tener nuevo dolor de él y mayor aborrecimiento.

ORACION

para prepararse á la Confesion antes de hacer el Exámen de la conciencia.

Dios Omnipotente y Padre de las Misericordias, ante vuestra divina Magestad se postra una vil y miserable criatura, obra de vuestras manos, que prevenida por vuestra gracia, desea acercarse con la mayor preparacion posible al santo Sacramento de la Penitencia. Pero Vos, Señor, veis mi gran ceguedad y flaqueza, por las cuales sé y puedo

puedo pecar, pero no sé despues conocer mis pecados, ni los puedo detestar y arrepentirme de ellos, como es necesario, si Vos no iluminais mis tinieblas, y no socorreis mi miseria. Ilustrad, Dios mio, esta mi pobrecilla alma con un rayo de vuestra luz, para conocer mis maldades: dadme una contricion verdadera para dolerme de ellas, y confesarlas á vuestro Ministro: confortadme con vuestra gracia, para que haga frutos dignos de penitencia. Esto os suplico en nombre de vuestro Unigénito Hijo mi Señor Jesuchristo, y espero por sus infinitos méritos ser oido por vuestra gran misericordia. Amén. ®

(42)
ACTO DE CONTRICION
para antes de la Confesion.

Dios mio infinitamente bueno, que con tanta bondad habeis perdonado á los publicanos y pecadores, y no habeis jamas desechado á ningun pecador humillado y contrito: usad os ruego esta misma misericordia conmigo vilísimo pecador, que postrado ante tu divina presencia me arrepiento con todo mi corazon de haberos ofendido con mis pecados. Vos sois aquel Padre amoroso que recibió con los brazos abiertos al Hijo pródigo luego que humillado le pidió perdon de sus yerros: perdonad pues tambien á mí pecador miserable, que postrado á vuestros Pies detesto mis

(43)
mis culpas por amor vuestro, é imploro vuestra piedad y misericordia. Confieso que soy indigno de pe don, y que antes bien merezco los castigos de vuestra tremenda Justicia; pero lo espero únicamente de vuestra sola Bondad, que es infinitamente mayor que mi malicia. Confio en vuestra infalible palabra, con la qual me habeis asegurado, *que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva:* y sobre todo espero y confio en la Sangre preciosa de Jesu-christo mi Redentor, que se derramó por mí, y por mis pecados. En satisfaccion de todos ellos presentó esta Sangre, y los méritos de la Pasion y Muerte de mi Salvador, y en su nombre y por su amor os supli-

suplico me perdoneis, y me concedais gracia para amaros siempre, adoraros y glorificaros en el tiempo y en la eternidad. Asi sea.

Recurra tambien á MARIA Santissima, Refugio de pecadores, á su Santo Angel Custodio, y á los demas Santos de su devocion, suplicándoles le alcancen la gracia de hacer una buena Confesion.

ORACION

para despues de la Confesion.

OS doy gracias, Dios y Señor mio, por este gran beneficio que me habeis hecho de admitirme al santo Sacramento de la Penitencia, y de concederme el perdon de mis pecas-

dos, como lo espero de vuestra infinita misericordia. Aprobado, ¡ó Señor! en el Cielo la absolucion que he recibido de vuestro Ministro aqui en la tierra. Yo detesto nuevamente todas mis culpas, porque he ofendido á Vos mi sumo Bien, digno de ser infinitamente amado y obedecido. Renuevo en vuestra presencia aquellos santos propósitos que me habeis inspirado, y las promesas que he hecho de amaros siempre, y de guardar vuestra Santa Ley. Confirmad, Dios mio, con vuestra gracia estos propósitos y estas promesas, y defendedme de las tentaciones de mis enemigos. No mireis, os suplico, mi indignidad, sino mirad únicamente el Rostro de mi Salvador: mirad sus Liagas,

gas, y su preciosa Sangre deramada por mi salud. En su nombre, y por sus infinitos merecimientos, escuchad, Padre Clementisimo, mis voces, oid mis oraciones, santificad y salvad mi alma. Asi sea.

INSTRUCCION PRACTICA para la Comunion.

NO hay cosa en el mundo mas grande ni mas apetecible para un Christiano que el acercarse á recibir en la Comunion á su Dios y Salvador Jesuchristo, real y sustancialmente presente en el Sacramento de la Eucaristia. En este Augustisimo Sacramento se encuentran las verdaderas delicias y consuelos en la trabajosa peregrinacion de esta vida.

vida. En él se recibe fuerza y vigor para domar las pasiones rebeldes, para resistir á las tentaciones y vencerlas, como tambien para sufrir con paciencia las tribulaciones de esta vida miserable, y para correr por el camino de los santos mandamientos. Frequentando este adorable Sacramento, como enseña el Concilio Tridentino, se recibe con abundancia la aplicacion de los infinitos méritos de Jesuchristo, y un poderoso antidoto para quedar libres de las culpas cotidianas veniales, que por fragilidad, ó por sorpresa se cometen, y para ser preservados de caer en pecados mortales.

Asi como en medio del Paraiso terrenal habia colocad

do Dios el Arbol de la vida, y dádole á su fruto la virtud de reparar las fuerzas del cuerpo, y de conservar inmortal al hombre que lo comiese, si se hubiese mantenido inocente; así en el seno de su Iglesia ha puesto el Señor este celestial manjar de su Cuerpo y de su Sangre baxo las especies sacramentales, el qual, si se come como se debe, comunica al alma tanta fuerza y virtud, que puede conservar y aumentar siempre mas y mas la vida de la gracia, y adquirir finalmente la inmortalidad de la gloria. Y por esto el mismo Jesuchristo nos asegura en su Evangelio, que el que come dignamente su Cuerpo y bebe su Sangre, queda en él, y vivirá eternamente; como por el con-

contrario amenaza con una muerte eterna á aquellos que teniendo nausea de este divino alimento, se descuidan de comerlo, ó lo comen indignamente y en pecado mortal. Y aún el Apostol S. Pablo dice, que el que llega á cometer tan horrible exceso de comulgar indinamente y en desgracia de Dios, come su juicio y su condenacion, y se hace reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor, cometiendo un horrendo sacrilegio, semejante al que cometió el pérfido Judas.

Conviene por tanto, como añade el mismo Apostol, antes de acercarse á la Comunión probarse uno á sí mismo, y quando se conozca culpable de algun pecado grave, se debe purificar de toda mancha con una

una buena Confesion. El que se ha confesado de pecados mortales, especialmente externos, y contra la Castidad, absténgase algun tiempo de acercarse á la Comunión, por reverencia á tanto Sacramento, y para atender entretanto á purificar su alma con obras buenas y virtuosas, segun el consejo de un prudente Confesor. Ninguno ciertamente se atreveria á alojar en su casa á un gran Principe, sin haberla por muchos dias antes barrido y aderezado, si tuviese tiempo y comodidad para hacerlo. ¿Pues como se tendrá el atrevimiento de recibir al Rey de los Reyes, al Señor del Universo, al Dios de la pureza, en una alma donde estan humeando aún las inmundicias que el

el mismo dia, y tal vez pocos minutos antes, ha vomitado á los pies del Confesor?

Procúrese tambien purificar el alma de las culpas veniales, en quanto es posible á nuestra flaqueza, teniendo de ellas un verdadero desagrado, porque son contrarias á la santidad, y pureza infinita de aquel Dios que se ha de recibir en la Comunión. Es tambien muy bueno confesarse antes de ellas, si hay tiempo y comodidad de hacerlo. Y esto quiso enseñar el Señor, segun los Santos Padres, quando antes de la Institucion de este Sacramento, lavó los pies á sus Apóstoles. Esta limpieza de las culpas veniales y este desafecto á ellas, es tanto mas necesario, quanto mas se fre-

quenta este Sacramento, como enseña el Dulcísimo Director de las almas S. Francisco de Sales.

Esta pureza del alma y esta habitual limpieza del corazón, que consiste en el aborrecimiento de todo pecado, y en la conducta de una vida verdaderamente christiana y conforme á las maximas del Evangelio, es la mas importante y la mas esencial disposicion para llegarse fructuosamente á la Mesa Eucarística. Y tanto mayor debe ser esta habitual pureza de conciencia, quanto mas se frecuentare la Comunión. Pero adviértase, que en todo debe seguirse el dictamen del sabio y prudente Confesor, el qual en algunos tiempos y en ciertas ocasiones de

de tentaciones y peligros, puede facilmente permitir la frecuencia de la Comunión á algunas almas débiles y vacilantes, para sostenerlas y confortarlas con este celestial alimento para que no vuelvan atras en el camino de la devocion, y no se abandonen al mundo y á sus pasiones: de manera, que aunque no se vea en ellas sensiblemente todo aquel fruto que se desearia, y que es el efecto propio de este adorable Sacramento; sin embargo no es á veces pequeño fruto impedir la muerte espiritual, en que tal vez incurrian, y preservarlas de las caídas mortales. Porque, como observa el citado S. Francisco de Sales, la Eucaristia, no es menos el nutrimento de los fuer-

fuertes, que la medicina de los enfermos: y si en los primeros produce el aumento sensible de las virtudes y de la Caridad; obra en los segundos la preservacion de graves enfermedades, y tambien poco á poco é insensiblemente la curacion de sus enfermedades é imperfecciones espirituales.

*DE LA PREPARACION
para la Comunión.*

A La sobredicha disposicion habitual y remota de la pureza de conciencia, si se quiere sacar fruto de la frecuencia de esta sagrada Mesa, conviene añadir tambien la preparacion proxima, ó la preparacion actual, que preceda, acompañe y siga una accion tan

tan sacrosanta é importante. Esta preparacion proxima ó actual consiste en procurar, con la divina gracia, excitar en nuestro corazon una viva Fé, una firme Esperanza, una ardiente Caridad, y sentimientos profundos de adoracion, de humildad, de agradecimiento y otros afectos piadosos, que el Espiritu Santo (el qual inspira como quiere, y donde quiere), pondrá en el corazon de los fieles que se prepararen con diligencia para la sagrada Comunión. Y aunque no sea necesario usar de algunas fórmulas ú Oraciones particulares para expresar los piadosos afectos, porque Dios oye y agradece aun el solo lenguaje del corazon; sin embargo se añaden aqui algunas Ora-

Oraciones, que podran servir utilmente antes y despues de la Comunión á los que tengan de ello necesidad, con tal que no se rezen solamente con la boca por uso y costumbre, sino que se digan de corazon, y con los mas fervientes afectos del alma.

ORACIONES

para antes de la Comunión.

Mi amado JESUS, mi Dios: yo creo con firme y viva Fé, que en el Santisimo Sacramento que voy á recibir, recibiré vuestro Cuerpo glorioso y vuestra preciosa Sangre, vuestra alma y vuestra sacratissima Divinidad. Creo que en aquella Hostia consagrada recibiré aquel mismo Cuerpo que

que por obra del Espíritu Santo fue formado en el Vientre purísimo de MARIA Virgen, y aquella misma Sangre que fue derramada en la Pasion y Muerte de Cruz por mi remedio. Creo que recibiré aquella Alma santissima, rica de todos los tesoros de la Cienciay Sabiduria de Dios, y la Divinidad consustancial al Padre, y al Espíritu Santo. Creo que os recibiré á Vos, mi Criador, Conservador, Redentor, mi Juez, y el sumo y único Bien mio. Esto, y todo lo demas que me enseña la Fé, lo creo firmemente, porque por medio de la Iglesia me lo habeis revelado. Vos, eterna é infalible Verdad, á quien sujeto mi entendimiento y todo quanto soy. Confirmad, Señor, os suplico,

plico, y aumentad en mí la Fé, por la qual estoy pronto, con vuestra gracia, á dar mi vida, y derramar hasta la última gota de mi sangre.

Espero, Dios y Salvador mio, que pues te me dais todo en este adorable Sacramento, me concedereis tambien el perdón de mis pecados, vuestra santa gracia, y la eterna gloria del Paraiso celestial, de quien me dais ahora con este Sacramento la mas segura prenda. Confieso que nada merezco, porque soy un pecador ingrato; pero espero en vuestra Bondad y Misericordia Omnipotente; espero en los méritos infinitos de vuestra Pasion y Muerte, de los que os dignais hacerme participante en este inefable Sacramento,

que

que todo me lo concedereis, porque sois fiel en vuestras promesas. Concededme, Señor, como os lo suplico, una firme Esperanza; aumentad en mí una verdadera confianza, acompañada de las buenas obras, que propongo y confio hacer con vuestra divina gracia.

¡O Dios amante, ó Dios amable, ó Dios de amor! Yo querria amaros con todo mi corazon, con todo mi espíritu, con todas mis fuerzas, como Vos me lo mandais, y como yo estoy obligado á hacerlo. He amado demasiadamente los bienes viles y rateros de la tierra; he amado la vanidad; he entregado mi corazon á miserables criaturas; y he ofendido á Vos, Bondad suma é infinita. Detesto mis

mis

mis iniquidades, aborrezco de
 corazon mi locura é ingrati-
 tud. Dignaos, como os lo su-
 plico, concederme un corazon
 nuevo, y un espíritu recto; in-
 fundid en mi alma una ardien-
 te Caridad, por la qual os ame
 sobre todas las cosas, me su-
 jete enteramente á vuestra di-
 vina voluntad, y obedezca
 prontamente vuestra santa
 Ley, y por amor vuestro per-
 done de corazon todas las in-
 jurias y ofensas recibidas, y
 ame á todos mis próximos co-
 mo á mí mismo. Asi propongo
 firmemente, asi resuelvo ha-
 cerlo en lo venidero mediante
 vuestra divina gracia.

¡O Rey del Cielo y de la
 Tierra, que compareceis en
 este adorable Sacramento co-
 mo aniquilado por nuestro
 amor!

amor! Yo miserable criatura
 me aniquilo, me abato y me
 postro en tu presencia para
 adoraros profundísimamente,
 para serviros y obedeceros,
 porque Vos sois mi Señor y
 mi Dios.

¡O mi Divino JESUS, que
 te dignais venir á un misera-
 ble pecador, siendo Vos la
 Santidad misma! Yo me hu-
 millo en tu soberana presen-
 cia. *Retiraos, Señor, de mí,*
porque soy un pecador. Pero
 pues quereis venir á alojarnos
 en este indigno pecho, conce-
 dedme, os ruego, las virtudes
 necesarias para recibirnos dig-
 namente. Venid pues, ó Re-
 dentor mio! y confortadme
 con vuestra santa gracia. Ve-
 nid, ó mi amado JESUS! Ve-
 nid, ó fuego divino, que siem-
 pre

pre arde y que jamas se apaga! Encendedme en vuestro santo amor: dadme la virtud de la humildad: concededme un corazon agradecido á tantos y tan innumerables beneficios como os debo; coronad por último en mí vuestros dones, dandome aquel soberano y gratuito don de la perseverancia final, para amaros, alabaros y glorificaros por toda la eternidad. Asi sea.

Si el pensar jó mi JESUS, Soberano Señor de Cielo y Tierra! si el pensar en vuestra Magestad, en vuestra Santidad, en vuestra Justicia, es un motivo para retirarme de la Comunión Sacramental; la vista de las miserias, de las tinieblas, y de los defectos que en mí se hallan, me obliga á acer-

acercarme á ella, acordandome de vuestra Bondad y Misericordia. Yo debo acercarme á Vos, porque Vos solo sois la luz que pueda disipar mis tinieblas. Solo Vos sois la Justicia y la Santidad, capaces de santificarme. Vos mismo me convidáis amorosamente á acercarme á vuestra sagrada Mesa, por mas pecador que yo sea, con tal que aborrezca sinceramente mis pecados. Vos mismo me prometéis aliviar mis trabajos, y aligerar el peso de que estoy oprimido, y me amenazais por el contrario, de separarme eternamente de Vos, si yo me separare de recibirlos en este inefable Sacramento sin tener para ello motivo justo, sino por nausea, por desidia, negligencia y pereza de llegarme

á la Fuente viva de la gracia. Pues aqui estoy, JESUS mio Dulcísimo: recibidme benigno, pues yo protesto que aborrezco todas mis culpas por ser ofensas de vuestra infinita Bondad; y como el sediento Cervo desea las fuentes de las aguas, así yo deseo recibir en este Santísimo Sacramento, Fuente viva de aguas dulcísimas, donde hallará mi alma todo su refrigerio, su salud y su consuelo. Venid pues, mi Señor Jesus, venid, venid, venid.

ORACIONES

para despues de la Comunión.

O JESUS, mi amable Salvador y mi Dios! Yo os creo realmente presente en mi alma y en mi pecho en este adora-

rable Sacramento: creo que sois aquel mismo que me habeis criado á vuestra imagen y semejanza, que me habeis redimido con vuestra preciosa Sangre, y que al fin de la vida y de todos los siglos me habeis de juzgar.

Me humillo en el profundo abismo de mi nada y de mi miseria, y adoro vuestra altísima Divinidad; adoro vuestra sacratísima y dulcísima Humanidad; adoro vuestras santísimas Llagas, y la Sangre que de ellas derramasteis por mi remedio en vuestra Pasion y Muerte de Cruz.

Os reconozco por mi Supremo Señor, por mi primer principio y último fin, por mi sumo y único Bien: os amo por Vos mismo, os amo con todo mi

mi corazon, os amo sobre todas las cosas, y por amor vuestro, amo tambien á todos mis próximos como á mí mismo, en el modo que me habeis mandado que los ame.

Os doy las mas humildes y afectuosas gracias que sé y puedo daros por tantos y tan innumerables beneficios, que con vuestra Bondad infinita me habeis hecho; y especialmente por el gran beneficio de la Redencion, y por el inestimable beneficio de haberme dado á todo Vos en este Sacramento. Pido á todos los Espiritus celestiales y á todos los Santos, que por mí os alaben y os den gracias: me úno á ellos para alabaros, y con ellos os bendigo y os agradezco esta indecible fineza de vuestro amor, que

que habeis hecho á una criatura tan ingrata, tan vil y tan indigna.

Me arrepianto y me duelo con todo mi corazon por haberos tan mal correspondido, ofendiendoo tantas y tan innumerables veces. Detesto mis iniquidades é ingratas correspondencias; detesto y abomino mis pasiones, mis desordenados apetitos, y especialmente mi soberbia, origende todo mal; aborrezco aquella pasion que hasta ahora me ha dominado, y todo lo que en mí os desagrada.

Os ofrezco, mi Dios, todo quanto soy y todas mis cosas, y propongo amaros y obedeceros siempre, y resignarme en vuestra Divina Voluntad. Propongo especialmente apartar-

tarme de aquellas ocasiones que han sido tan funestas para mi alma, y que me han hecho caer en pecado. Confortad, ¡ó mi buen JESUS! mi flaqueza, socorred mis necesidades, y curad mis dolencias.

Ya, Señor, habeis hecho lo mas padeciendo y muriendo en una Cruz por librarne de la esclavitud del demonio; haced tambien lo menos, librandome de la esclavitud de mis pasiones y de mis perversos apetitos. Ya te me habeis dado á Vos mismo en este adorable Sacramento; pues dadme ahora vuestra gracia y los dones celestiales. Concededme una viva Fé, una firme Esperanza, una ardiente Caridad. Concededme una verdadera contricion de mis culpas, una
pro-

profunda humildad, y un sincero desprecio de mí mismo, del mundo, y de sus pompas y vanidades. Concededme una verdadera paciencia y mansedumbre, una perfecta obediencia y conformidad con vuestra voluntad santísima: Concededme la gracia de cumplir exáctamente con las obligaciones de mi estado, y todas las demas virtudes que me sean necesarias para servirlos.

Sobre todo concededme ¡ó JESUS Benignísimo! la perseverancia final en el bien (que es la corona de todos vuestros dones), dandome una buena muerte para que vaya á gozar por siempre, como lo espero de vuestra infinita Misericordia, el fruto de vuestra copiosa Redencion, y para que ala-
be

be eternamente á Vos mi Salvador, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reynas por los siglos de los siglos. Amén.

¿Qué os daré yo, Señor, por el incomparable favor que acabais de hacerme habiendome dado vuestro sacratísimo Cuerpo y Sangre en este Divino Sacramento? ¿Qué os daré por todos los otros beneficios que he recibido de vuestra liberal Mano? ¿Qué os ofreceré por tantas misericordias vuestras? ¡O quan mal os he correspondido, Liberalísimo y Piadosísimo Benefactor mio! Yo me postro humildemente á vuestros Pies, y os pido misericordia. Perdonadme, os ruego, y salvadme por vuestra infinita Clemencia. Perdon os pido,

do, Misericordiosísimo JESUS, de mi tibieza, de mi poca fé, de la negligencia que he tenido en acercarme á vuestra sagrada Mesa, de mi poca preparacion para recibirlos en este Sacramento de amor, de tantas Comuniones frias é imperfectas, de la poca atencion con que he asistido al santo Sacrificio de la Misa, del poco cuidado que he tenido en visitarlos en los sagrados Templos, y de tantas irreverencias como en ellos he cometido. Perdonadme, Señor, todo esto, y todas las demas culpas con que ingrato y desleal os he ofendido.

En satisfaccion de todas ellas, y en agradecimiento de vuestros beneficios, os ofrezco, Dulcísimo y Piadosísimo JESUS,

SUS, aquella inmensa Caridad, por la qual siendo Dios de infinita grandeza, os abastisteis hasta haceros Hombre por mi amor, y á vivir en este mundo treinta y tres años con tantos trabajos, persecuciones, contradicciones, cansancios y fatigas. Os ofrezco aquella agonia y sudor de Sangre que padecisteis en el Huerto: aquel ardiente deseo que tuvisteis de padecer, quando voluntariamente os entregasteis en las manos de vuestros enemigos: las injurias, blasfemias, bofetadas y salivas con todos los demas tormentos que en casa de Anás, Caifás y Herodes quisisteis padecer por mi remedio. Todo esto os ofrezco, y por estos vuestros méritos os pido perdón de mis pecados, que puri-

purifiqueis mi alma, y me lleveis á la vida eterna.

Os ofrezco tambien, mi JESUS Dulcísimo, aquella humildad y paciencia que tuvisteis, quando en el Pretorio de Pilatos fuisteis pospuesto á Barrabás, azotado y coronado de espinas; y para mayor escarnio fuisteis vestido de púrpura, y ultrajado con bofetadas y salivas en vuestro divino Rostro. Os ofrezco aquel cansancio, aquellos dolorosos pasos, y aquel gran peso de la Cruz que fue puesta sobre vuestros delicados ombros: aquella sed que os afligió, y aquella amarga bebida de hiel que os presentaron, con todas las demas penas que padecisteis con manso y humilde corazon. Todas estas cosas os las ofrez-

ofrezco con quantas grácias puedo daros; y por éstos vuestros infinitos méritos os pido el perdón de mis culpas, que purifiqueis mi alma, y me lleveis á la vida eterna.

Os ofrezco también ¡ó Pacientísimo JESUS! los acerbísimos dolores que sufristeis, quando fueron clavadas vuestras Manos y Pies en la Cruz; quando vuestra preciosa Sangre salia con abundancia de vuestras Llagas sacratísimas. Os ofrezco esta Sangre, de quien una sola gota basta para borrar los pecados de todo el mundo: os ofrezco aquella benignidad y mansedumbre con que soportasteis las contradicciones y vituperios de aquellos malvados, que meneando la cabeza os moñaban, mientras que

Vos

Vos orabais por ellos á vuestro Eterno Padre. Os ofrezco los gravísimos tormentos que padecisteis, quando abandonado y privado de todo consuelo, y crucificado en medio de dos ladrones, espirasteis sobre la Cruz, despues de haber con humildad y reverencia recomendado vuestro espíritu al Padre. Os ofrezco también aquella Sangre preciosa y aquella Agua saludable que salió de vuestro sagrado Costado, herido con la cruel lanza. Todas estas cosas os presento con las mayores grácias que pueda daros; y por éstos vuestros infinitos méritos os pido el perdón de mis maldades, que purifiqueis mi alma, y la lleveis á la vida eterna, donde con el Padre y el Espíritu Santo vi-

H^a

ves

ves y reynas por los siglos de los siglos. Amén.

¿Quien me concederá, Señor, que yo esté siempre unido con Vos, y que mi alma os goze, os desee y os ame únicamente, y que ninguna criatura me perturbe, ninguna me impida el aspirar á Vos, y entretenerme con Vos, como suele el amigo entretenerse con su amigo? Esto es lo que deseo, esto os pido, unirme perfectamente á Vos, apartar mi corazón de toda cosa criada, y aprender, mediante la sagrada Comunión, á gustar las cosas celestiales y eternas.

¡Ah Señor, y Dios mío!
¿Quando estaré con Vos unido y absorto en Vos, olvidandome totalmente de mí? Vos estais en mí, y yo estoy en Vos: haced

ced pues que esta felicissima union sea durable; y que yo pueda decir con vuestro Apostol: *Vivo yo, ya no yo; sino que Jesuchristo vive en mí.*

Verdaderamente Vos sois mi amado, mi Salvador y todo mi Bien, en quien mi alma se ha agrado habitar todos los dias de su vida. Verdaderamente Vos sois mi Rey pacifico, en quien se encuentra suma paz, y verdadero descanso y reposo, y fuera de quien no hay sino afan, dolor y miseria infinita. Verdaderamente Vos sois un Dios escondido, y no teneis comercio con los impios, sino que comunicais vuestros secretos á los humildes y sencillos.

¡O quan suave es vuestro espíritu, Señor, pues para demos-

mostrar vuestra ternura ácia los hijos, os dignais reforzarlos con el Pan suavísimo que haceis baxar del Cielo, y alimentarlos con vuestro mismo Cuerpo y Sangre preciosa! ¡O gracia inefable! ¡O maravillosa dignacion! ¡O amor inmenso de quien el hombre es singularmente favorecido!

Pero ¿qué daré yo en recompensa al Señor por tan señalada Caridad? No puedo hacer otro presente que sea mas agradable á mi Dios, que darle todo mi corazon, y unirlo á él intimamente. He aquí ¡ó Dios mio! que quanto hay en el Cielo y en la Tierra, todo es vuestro.

Yo deseo ofrecerós á mí mismo en oblation voluntaria, y ser perpetuamente todo vuestro:

tro: Señor, en la simplicidad de mi corazon os ofrezco á mí mismo, todo quanto soy, en siervo perpetuo, y en sacrificio de eterna alabanza. Aceptadme, Señor, en union del Sacrificio inefable y Sacramento adorable de vuestro Cuerpo y Sangre, de que me habeis hecho participante. Reyne siempre en mí vuestro amor y la obediencia á vuestros santos mandatos.

Os ofrezco todo el bien que he hecho, aunque tan escaso é imperfecto, y todo el que espero y propongo hacer con vuestra santa gracia, para que os digneis purificarlo y santificarlo, hacerlo agradable á vuestros ojos, y digno de ser presentado.

Os ofrezco tambien todos
- los

los buenos deseos de las personas devotas; las necesidades de mis parientes y allegados, de mis amigos y bienhechores, y de todos aquellos por quienes estoy obligado á pedirlos, para que todos prueben el socorro de vuestra gracia, y el alivio y consuelo en sus penas y necesidades.

Os ofrezco por último mis oraciones por todos aquellos que en alguna cosa me ofendieron ó contristaron, ó me han dado algun perjuicio y molestia, como tambien por todos aquellos á quienes yo en qualquier modo he conturbado, molestado ó escandalizado, para que nos perdónéis igualmente nuestros pecados y las mútuas ofensas.

Quitad, Señor, de nuestros
co-

corazones toda sospecha, indignacion, cólera y discordia, y todo aquello que puede ofender la caridad, y desminuir la benevolencia.

Tened piedad, Señor, de todos nosotros, que imploramos vuestra misericordia, y hacednos tales, que merezcamos gozar vuestra gracia en esta vida, y la gloria del Cielo en la vida eterna (*). Amén.

¡O Madre de mi Dios, y Madre mia amorosísima, sagrada Virgen MARIA, llena de gracia, concebida en ella, y sin pecado original: mirad, Señora,

(*) Se ha tomado esta Oracion del Devotísimo y Ven. Tomás de Kempis, en varias partes del Lib. IV. segun la Traducción Italiana del Cardenal Enrico Enriquez, impresa en Roma el año de 1759, con algunas ligerísimas variaciones.

ñora, dentro de mi pecho á
vuestro Precioso Hijo, mi Se-
ñor Jesuchristo, que con amo-
rosa dignacion se me ha dado
en el adorable Sacramento del
Altar. Dadle Vos, Señora, por
mí las debidas gracias por tan
indecible beneficio: ofrecedle
tus merecimientos en suple-
mento de mi imperfeccion, y
alcanzadme de su Bondad, que
no se aparte de mí con su sa-
cramental presencia, sin dexarle á mi alma una copiosí-
sima bendición.

ORACION DE NUESTRA

Madre la Santa Iglesia.

SEÑOR mio Jesuchristo Hi-
jo de Dios vivo, que por
voluntad del Padre, y con la
cooperacion del Espíritu Santo
habeis con vuestra muerte vivi-
ficado al mundo: libradme por
es-

este vuestro sacrosanto Cuer-
po y Sangre de todas mis ini-
quidades y de todos los males:
haced que yo observe siem-
pre fielmente vuestros manda-
mientos, y no permitais que
me separe jamas de Vos, ¡ó
Dios mio! que vives y reynas
con el Padre y el Espíritu Santo
por todos los siglos de los
siglos. Amén.

*Se podrá concluir la accion
de gracias rezando devotamen-
te la Estacion al Santísimo
Sacramento, pidiendo á Dios
por nuestra Madre la Santa
Iglesia, por el Sumo Pontífice,
por la exáltacion de la Fé Ca-
tólica, paz y concordia entre
los Príncipes Christianos, vic-
toria contra los infieles y be-
reges &c. haciendo intencion
de ganar las Indulgencias.*

Si-

Siguiendo el espíritu de Jesuchristo, el de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y el de nuestra Madre la Santa Iglesia, que quieren se pida á Dios por el Rey, será tambien muy conveniente y oportuno terminar este santo exercicio, rogando á Dios por nuestro Rey Católico, usando de la siguiente Oracion, que está entre las aprobadas de la Iglesia.

POR EL REY.

TE rogamos, ó Dios Omnipotente, que vuestro Siervo Don Carlos nuestro Rey, que por vuestra misericordia tomó el mando del Reyno, reciba tambien muchos aumentos en los grados de todas las virtudes, para que debidamente adornado de ellas, no solo pue-

pueda preservarse de los vicios, y vencer á sus enemigos, sino que tambien pueda llegar colmado de gracia á la presencia de vuestra divina Magestad, que sois el Camino, la Verdad, y la Vida. Por Jesuchristo Señor nuestro. Amén.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.

Erratas que se han advertido.

Pag.	Lín.	Erratas.	Correccion.
81.	15.	autoridad	actividad.
84.	13.	Nna	Una.
123.	14.	Comenzamos.	Comenzemos
124.	21.	una res q̄ esta unreo q̄ esta sacrificada.	sacrificado.
196.	2.	de corazon.	del corazon.
210.	20.	como vencido.	como vendido.
231.	20.	las sombra.	la sombra.
234.	16.	Jesuchrisso.	Jesuchristo.
8.	18.	conceded me.	concededme.
12.	12.	sobrabundante.	sobretabundantemente.
91.	16.	circunstancias.	circunstancias
92.	8.	emplar.	emplazar.
49.	10.	indinatamente.	indignamente.

INDICEE

de lo contenido en el Apendice.

<i>Prólogo.</i>	
<i>Oracion sobre la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, que pueda servir de Puntos para la Meditacion.</i>	Pag. 1.
<i>Instruccion práctica para la Confes.</i>	16.
<i>Del Exámen de la Conciencia.</i>	Pag. 20.
<i>Del Dolor.</i>	Pag. 22.
<i>Del Propósito.</i>	Pag. 27.
<i>De la Confesion.</i>	Pag. 30.
<i>De la Satisfuccion.</i>	Pag. 31.
<i>Señales de una buena Confesion.</i>	36.
<i>Oracion para prepararse á la Confesion antes de hacer el Exámen de la Conciencia.</i>	Pag. 40.
<i>Acto de Contrición para antes de la Confesion.</i>	Pag. 42.
<i>Oracion para despues de la Confes.</i>	44.
<i>Intruccion práctica para la Com.</i>	46.
<i>De la preparacion para la Comunión.</i>	54.
<i>Oraciones para antes de la Comunión.</i>	56.
<i>Oraciones para despues de la Com.</i>	64.
<i>Oracion de N. M. la Santa Iglesia.</i>	82.
<i>Oracion, en que se pide á Dios por N. Católico Rey.</i>	Pag. 84.

O. A. M. D. G.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UAM

DAD AUTÓNOMA DE NUE

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE